

EL LIBERTADOR O'HIGGINS Y EL GENERAL DE LA CRUZ

por Eugenio Orrego Vicuña

I

UN JUICIO HISTORICO FUNDAMENTAL

VIEJA advertencia y sabia es aquella que pide perspectiva para juzgar de hombres y acontecimientos, siendo de notar que en achaques de historia esa perspectiva es no sólo necesaria, sino de carácter básico, fundamental. Una atmósfera densa, hecha de prejuicios, de opiniones generalizadas que gozan de patente y hasta de exclusividad, impregnada siempre en las simpatías o en las adersiones, en las modas y aún en el estilo peculiar de cada época, rodea a los individuos y a sus actos, los encasilla, y se les juzga, no según sintieron, pensaron y actuaron realmente, sino en la medida de las pasiones del tiempo. Se emiten juicios autorizados o abonados por gente representativa, con fuero de opinión, los que forman luego clisées que pasan finalmente por definitivos, y sin mayor reparo van repitiéndolos todos los autores que tratan del asunto. Sólo de tarde en vez, un espíritu clarividente bucea en lo pasado y concede nueva valoración que sitúa los hechos y sus protagonistas, a autores y obras, en plano más justo. Para llegar a ello, sin embargo, para romper esa suerte de prestigio mítico que tienen los clisées y las ideas admitidas en los medios vulgares, para romper el encantamiento de una atmósfera antigua o actual, qué lucha, qué arduo combatir y qué espesa resistencia!

En lo que se relaciona con la historia de Chile, podrían encontrarse, en verdad, millares de ejemplos. La mayoría de los historiadores antiguos fabricó clisées con propósito político y cuanto dijeron ha pasado en autoridad de cosa juzgada, sin más rectificaciones que las vulgarrísimas de número y lugar. Así se dice que en tal combate de la independencia murieron doscientos veintitres soldados y no ciento ochenta y nueve, que tal acto tuvo lugar el 16 de Julio y no el 17; pero de los caracteres personales, de los móviles, de los sentimientos atribuidos, del ambiente psicológico, del clima, de lo realmente controvertible, poco se dice o nada. Se ha hecho historia con criterio tan superficial y falso, por la mayoría, que los hombres verdaderamente importantes desaparecen a menudo tras las apariencias y se atribuye a jefes de Estado o a políticos dignos de olvido, méritos que a otros correspondieron, subestimándose hechos, situaciones y empresas, subiendo y rebajando, apreciando y valorando con criterio infantil. ¡Qué puede extrañar entonces, que nuestra historia deba rehacerse en sus líneas generales y en buena parte de interpretaciones aceptadas como definitivas!

En medio de ello Vicuña Mackenna es excepción sólo explicable por la fuerza de su propio genio. Pasma ver cómo su intuición segura le permitió, en el fárrago de clisées, caminar por propios caminos, escalar alturas para otros inalcanzables y ver lo que nadie supo ver, aquello que unos pocos apenas entrevieron. Sorprende que pudiera juzgar a O'Higgins, a Portales, a San Martín, a Mackenna y a Carrera que eran casi sus contemporáneos y admira apreciar con qué rectitud, con qué magnífica grandeza de alma supo pasar por encima de los odios de familia, candentes, para hacer justicia a los hermanos Carrera, uno de los cuales matara a su abuelo Mackenna, cuya sangre, por propia confesión, tenía más sitio en sus venas que la de todos sus otros antepasados. Superar una atmósfera tan densa de odios y pasiones, de rencores, de ira y tempestad — atmósfera de guerra civil y de zona volcánica — era en verdad tarea que sólo un hombre de su talla podía emprender. A él debe la historia americana, en algunos de los temas enfocados en su obra, la mejor visión de conjunto del coloniaje español y el juicio más equilibrado que hasta hoy se haya emitido sobre San Martín. A él deben los chilenos la

reparación mínima debida a su héroe máximo, el Libertador O'Higgins, reparación en el terreno cívico, en el histórico y en el político.

Vicuña Mackenna vió a O'Higgins con la más límpida y penetrante mirada que pudo tener un hombre del siglo XIX, mirada que adelantaba en casi una centuria a la de los contemporáneos, embotada en la atmósfera de la época. Fué el primero y acaso el único historiador de América que intuyó el genio del fundador de la república chilena, pero — tal era la fuerza de la atmósfera reinante —, no lo vió en su exacta magnitud, lo que hubiera sido ciertamente imposible entonces. Con todo, hizo del héroe un retrato difícilmente superable en su aspecto literario y en sus valores de ensayo. Vicuña apreció su grandeza civil, fijada de manera magistral en el capítulo de la abdicación, y consideró la magnitud moral alcanzada en los años de ostracismo. Para el demócrata, el republicano y el americanista tuvo apreciaciones justas, pero el hombre de Estado no fué visto — por carencia de los elementos documentales descubiertos más tarde, tanto como por la atmósfera aludida — en su verdadera luz.

Los demás historiadores del siglo XIX entrevistaron a O'Higgins.

Dos factores han contribuído a impedir la justa valoración, que sólo en estos años parece encontrar expresión íntegra: los rencores de bandería que tan largamente subsistieron entre o'higginistas y carrerinos, pasando de padres a hijos con una terquedad casi absurda entre individuos vinculados por principios cívicos y republicanos similares; eso de una parte, y de otra una especie de complejo de sobriedad y modestia que lleva siempre a los chilenos a callar o a desconocer la magnitud de sus grandes hombres o las excelencias de su tierra, para no sentar plaza de chauvinistas ni ganar título de orgullo (tales sentimientos podrían estimarse como de orgullo al revés y calzan mal en el ambiente general en que los principales pueblos sudamericanos valorizan a sus héroes).

Si los norteamericanos tienen razón sobrada en su culto a Washington y los argentinos hacen bien en sentir la magnitud de San Martín y en los países bolivarianos se pondera con justicia al hombre del Chimborazo, los chilenos deben limpia y pulcramente exaltar a su héroe a la más alta cumbre. Infanti-

lismo sería pretender colocarlo por encima de todo, como contramedida al desconocimiento o postergación anterior. Dentro de una medida exactamente justa debe ubicársele al nivel de sus grandes camaradas del Norte y del Sur. Ni más ni menos. Tan grande como cada uno de los mayores.

A los que tienen pedestal de montaña, ¿por qué rebajarlos? ¿a título de qué concederles lo suyo en cuentagotas?

Hora es ya, por otra parte, de que se ponga término a apreciaciones pueriles que, a favor de ciertas tendencias de agresivo nacionalismo, pretenden sentar juicios oficiales. Hay quienes, siguiendo opiniones anticuadas y parciales, intentan aun subordinar a O'Higgins, situándolo como mero colaborador de San Martín. Tales afirmaciones, si no se supiera que son sostenidas de buena fe, moverían sólo a risa. El vencedor de Chacabuco está en el mismo plano del vencedor de Maipú, y no se diga nada, para no caer en aquello que tan justamente se censura, del defensor principal del sistema republicano y democrático en la América española.

Hemos dicho que los contemporáneos no vieron a O'Higgins, ni podían verlo, en magnitud siquiera aproximada, faltos de toda perspectiva histórica. Sin embargo, y ello puede estimarse excepción tan extraordinaria como notable, hubo entre los compañeros del Libertador chileno, uno que con aguda visión, casi milagrosa de puro cristalina, contempló al hombre y al héroe en dimensiones mucho más cercanas a la realidad que la de todos los otros testigos de su tiempo. Ese coetáneo, que a la edad de doce años sentó plaza en las filas de los apóstoles de la libertad, ganándose, adolescente aun, las palas de coronel, y cumpliendo en la historia de su país un destino ilustre, que pudo y debió, a no apartarse la fortuna, llevarlo a las cumbres, fué don José María de la Cruz.

O'Higgins apreció al joven de la Cruz, lo distinguió en su carrera y, a pesar de que éste menciona en su carta documental, que luego estudiaremos, agravios pueriles, no cabe duda de que le distinguió notablemente, confiándole sentimientos y apreciaciones de naturaleza no sólo histórica o política sino también personal que sólo podían comunicarse a un amigo probado y a un hombre en cuyo criterio e inteligencia se confiase. De la Cruz tuvo, pues, múltiples oportunidades de tratar al prócer en la desnuda intimidad del alma, de leer en ella como en

libro abierto y de formarse juicio serio y meditado. Lo trató en los campos de batalla, en los años de gobierno, atravesando ese espeso círculo que el halago forma alrededor de los poderosos, y más tarde le vió y sintió en las horas agónicas de la revolución y de la caída. En el correr de los años aun tuvo oportunidad de convivir con él en el Perú. Pudo mirarlo con clara y penetrante mirada juvenil, desnuda de prejuicios, y apreciarlo con criterio clarividente. Era hombre dotado de perspicacia notable y de una memoria excepcional, lo que valora aun más sus juicios.¹

Con los recuerdos que tenía del Libertador y la opinión que sobre él se formara a través del tiempo, compuso el general de la Cruz un retrato de mérito y calidad extraordinarias, que se condensó en las páginas de una carta histórica escrita a don Miguel Luis Amunátegui Aldunate, reproducida y talvez ampliada en un texto que, a guisa de copia, escribió él mismo, de su puño y letra, a don Diego Barros Arana.

Cuando el historiador Amunátegui trabajaba en su libro *La Dictadura de O'Higgins*, pidió antecedentes a don José María, general de la República que era a la sazón una figura nacional. De la Cruz se los remitió en el documento príncipe en estudio, dirigiéndoselos, por error sin duda, a nombre de don José Luis Amunátegui, pero el destinatario los recibió tarde² y no pudo utilizarlos. Sin embargo, eran de importancia tan notoria a juicio de ese distinguido investigador, que, a despecho de la densa atmósfera de la época, a que él mismo no se pudo sustraer en su primer libro, pensó escribir otra obra en que le hiciera mayor justicia.³ Esa obra, desgraciadamente, no la escribió nunca.

Barros Arana, que cultivó estrecha amistad con los hermanos Amunátegui, en especial con don Miguel Luis, advertido por éste, seguramente, de la carta de de la Cruz, fechada en Queime el 7 de Julio de 1853, solicitó una copia, la que le fué remitida de letra de su autor, pero con modificaciones diversas. Empero ninguno de los destinatarios la dió a conocer al público, guardándola en el secreto de sus archivos personales. Vicuña Mackenna la ignoró, pues de haberla tenido en sus manos hubiera ampliado con notable ventaja los puntos de vista que tuvo en la composición de sus magistrales estudios sobre O'Higgins.

Las dos copias corrieron suerte diversa. La de Amunátegui se dañó con el correr del tiempo, extraviándose la última parte, que era la más importante, y uno de los pliegos intermedios. La de Barros Arana, olvidada entre los papeles del ilustre historiógrafo, permaneció, a su muerte, en poder de don Luis Barros Borgoño, junto con las piezas que integraban aquel valioso archivo y sólo estuvo al alcance de los estudiosos en la Biblioteca Nacional, donde se conserva desde hace pocos años.

Cuando el escritor Miguel Luis Amunátegui Reyes, sobrino del primer destinatario, examinó el texto original, comprendiendo su valía, se apresuró a publicarlo en un folleto dado a la estampa en 1917, bajo el título de *Don Bernardo O'Higgins juzgado por algunos de sus contemporáneos según documentos inéditos*. Pero se trataba de un documento trunco, según queda dicho, y a pesar de lo que aportaba al estudio del Libertador, no pudo ser estimado en su exacta importancia. Las lagunas que se observan en él sólo pudieron llenarse más tarde con el conocimiento del texto completo del Archivo Barros Arana.

¿Por qué el autor de la *Historia General* lo tuvo en tan prolongado silencio y olvido? ¿Acaso no apreció los elementos que aportaba para un juicio más cabal del héroe y de su tiempo?

Hemos constatado ya que los dos textos ofrecen variantes numerosas, no en cuanto al fondo, que permanece idéntico en ambos, sino en la forma, pues el de Barros Arana, si bien menos cuidado, es más abundante en datos y desde luego muchísimo más completo, porque conserva todo lo desaparecido en el primitivo. Se explicarían esas variaciones por no ser el segundo copia precisa del primero, sino una especie de *segundo original*. Es posible que del texto Amunátegui, escrito especialmente para este historiador, no dejase copia, y así, cuando recibió del señor Barros Arana la petición de que le diese una, hubo de verse constreñido a redactarlo de nuevo. Se podría explicar el parecido de uno y otro (en palabras y frases enteras, en la disposición de materias, etc.) por la extraordinaria memoria del general, que le permitía conservar sus opiniones y recuerdos casi como en clisé, a lo que se añade, naturalmente, el hecho de que entre una y otra versión no debió pasar mucho tiempo.

Sin embargo, debemos dejar constancia de que otra carta de de la Cruz a Barros Arana, de naturaleza complementaria, está fechada en la misma hacienda de Queime el 15 de Junio de 1855; esto es, dos años más tarde. ¿Quiere ello decir que sólo entonces habría pedido don Diego la copia o *nuevo original* que constituye el segundo texto? Si así fuese, deberemos considerar a de la Cruz como el hombre de mejor memoria de su siglo.

En el texto Barros Arana, que se reproduce y publica por primera vez en este trabajo, tomado directamente del original, podrá apreciar el lector, si estudia las notas respectivas, las principales variantes y modificaciones, verificadas en minucioso cotejo.⁴

Ya nosotros habíamos madurado plenamente nuestro juicio sobre O'Higgins, cuando, después de estudiar por largo tiempo su figura y su época — lapso en el cual escribiéramos varias obras sobre el Libertador⁵—, comenzamos a redactar su *Vida*, que será el fruto principal de esos trabajos. Habíamos logrado enfocar al hombre y su obra dentro de líneas que pueden estimarse como definitivas, si cabe estimar algo definitivo en achaques de historia, puesto que el hombre es de naturaleza mudable y todo juicio está sujeto a medidas y valoraciones humanas. (El común de los hombres, por ventura, ¿no escribe sobre arena y bajo el viento?) Empero, el juicio testimonial de de la Cruz vino a suministrarnos la confirmación de pensamientos y deducciones pacientemente elaborados. Nosotros habíamos sufrido, también, al comienzo de los estudios aludidos, las influencias que venían del pasado (si Portales habló alguna vez del *peso de la noche*, ¿no podría, en otro sentido, hablarse del *peso del tiempo*?); en *El Espíritu Constitucional de la Administración O'Higgins*, tesis de licenciatura con que se intentaba abrir un nuevo capítulo en los estudios o'higgineanos, seguimos muy de cerca, dentro de lo histórico, el juicio de Vicuña Mackenna, y si bien logramos superar esa influencia ilustre en la *Iconografía de O'Higgins* y más tarde en *Hombres de América*, sólo en la *Vida del Libertador* pudimos sentir la satisfacción de haber encontrado, con paciente esfuerzo, un camino propio, a través del cual nos ha sido posible dar cumplimiento al propósito de hacer justicia a los hombres y a los pueblos que siempre ha guiado a nuestra pluma modesta.

EL GENERAL DON JOSE MARIA DE LA CRUZ

Tornemos al documento príncipe de de la Cruz, comenzando, para valorarlo mejor, con un breve examen biográfico de este hombre notable.

Su padre, don Luis de la Cruz Goyeneche, había nacido en Concepción en 1768 y en los tiempos coloniales fué alcalde mayor, ganando más tarde, uno a uno, en gloriosa forma, los grados del escalafón militar cuando la hora de la lucha de emancipación hubo sonado. Tomó parte en las campañas de la Patria Vieja y bajo la Reconquista anduvo prisionero en las casamatas de Lima y en Juan Fernández, de donde lo sacó Chacabuco. En 1817, mientras el Libertador comandaba los ejércitos del sur, desempeñó el cargo de Director Supremo Delegado, cabiéndole la honra de haber dirigido el Estado bajo el gobierno de O'Higgins. Cooperó de modo eficaz a la empresa de la Expedición Libertadora y organización de la primera Escuadra de Chile y en 1821 fué al Perú, donde secundó a Cochrane en el carácter de Director General de Marina, con lo que obtuvo del gobierno de San Martín el título de Gran Mariscal. Intervino más tarde en la revolución de Enero de 1823, durante cuyo decurso ayudó a don Bernardo en lo que estimó posible. En los años de 26 y 27 desempeñó el Minis-

terio de Guerra y Marina, terminando sus días en Octubre de 1828.

Don José María de la Cruz Prieto nació también en Concepción, en 1801. Hijo de tal padre, debía heredar sus virtudes y calidades, pues era de los que llevan el mariscalato en el corazón más que en la mochila. Era niño aun cuando sonaron las campanas de Septiembre y mucho antes de que le apuntara el bozo figuraba de soldado veterano. A la edad en que otros de su tiempo no pasaban de las primeras letras, respondía como cadete a las listas del Regimiento de Dragones de la Frontera. Cuando no cumplía los trece años, tomó parte en el sitio de Chillán, que abundó en penalidades, y en la batalla del Roble, hallándose cerca de O'Higgins, tuvo ocasión de vendarle la herida que recibiera, lo que no debió ser tarea fácil, pues el Libertador no dejaba de emplear su espada y de gritar con voz enronquecida, animando a los suyos. Como era ducho en catar héroes y sabía cuán duro y difícil ejercicio es el de formar hombres y levantar pueblos, cobró amor al muchacho desde la primera hora. Este debía servir bajo sus banderas y en su cuarto militar, en funciones de edecán.

Emigrado en 1814, volvió con O'Higgins en el Ejército de los Andes y combatió a su lado en Chacabuco, donde fué su porta órdenes.

Con rapidez le vinieron al encuentro triunfo y honores. En 1820 fué secretario de la Junta Preparatoria de la Expedición al Perú, lo que indica el grado de confianza que en él pusiera el Director Supremo, y en 1822 era coronel: ¡un coronel de veinte años, como en los tiempos de Bonaparte, todavía vivos!

En 1823 actuó con lealtad y nobleza. Su carta principal revela actos con valor de lecciones y recuerdos que fijan sucesos y arrojan luz entre las sombras de la historia.

Era tan sincero y veraz que, pese a su o'higginismo probado, no vaciló en expresar con crudeza sus opiniones. Dijo de su jefe cuanto creía y vió, siguiéndole a través del tiempo con ojos que nunca perdieron su patriótico enamoramiento. Tuvo con él larga correspondencia, extraviada o desconocida en su mayor parte, por desgracia, y hacia 1838 pudo estrecharlo contra su pecho y oír de labios del héroe, en la soledad de Montalván, datos que confirmaban sus propias aseveraciones, pues

uno y otro, al modo de los adalides antiguos, profesaron el culto de la verdad.

En 1830 y 31 fué Ministro de Guerra, antes del advenimiento de Portales, con quien no podía simpatizar, pues eran caracteres disímiles en esencia; con diversa ética y opuesta doctrina política, aun cuando les identificara el amor a Chile. Ascendido a general en 1833, en 1838 formó en el Ejército Restaurador en su segunda y definitiva campaña contra el Mariscal Santa Cruz, presidente de la Confederación Perú - boliviana, tomando parte en la batalla decisiva de Yungay, cuyos honores compartiría con el general Bulnes, su futuro adversario.

De regreso a su país, fué de nuevo Ministro de Guerra y más tarde Senador de la República. Era ya un símbolo de los tiempos de la lucha épica y, joven aun, se veía convertido en figura nacional.

Hombre de convicciones avanzadas, se había empapado en el espíritu de O'Higgins, cuyas ideas y proyectos seguía compartiendo con ardor de muchacho. Fanático de la libertad, creía que la vida en cadenas no valía ser vivida; demócrata de corazón, pensaba que la libertad debe ganarse a punta de espada y anchura de pecho cuando no puede la persuasión desmontar apetitos o pasiones. Fué liberal en una época en que serlo equivalía a sentar plaza de revolucionario peligroso: por eso le combatieron los *pelucones* con encono y lo rodearon los *piñolos* con fervor.

En 1851, cansada la juventud de un régimen de autoridad que amenazaba prolongarse indefinidamente (debía durar aun cuarenta años), se levantó en armas, acudiendo al llamado ardiente de Francisco Bilbao y de Santiago Arcos, apóstoles libertarios, y de Vicuña Mackenna, que se lanzaba a la vida pública exaltado con el fuego de la mocedad. El coronel Urriola acaudilló esos anhelos tumultuosos en la jornada del 20 de Abril, durante la cual se batió a la cabeza de sus tropas en las calles de Santiago, dejando la vida en la brega. Murió Urriola por las libertades públicas chilenas, siguiendo su triste y brillante destino; si en la mañana de ese día hubiese aprovechado el factor sorpresa, pues la revolución sorprendió desprevenido al gobierno del presidente Bulnes, hubiera obtenido un triunfo relativamente fácil.

El problema que dividía los ánimos era de autoridad contra libertad, de disciplina y jerarquía contra democracia. El régimen conservador era fuertemente autocrático y sus personajes sirvieron al país con grande austeridad y eficacia; pero pensaban que el progreso debía medirse y encauzarse a través de una disciplina rígida que no permitiría pasar el poder a manos extrañas al partido dominante. La juventud, animada del soplo revolucionario que venía de la Europa del 48, entendía que era de la esencia de la soberanía popular el elegir los gobernantes libremente, sin presión oficial, sin fraudes ni coacción; soñaba — sueño que llenaría la centuria — en un país de libertad en que los gobernantes sólo pudieran retener el poder mientras contaran con la opinión pública y el favor del electorado, a través de limpio proceso. Como el antagonismo formal e ideológico era profundo, no cabían transacciones ni componendas; la autoridad no permitía el ejercicio de los derechos reclamados y la oposición comprendió que sólo podía conquistarlos por medio de las armas. De ahí tres revoluciones que ensagrentaron a Chile en 1851, 1858 - 9 y 1891, provocando pérdidas de vidas, estancamiento de alcance considerable. El problema sólo se resolvería ese último año con la muerte de Balmaceda, uno de los más ilustres presidentes liberales, al que faltó—siendo demócrata y progresista como pocos—la serenidad necesaria para comprender que no podía ponerse dique por más tiempo a aspiraciones de libertad electoral que habían encarnado en la nación con fuerza ya irresistible. Pero pudo resolverse cuarenta años antes si la suerte de las armas hubiese acompañado a de la Cruz, si éste no hubiera perdido un tiempo irrecuperable en jornadas cuyo éxito debió favorecerle, de no haber cometido el error de Urriola.

Bulnes, cuando finalizaba su magnífico decenio, pensó elegir un sucesor que garantizase la continuación de su política, es decir, la permanencia del partido conservador en el poder. Buscó y halló al hombre de mayor capacidad que podía encontrar en esas filas: don Manuel Montt, estadista de envergadura, hombre de personalidad recia, de visión aguda, culto, enérgico, de gran probidad, que vería atenuadas esas altas condiciones por su falta de generosidad para con el adversario, por su terquedad, por su intransigencia apasionada con todo lo que olierá a oposición; poco, si algo, concedía al enemigo; nada acep-

taba y nada pedía a los que alguna vez le combatieron; era de los que no perdonan agravios, pero era, también, de aquellos que en las horas decisivas saben posponerlo todo al interés superior de la colectividad, de aquellos para quienes la patria es algo más que una mera palabra. Cuando al término de su agitado decenio de gobierno, que dos revoluciones trastornaron, comprendió que la imposición del hombre de sus afecciones, el ilustre ministro don Antonio Varas, cooperador de su doble período, equivaldría a una tercera y más violenta revolución, ahogó — de acuerdo con Varas, vale decirlo, que dió muestras de notable desprendimiento personal y patriotismo — rencores y aspiraciones, dando paso a la candidatura presidencial de don José Joaquín Pérez, hombre de espíritu conciliador que la oposición aceptaba. En aquel momento Montt y Varas estuvieron a la altura de la tradición de O'Higgins.

Apenas apareció en el horizonte político chileno del medio siglo el nombre de Montt, como candidato oficial del gobierno y del peluconismo, los liberales, acaudillando a la juventud en masa, se pusieron en pie. Un hombre encarnó ese movimiento bajo la sombra viva del Libertador. Fué el general de la Cruz.

El veterano prócer, en la plenitud de su vida a la sazón, respondió a las esperanzas cifradas. Era inteligente, probo, de carácter entero, educado en escuela de sacrificio y austeridad; de formación y espíritu democrático estricto, amaba la libertad, insistimos, por encima de todos los bienes que pueden dignificar al hombre, sabía que era principio básico para una convivencia social justa y creía que sin él todo progreso puede verse amagado o restringido.

Su candidatura, proclamada en Concepción el 10 de Febrero de aquel año, tan rico en acontecimientos, recibió poco después la aprobación entusiasta de los santiaguinos. Pero la campaña electoral debió hacerse bajo un régimen de intervención desaforada, según la triste costumbre imperante, y a la postre hubo de aparecer como vencedor el candidato oficial. Contra este resultado, ya previsto, se alzó la opinión pública en masa, produciéndose levantamientos revolucionarios que respondían al mismo espíritu que informara la jornada del 20 de Abril. La Serena se rebeló el 7 de Septiembre bajo la jefatura civil de don José Miguel Carrera Fontecilla, hijo del héroe, quien tenía por lugarteniente a Vicuña Mackenna,

héroe civil que hacia pocos meses había luchado a las órdenes de Urriola en la batalla de Santiago, cuando solo tenía diecinueve años. Concepción se alzó tres días antes, el 4 de Septiembre, bajo el comando de de la Cruz y de don Pedro Félix Vicuña y Aguirre, prócer liberal y padre de Vicuña Mackenna.

El general de la Cruz había dado el grito de guerra en Julio, pronunciando una frase que ha conservado la historia: «Mi brazo pertenece al pueblo y mi conciencia y mi espada serán el rayo que confundirá a los tiranos.»

El gobierno revolucionario se estableció en Concepción bajo la presidencia de de la Cruz y contando como supremo jefe político a Vicuña Aguirre, quien, después de desempeñar el cargo de Intendente, asumió las funciones de ministro y secretario de Estado universal. Desde el primer instante quedaron definidos los propósitos que se perseguían: deposición del presidente elegido por obra del oficialismo, restablecimiento de las garantías constitucionales suspendidas y convocatoria inmediata de una Asamblea Constituyente, que se encargaría de dar al país una carta de basamento liberal, cuyas disposiciones reconocieran ampliamente al pueblo el libre ejercicio de sus derechos electorales, esencia de todo principio de soberanía democrática.

Los jefes de la revolución eran garantía de eficacia, de leal cumplimiento del programa esbozado. Ya se han visto las virtudes que adornaban a de la Cruz. Vicuña, periodista de talla, que había fundado *El Mercurio*, filósofo, economista y hombre de ideas políticas muy avanzadas para su tiempo, era de carácter ecuánime, ponderado, tenía la rara cualidad de saber escuchar y carecía de odios. Cabe presumir lo que pudo ser para Chile el gobierno de de la Cruz y de Vicuña, si la suerte de las armas les hubiese favorecido. Bajo su dirección el país hubiera progresado con tanto o mayor vigor que bajo el binomio Montt - Varas, llevando la ventaja de eliminar todo peligro de estallidos posteriores; el respeto estricto de la libertad electoral habría tornado imposible la revolución del 91, que tanto daño causaría más tarde.

Para apreciar la calidad del gobierno revolucionario de Concepción y el fervor con que le respondía la juventud chilena, basta ojear las páginas patinadas por el tiempo del *Boletín*

en que Vicuña Aguirre recogía con pluma vibrante las manifestaciones del espíritu público. Hay épocas llenas de inmenso contenido, en que se reúnen y cumplen las condiciones para cambios que conducen a progresos fundamentales; todo parece dispuesto en pro de un avance notable, la victoria se divisa al alcance de la mano, la voluntad colectiva se disciplina en un esfuerzo de cooperación en que lo particular se subordina a lo general y el bien público llena las aspiraciones sociales y las individuales; pero algo hay que falla, factores imponderables entran en juego y el esfuerzo se malogra, las voluntades se quiebran, la desésperanza gana los corazones. Torna a iniciarse un nuevo proceso — acaso el mismo que continúa — en que el descontento sordo, los ideales quebrantados, las realizaciones postergadas, los derechos desconocidos o supeditados, se agitan en la sombra en lenta marea creciente: una nueva revolución se va gestando. No hay, en verdad, paz que pueda cimentarse en el dictado de las bayonetas ni ideales que se abatan permanentemente por la sola presión de la fuerza. Contiene el espíritu del hombre una divina chispa que acoraza en el fondo del alma humana los principios eternos irrenunciables, preservándolos de toda imposición extraña a su libre determinación interna. El hombre puede parecer y permanecer esclavo por largo tiempo, puede serlo materialmente, pero en los fueros de su alma alientan incorruptibles los elementos que han de garantizarle, en sí o en su descendencia, la futura liberación.

El general Bulnes, que acababa de abandonar el poder en circunstancias de extraordinaria alteración, se puso a la cabeza de las tropas gobiernistas. Avanzó hacia el sur y fué a enfrentarse con las entusiastas fuerzas de de la Cruz. Libráronse dos batallas campales. La de Monte Urra, cerca de Chillán, el 19 de Noviembre, que, aun cuando indecisa, se inclinó a favor de los revolucionarios, y la de Loncomilla el 8 de Diciembre. Las tropas de de la Cruz, atrincheradas en las casas del fundo de Reyes, se batieron con brío heroico, resistiendo victoriosamente los asaltos de Bulnes durante toda la jornada; éste último había dispersado con recia carga la caballería opositora, pero a la postre, tal era la tenacidad de los tropas del sur, el resultado continuó indeciso. Quedó el campo sembrado de muertos y heridos; las fuerzas gobiernistas se hallaban fatigadas en

extremo y, según algunos tácticos, hubiera bastado que de la Cruz las persiguiera al día siguiente, para que la guerra civil quedara terminada con la victoria de los revolucionarios. No lo hizo, sin embargo, y su inacción fué causa de que los regimientos bajo su mando comenzasen a desbandarse. ¿Por qué de la Cruz no actuó como las circunstancias lo aconsejaban, repitiendo él mismo la tardanza que tan fatal había sido al coronel Urriola el 20 de Abril? Es un misterio de nuestra historia que nunca se ha aclarado.

Poco más tarde se celebró entre ambos generales un convenio — el pacto de Purapel — según el cual se reconocía a don Manuel Montt como Presidente de la República, acordándose completo olvido de lo pasado, amén de otras garantías que pudieron estimarse generosas. Aun cuando después el gobierno de Santiago aceptó el convenio, éste no se cumplió en su espíritu y las persecuciones comenzaron implacablemente sobre los opositores. Vicuña Mackenna y Carrera tuvieron que exilarse y don Pedro Félix Vicuña debió buscar refugio en las soledades del Melón. El general de la Cruz, más afortunado, decidió retirarse a su hacienda de Queime, donde permanecería hasta el final de sus días.

Años después, cuando se gestaba la Revolución Constituyente de 1858 - 59, que tomó su nombre del diario de batalla de Vicuña Mackenna, «La Asamblea Constituyente», la oposición liberal pidió de nuevo a de la Cruz que tomase sus no vencidas banderas, pero el viejo general, fatigado más que por los años por el triste espectáculo que la realidad y las miserias de los hombres le ofrecían, con el alma definitivamente triste, se excusó de aceptar. Y continuó viendo, desde su retiro, cómo la omnipotencia del poder y el *derecho* de la fuerza se imponían una vez más, pero solo transitoriamente, porque el Presidente Montt y su ministro Varas tuvieron el desprendimiento patriótico de aceptar una solución conciliadora, según queda dicho.

Más es de tal índole la naturaleza humana, digamos a modo de paréntesis, que varios de los liberales de 1851 y 1858, que lucharan con denuedo en pro de la libertad de sufragio para el pueblo, cuando a su turno llegaron al poder, siguieron empleando los mismos procedimientos que tan acremente condenaran. No pocos de los liberales idealistas del tiempo juvenil, comba-

tieron con las bayonetas y la presión oficial a los conservadores autoritarios de antaño, cuando éstos, en 1876, enarbolaron la bandera de la libertad electoral. Los hombres habían cambiado, pero los principios permanecían, y si los partidos sólo conservaban etiquetas, la ciudadanía, en cambio, continuaba fiel a las aspiraciones que otra generación sustentara, sin curarse de falsos profetas y de manchados títulos. Sólo Vicuña Mackenna y su grupo, levantando con admirable fervor el estandarte que tremolara con la Cruz en años de gloriosa y sacrificada juventud, permanecieron fieles al ideal. Caerían vencidos de nuevo, pero su programa se impondría al fin.

La jornada del general don José María de la Cruz, tan noble, tan rica de contenido espiritual, tan teñida de heroísmos, de amor patrio, de riqueza interior, se extinguió el 23 de Noviembre de 1875.

A pocos de los próceres nacionales de la centuria grande, correspondía con mayor derecho que se hubiesen grabado en su sepulcro estas palabras sencillas:

UNA VIDA AL SERVICIO DE CHILE

III

RETRATO Y MEMORIA DEL LIBERTADOR

El texto de la carta dirigida al señor Amunátegui, en que se contienen las principales apreciaciones históricas del general de la Cruz, que en su conjunto constituyen un retrato de mérito notabilísimo, como queda dicho, a la vez que la más notable memoria escrita en la época — muy superior ciertamente a todo lo hecho por los escritores de la Independencia y a lo contenido en las primeras memorias atingentes presentadas y leídas en la Universidad de Chile— es el siguiente:

Señor D. J. L. Amunátegui:^a

Queime, Julio 7 de 1853.

Señor de todo mi aprecio:

Como en la actual estación no es posible tener del punto de mi residencia comunicación continua con Concepción, de aquí sin duda el retraso con que he recibido su apreciable de 7 de Mayo, que sólo ha llegado a mis manos el 3 del presente, en la que me manifiesta sus deseos e interés porque le suministre aquellos datos que puedan ser parte o poder juzgar sobre el gobierno hechos marcables de la vida del General O'Higgins, sus opiniones políticas, y cuáles fueron las causas que le precipitaron del mando.

Siento señor que noticias de esta naturaleza exijan esa premura con que se demandan lo que no permite tomar el tiempo que era indispensable para recordar y coordinar los hechos de un modo claro y a la vez cronológico para poder formar juicio exacto tanto de ellos como de la persona; y aún privarme mi residencia en el campo el poder traer a la vista y documentos publicados, referente a estas materias, para recordar con más facilidad y aclarar lo que, a mi juicio, ha presentado con distintos coloridos, la parcialidad, espíritu de partido o enconos personales.

Mi falta de capacidad me había detenido hasta hoy, el emprender la redacción de una memoria, tal como la que ahora se me pide; pero, conociendo cuán necesaria es a la posteridad y al país, una noticia exacta e imparcial de los hechos, conducta pública y carácter de nuestros primeros funcionarios y jefes que figuraron en la revolución de nuestra independencia, no estando en mi mano reparar aquella falta, mi pensamiento era hacer una colección de esas memorias y documentos y anotar en ellas los pasajes que encontrase desfigurados o supuestos— cosa que me sería fácil, por la circunstancia de haber sido testigo presencial de muchos de los hechos y sucesos, a causa de haber servido parte de mi carrera subalterna inmediato a la persona de que se me habla' (lo que me permitió imponerme de muchos incidentes y por haber tenido la suerte de figurar en la mayor parte de esa época en la clase de jefe, lo que me proporcionaba cerciorarme o tomar parte en ellos).

Sin duda, esas anotaciones y aún la presente redacción, se halla expuesta también a juzgarse como sugerida y dictada por el mismo espíritu de partido (que ha sido la medida en que se han pesado y clasificado mucha parte de las suministradas hasta hoy para ilustrar los sucesos o corregir los datos dados); porque, habiéndoseme juzgado siempre como del partido del general O'Higgins es muy natural y de esperar, que esas mismas aclaraciones se tomen también dirigidas por igual espíritu. He aquí el motivo que me precisará en el curso de la relación, a dar el paso impropio de hablar de mí mismo.

Debo pues, por lo tanto, por preliminar, desvanecer las impresiones a que puede dar lugar ese juzgamiento. Puedo asegurar, sin temor de que nadie me desmienta con algún fundamento y con aquella ingenuidad que me es característica

(que a las veces no ha dejado de serme funesta), que nunca me he juzgado ni sido del partido de O'Higgins ni de ningún otro de los corifeos de la revolución. Si en dos épocas he servido en contra de los partidos que contendían con el de O'Higgins ha sido porque me hallaba en el ejército que él mandaba, o porque creía más legal la causa y principios que sostenía; y no por pertenecer a su partido, ni porque me considerase obligado por servicios o favores. Por el contrario — hasta su descensión del mando, sólo le debía el servicio de haberme alojado en Mendoza cuatro días en su casa, en la época que se preparaba el ejército para la reconquista y para esto contaba en tiempo de su deposición con cinco o seis postergaciones o perjuicios; así es que habiendo tenido la suerte de no haberme hallado con la razón ofuscada por ese espíritu entusiasta de partido, he podido apreciar las cosas con imparcialidad y reglar siempre mi conducta por el principio que era el Norte de la de mi padre.⁸ El logro de la Independencia, la libertad y ventura de la Patria antes que todo.

Fuí, pues, amigo del General O'Higgins como hombre público y privado (cosa de lo que él no estuvo satisfecho siempre, como sucede a casi todos los hombres que se encuentran en un elevado puesto, cual tenía, cuando no se ven adulados). En aquella clase, porque con su conducta había comprobado sus principios patrióticos y republicanos; y porque en ese tiempo lo creía el hombre más ilustrado en materias de Estado, y en ésta, porque su moralidad y manejo privado, no podía por menos que atraerse las simpatías de los hombres honrados que habían podido conocerlo. Sentado esto por preliminar de mi juicio, paso a la relación que me pide.

NIÑEZ Y JUVENTUD

1.ª ¿Cuál fué su niñez y juventud antes de entrar a la vida pública?

Aunque cuando conocí a O'Higgins por la primera vez, yo no tenía doce años, y él debía tener más de treinta, he sido instruído por un tío que sirvió en tiempo de su padre, en clase de cadete, que siempre le acompañaba en sus visitas de los puntos cuya defensa y mando le estaba encomendado, del origen

de dicho general, y de parte de su niñez, por el padre Recoleta Fray Gil Calvo, que fué su primer maestro según me decía.

La madre del general O'Higgins era procedente de una familia decente, aunque no de gran fortuna, que debía haberse limitado en consecuencia de las subdivisiones de familia, pues su apellido es muy común en los departamentos de Chillán y Los Angeles, y su procedencia debe datar de los conquistadores porque conozco a un cacique llamado Pailimán que se apellida Riquelme y me ha dicho descende de Huinca (como ellos llaman a los españoles) lo que manifiesta en su personal, pues que es blanco colorado, todavía casi rubio, aún contará más de 50 años y con los ojos azules— y a los tíos de O'Higgins les da el nombre de pariente—. Esta señora, que en su niñez era clasificada por una de las mujeres bonitas, fué conocida por el padre del general O'Higgins en sus visitas de frontera. Sea pues las consideraciones del alto puesto que ejercía, o sea también la influencia o tercería de esas mujeres funestas, que por desgracia nunca faltan, en los pueblos, le proporcionó las relaciones cuyo fruto fué don Bernardo. Su primera enseñanza fué encomendada a ese padre Gil, quien me expuso que desde su primera niñez manifestaba una circunspección y aplicación poco común en los de su edad. Ya más grande, pero aun niño, lo hizo trasladar su padre a la ciudad de Talca colocándolo en casa de los padres de don Casimiro y don Juan Albano, en compañía de los que se educaba. De aquí fué trasladado a uno de los colegios de Inglaterra.⁹

En éste se hallaba, cuando murió su padre, y como este hombre, no obstante el reconocimiento tácito y aún casi público que había hecho de su hijo, la herencia que le dejó por su testamento lo hizo bajo la cláusula de legado, nombrándole con el apelativo de la madre, se dirigió a España para comprobar su origen y descendencia, y que se le reconociese como hijo del Virrey y se le autorizase para llevar su apellido.¹⁰ Esto lo alcanzó, mas no la herencia de los títulos en su primer recurso. En solicitud de esto se hallaba cuando fué acometido de la fiebre amarilla en Madrid, de cuyas resultas y habérsele casi agotado sus fondos, paralizó su demanda y se retiró a su país, en los años de 803 o 4, ya un hombre, no sólo más que medianamente ilustrado y con nociones políticas y aún muy raras entre los hombres más ilustrados de su patria, sino ya también con ideas

y decisión de promover la revolución que debía dar la Independencia de América; así es que se enroló en ella de los primeros. Supe esto, porque aparecí en el primer Congreso y porque he visto una carta del año 11 o 12 del Coronel Terrada, en la que se refiere a haber tenido en Cádiz conversaciones referentes a esta empresa.

HAZAÑAS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

2.ª ¿Con qué hazañas individuales se distinguió durante la guerra de la Independencia?

Demasiado joven aún al principio de ésta, pues que recién entraba en los catorce años, y habiéndome encontrado a pie con el cuerpo de Dragones de que era cadete, por no habersele dado caballos como debía haberse hecho al saberse el intento de ataque de los chilotés sobre Talcahuano, no pude alcanzar a incorporarme en Talca con el ejército de Carrera; así es que no puedo testificar sus primeros hechos por no haberlos presenciado.

La segunda vez que ví a O'Higgins (la primera había sido en Concepción, al principio de la revolución) fué en el sitio de Chillán, en donde en sus principios obraba con una guerrilla como de cuarenta Dragones y algunos voluntarios que había traído de Los Angeles y Yumbel. Aquí fué donde el ejército comenzó a conocer su valor y arrojo, pues que presentándose siempre en los tiroteos con un poncho colorado, se le distinguía era el hombre más avanzado, ya sobre el pueblo, ya sobre el castillo, bajo cuyos fuegos se replegaban las guerrillas enemigas. La noche del 2 de Agosto, se avanzó una batería sobre el cerrito llamado Maipón, cuyo mando se le encomendó al coronel Spano. Ya de día fué este atacado bajo el engaño que había tramado el comandante Molina del Batallón Valdivia, haciendo entender al general en jefe (don J. M. Carrera) se pasaría, y por lo que logró aproximarse hasta debajo de los fuegos de nuestra batería, trayendo los fusiles culata arriba. Se sostuvo el ataque por el sereno coronel Spano, que mandaba los Granaderos de don Juan José Carrera, valiente mayor Ollez de Artillería y bravo capitán Gamero, y en poco más de diez minutos se puso en fuga el enemigo, habiendo antes una bala vengado la perfidia de Molina que nos ocasionó la pérdida irre-

parable de estos dos oficiales valientes y de otros. En esta retirada fueron perseguidos por las tropas que guarnecían la trinchera y por las guerrillas, que desde un principio estaban destinadas a estrechar el sitio.

El regimiento de la Gran Guardia Nacional (al que en esa época ya yo pertenecía) se había destacado en protección de esa trinchera a que llegamos cuando el enemigo se ponía en fuga. Aquellas tropas siguieron al enemigo hasta dentro de las calles de Chillán, y no serían las ocho, cuando O'Higgins mandó decir al general don José Miguel Carrera se hallaba a media cuadra de la Plaza, y que si quería tomar posesión de ella, le mandase 300 infantes, pues él no podía hacerlo por ser su tropa de caballería. Al mismo tiempo, el capitán don Joaquín Prieto daba parte que el enemigo había abandonado un castillo que tenía cerca del Batán y que se hallaba en posesión de él, y a ambos se les mandó orden de retirarse, no obstante que un cuerpo se hallaba tan inmediato al pueblo y con una fuerza de cerca de 700 hombres disponibles. (He oído dar los partes y el contesto, porque el general en jefe, a ese tiempo, había pasado a la trinchera avanzada en que estábamos.) Esta conducta fué la que comenzó a dar motivo de disgusto y crítica contra el general, y promover su desprestigio entre algunos oficiales. Vi rabiarse y maldecir a muchos de esos Granaderos al retirarse, que no lo efectuaron no obstante la orden, hasta más de una hora después de tocada.

Las tres de la tarde serían, cuando el enemigo hizo una segunda salida, con más fuerza, sobre la trinchera avanzada, creyéndola sin duda sólo defendida por el cuerpo que había rechazado al de Molina, y entonces en los momentos de defensa se incendió un armón de las piezas y éste se comunicó al repuesto, que nos ocasionó la pérdida de más de 200 hombres, entre ellos el coronel Spano, que fué abrasado en la cara y manos. Pudo hacerse la defensa de la batería por la circunstancia de que, al tiempo del incendio, se hallaba el enemigo fuera del tiro de fusil, y hubo tiempo para reparar la primera impresión de terror que de consiguiente debía producir la catástrofe. Después de ésto, se nombró general de la División del puesto avanzado, al coronel O'Higgins. El día 5 intentó el enemigo un tercer ataque, más flojo que los anteriores, y fué también rechazado.

El día 6 muy temprano bajo de una llovizna gruesa, se ordenó la retirada del ejército. Se destacó al capitán don Joaquín Prieto, con su guerrilla, a la parte del Norte del Río Ñuble, y al día siguiente, a O'Higgins con la suya, a cubrir la Laja y el departamento de Rere: en este lugar tuvo algunos ataques parciales de que no puedo dar razón, por haberse destinado un regimiento a Concepción. En una de éstas, en que fué atacado con fuerzas superiores, le mataron al caballo en la retirada y lo salvó un soldado Dragón, dándole el suyo, el que escapó echándose a pie al monte. He conocido a este soldado a su lado en la emigración.

La acción memorable de O'Higgins en la segunda campaña, fué la denominada del «Roble» entre las ribéras del Itata y Laguna de Avendaño. Este jefe había recibido orden de pasar a este punto con su División (que se hallaba reforzada con un regimiento y dos piezas de artillería) para reunirse en él con la que venía de Concepción, al mando del general en jefe don José Miguel, como se efectuó en la tarde anterior del ataque. Al amanecer y toque de diana, nos sorprendió el enemigo de tal modo, que no fué sentido, sino cuando se halló sobre el centinela avanzado al campo de la Guardia de Prevención de un regimiento, cuyo centinela dió parte de la novedad haciendo fuego, quedando en su punto atravesado por tres balazos, y sobre cuyo cuerpo y sitio estableció su línea de ataque el enemigo. Por fortuna, la guardia se hallaba municionada y al mando del valiente alférez Benítez,¹¹ como asimismo un piquete o compañía del batallón de Milicias de Concepción, al mando del teniente retirado Vidaurre; los que pudieron sostener el primer impulso y dió lugar a poder municionar mi regimiento. Como Porta que era de él, me hallaba pasando la lista de diana al tiempo de verificarse la sorpresa y, aunque no había presente otro oficial, el cuerpo se mantuvo en orden bajo los fuegos enemigos, mientras se le proveía de municiones.¹² Comenzando a repartirlas estaba con un sargento cuando se presentó el capitán don Joaquín Prieto y tomando 27 hombres que se habían municionado, se dirigió a reforzar la guardia de prevención, lo que se siguió haciendo sucesivamente con partidas al mando de sargentos. A ese mismo tiempo, el intrépido capitán García de artillería, avanzaba al mismo punto una pieza de artillería de montaña.— La caballería que había

traído el general Carrera, y él, se hallaba acampada en el plano al pie del cerro, y aunque por este costado no fué el primer ataque de la sorpresa, no tuvo tiempo para montar a caballo ni formarse. El general, que sin duda tendría el suyo al pie de la carpa, se presentó sobre el cerro siendo ya bien claro. Miró y descendió por el mismo punto que había subido. A este tiempo, alguna caballería enemiga había dado vuelta al cerro y se dispersaba por el campamento, que había ocupado el general y éste en lugar de torcer para el mismo cerro que había bajado, y en que se hacía la defensa, torció hacia la ribera del Itata, en que fué perseguido y pasó y repasó a nado; así es que escapó milagrosamente logrando reunirse al centro que mandaba su hermano don Juan José que se hallaba cerca de tres leguas del punto del ataque. A este había ocurrido O'Higgins desde el principio, ya con dos oficiales menos, Rebolledo y Benítez, aquel muerto y éste herido, trasmitía a la tropa el ardor con su calma y serenidad, ya animándoles, ya tomando un fusil y diciéndoles que así debían apuntar. He sido casualmente testigo presencial de esto, en una de las veces que conducía municiones a la línea en mi poncho. Había pedido a un negro norteamericano el fusil, porque notó volvía la cara al tirar el disparador. Lo tomó, cargó y apuntó diciéndole: «así has de tirar.» Le volvió el fusil cargado y a tiempo de ejecutar la lección otro más pronto, le puso la bala en la frente y lo tiró de espaldas. En este momento me preguntó «¿Tiene usted pañuelo, mi cadete?», y contestándole que sí me dijo: «amárremé aquí la pierna que estos diablos me han herido y me duele bastante.» Efectué la amarra y me previno volviese a hacer traer municiones quedando en su mismo punto. Este ataque fué uno de los más tenaces y mejor sostenido por ambas partes, en las dos campañas del año 13. Cada uno no sólo disputaba la punta y falda del morrito que cada cual ocupaba, distante como tres cuartos de cuadra uno de otro, sino que también se intentaba a cada tiro de cañón su toma; así es que por el espacio de una hora el plan y falda del mediano portezuelo, que los dividía, fué un continuo avance y retroceso de las fuerzas contendoras. Por último retrocedió el enemigo en fuga, como a las 9 poco más o menos. Cerca de las 12 sería cuando se apareció el general don José Miguel, con 200 granaderos: este general al dar parte de esta acción, cometió la injusticia

no diré de no premiar, pero sí de no recomendar a varios de los oficiales que más se distinguieron, como fué el capitán García, a quien no le quedó más artillero que el que atacaba, y ésto talvez, porque tocó el recurso de tenderse de espaldas debajo de la pieza, en cuya forma lo ví atacar, y al oficial echar el cartucho y pegar fuego. Este lugar parecía el punto de muerte, pues cuando observé la escena del soldado atacador, habrían desaparecido no sólo los demás artilleros, sino 20 de los 27 con que había sostenido el capitán Prieto la pieza. Don Diego Benavente, que por habérsele dispersado la caballería que mandaba, hizo una entrada para tomar parte ó dar ánimos a los soldados del regimiento de la Gran Guardia a que pertenecía y del que hacía poco había salido para mandar la escolta del general, fué echado atrás inmediatamente por el tiro que vino a darle en la tetilla, una de esas a que no se le oyé el silbido. Un acto de justicia hizo el general, y fué el hacer sargento a ese centinela de mi cuerpo, que he dicho no abandonó el puesto el cual escapó con tres balazos y vida entre los cadáveres enemigos, de donde se recogió después de la acción. Hemos tenido en esa acción como 80 muertos, y como una cuarta parte mas de los enemigos, cuyos cuerpos se quemaron con excepción de 20 y tantos que se quiso dar entender eran los únicos de nuestra parte.

Usted extrañará que me distraiga del punto conciso de marcar el hecho de distinción; mas, me ha parecido indispensable hacerlo del modo expuesto, no sólo porque es necesario para poderlos valorizar, sino porque tengo muy presente la muy poca idea que da el parte del general de esta jornada, a más de las omisiones que he apuntado; así es que bajo el mismo principio, me veré en el caso de entrar en lo de adelante en semejantes disgresiones en el relato de los hechos; pues que si no alcanzan a servir ahora, puede serle útil en lo sucesivo; de esta jornada data mi conocimiento o relación con el general O'Higgins; se entiende no de amigos, porque en su edad y categoría no podía dispensarse a un cadete de 14 años sino un trato de consideración que es algo en ese estado.

Después de dar razón de esta jornada, sería sin duda conveniente entrar en detalles de las operaciones siguientes hasta las del Quilo, Membrillar y paso del Maule, para poder formar un juicio exacto de ellas, y de los motivos que dieron lugar a co-

locar el ejército en esa campaña, en situación de su inmediata ruina; pero esta tarea sería larga y ya en la relación de los hechos se tendrán que hacer algunos detalles para mejor conocerlos. Basta decir por/ahora que el juicio imparcial del historiador, hará cargar la responsabilidad tanto en la Junta de Gobierno como en el general don José Miguel Carrera, pues que ambos, y principalmente aquella, olvidaron que el salvamento de la Patria era preferente a todo.

Después de esa acción del Roble, dió como general en jefe la del Quilo, para poderse unir a la de Membrillar. La acción fué corta bien porque los enemigos sostuvieron con flojedad la ventajosa posición que ocupaban, sea fuera la orden que tenían o que el mayor número de la nuestra y su marcha, siempre de frente, les obligó a ceder el paso y ponerse en fuga. Es injusto el cargo que don Diego Benavente hace al general O'Higgins de haber expuesto la división del Membrillar por su impericia, en la refutación que hace, no recuerdo si a una memoria de don Juan Albano¹³ o a la defensa del Dr. Ascencio.¹⁴ Benavente debió conocer demasiado la imposibilidad de mover con prontitud, por falta de recursos, lo que se llamaba ejército. Prueba que O'Higgins conocía la necesidad de unión o socorro a la división del Membrillar que dispuso su salida dando la orden a mi regimiento, ya diminuto en la mitad de su fuerza con que había comenzado la campaña, cargar al hombro sus monturas todos los soldados que pudiesen, por si se podía proporcionarle cabalgaduras en la marcha, y que se amunicionasen a cuatro o cinco paquetes todo el ejército, pues no había una sola mula. Felizmente, al tiempo de recibir yo esta orden para sacarlas del parque, acababa de saber que el capataz de tropa de casa, había llegado a nuestra chacra con ella. La mandé a buscar y la puse a disposición del general, cuyo oportuno recurso facilitó algo la movilidad. Como a cuatro o cinco leguas antes del Quilo, recibió una carta O'Higgins del general Mackenna, en que le pedía su pronta unión y le avisaba del paso del Itata de fuerzas enemigas a impedir-la, y el mozo dió razón que se hallaban en el Quilo. Después de esta acción que concluiría como a las tres y media o cuatro de la tarde, siguió la marcha del ejército no sólo con el de apoyar las guerrillas que perseguían al enemigo, sino con el de aproximarse a Membrillar. En ese tránsito, recibió O'Higgins otro

parte en que se le decía que indudablemente serían atacadas las trincheras del Membrillar esa noche, como sucedió a las ocho más o menos, cuyo ataque divisamos desde el cerro en que nos habíamos acampado como a dos leguas del Membrillar,¹⁶ ya puesto el sol. ¿Cómo era posible vencer en ese día una jornada de más de once leguas de pésimos caminos y después de tener que forzar en mitad de él un paso fuerte por naturaleza, apoyado en fuerzas movibles que se hallaban en posición de burlar nuestras operaciones? Al día siguiente nos reunimos ya montada alguna parte de nuestras fuerzas en yeguas chúcaras.¹⁶

El vencimiento del paso del Maule, es una de las operaciones de esa campaña que hace alto honor a O'Higgins muy principalmente entre aquellos soldados que conozcan la topografía del terreno y las circunstancias y posición de las fuerzas contendoras. Las nuestras que eran menores, habían tenido la desgracia de perder parte de su parque por un incendio casual, en momento que se preparaba la marcha para sorprender al enemigo; y no incendiado por el prisionero Benavides como se ha dicho, y él sostuvo por darse realce e importancia, pues que el incendio tuvo origen de una mula cargada de granadas de mano que se botó en un fogón mal apagado. Una de estas granadas fué a reventar sobre otra carga de lanza - fuegos, y cuya mula abrasada corrió entre la recua, y comunicado el fuego en otras, salió en escape al campo.* Si Benavides hubiera sido el promotor del incendio, lo hubiera efectuado sobre la parte del parque que se conducía en carretas, a cuyo frente y sobre él se hallaba formado el cuerpo en cuya guardia de prevención marchaba prisionero. Era el cuerpo al mando de Las Heras.

Este incidente no sólo impidió el ataque de sorpresa proyectado, medio único por el que pudiera prometerse sacar ventaja, sino que dió lugar al enemigo de atravesar por nuestro frente, para unirse y apoyar su paso en la división que lo había venido a proteger de Talca; así fué que sólo medió un mediano tiroteo entre su retaguardia y nuestra vanguardia, y ambas fuerzas siguieron a tomar los puntos de la ribera del río que

* Me hallaba a caballo no muy distante del parque cuando sucedió el incendio y vi reventar la primera carga botada, y en seguida, inmediata la de lanza - fuegos y otras. (Nota del general de la Cruz.)

consideraron adecuados distante uno de otro más de legua y media. Al frente de las nuestras teníamos parte de las fuerzas de Talca, y todo el mundo sabe que las que debían apoyar nuestro paso las acababa de perder el general Blanco, en el ataque que dió a Talca, contrariando las órdenes que le había impartido O'Higgins. En esta situación de apuro, dió orden éste en la noche de dejar el campamento con sus fuegos y emprendió su marcha río arriba con la infantería y un poco de caballería, a pasar otro vado, dejando orden a mi cuerpo de permanecer en el campamento conservando las mismas centinelas para que el enemigo no extrañase, y que, si pasadas dos horas, no recibían otra orden, siguiesen la marcha del ejército y pasase el río, dejando también una guerrilla por una o dos horas más, para engañar al enemigo con el alarido, vista de los fuegos y carpas.

Cuando amaneció, el ejército se halló a la ribera opuesta, sin oposición, y aún creo que sin pérdidas por ahogados. En seguida se emprendió la marcha con dirección a Quechereguas, y nos acampamos cerca de los Tres Montes. Al siguiente, poco después del toque de diana, y bajo una niebla espesa se nos presentó el enemigo por nuestro flanco izquierdo. Se ordenó el movimiento del ejército, que empuñó un ataque de guerrillas con su vanguardia, ataque y resistencia insignificante, pues no recuerdo haber visto más herido que a mi hermano contuso en una pierna. El enemigo se replegó a su izquierda y nosotros seguimos nuestra marcha a Quechereguas sin otro incidente.

A los pocos días se nos volvió a presentar al frente el enemigo con todo su ejército, promoviendo su ataque por medio de guerrillas y fuego de cañones, e incendiando un cerco del potrero que venía a rematar en las casas, parando en esto todas sus operaciones, que se suspendieron a poco más de una hora y se puso en retirada hacia las casas de Vargas, cerro Verde, como legua y media de nuestro campo, con lo que probó este general su tino en esta ocasión, pues que si nos hubiera atacado decididamente en el punto fuerte que ocupamos habría sido destruído enteramente, a pesar de su superioridad de fuerzas, porque le impedía toda retirada el caudaloso Maule que tenía veinte leguas a su espalda, sin contar con los entorpecimientos del río. Claro, que lo tenía a dos leguas, y otros pasos no fáciles. La misma prudencia usó O'Higgins en no

atacarlo fuera del punto ventajoso que ocupaba, teniendo fuerzas menores, y tanto más, cuando era probable que él esperase socorro de las Provincias del Norte.¹⁷

La acción de Rancagua, con que finalizó esta campaña, es uno de los hechos de armas que dió nombradía a este general, no obstante la pérdida de ella y de haberla sostenido bajo la dependencia del general Carrera, que era entonces el jefe supremo a consecuencia de los sucesos que son tan sabidos.¹⁸ No me hallé en esta jornada pues me encontraba a esa sazón en comisión en Illapel con el comandante don Joaquín Prieto, hoy general.

La acción de Chacabuco es el hecho más grande de armas del general O'Higgins, no sólo por la inferioridad de fuerzas con que emprendió el ataque, sino por su arrojo personal manifestado en él, su denuedo y tino con que lo ejecutó; como asimismo por sus grandes resultados. Puedo asegurar ésto y dar razón de esta jornada, porque me cupo el honor de asistir a ella en clase de ayudante de campo, y la suerte de haberse impartido por mí conducto las órdenes más importantes que la precedieron y las con que se realizó.

Acampados nos hallábamos como a menos de dos leguas de la Cuesta de Chacabuco en donde ya se nos había reunido el coronel Las Heras con su cuerpo que había verificado su paso de la Cordillera por Uspallata, cuando se dió parte que el enemigo había ocupado el camino de dicha cuesta. Ahí se varió el orden de marcha, y se dió el de batalla, dándole el mando de Centro a O'Higgins, compuesto de los batallones 7 y 8, y el de la derecha al general Soler, compuesto del 11 y cazadores de los Andes, sacándose de todas las compañías de cazadores y granaderos, destinados a formar otra columna. La caballería componía la izquierda o retaguardia, al mando particular del coronel Zapiola. En este orden se emprendió la marcha, y como media legua más o menos antes de llegar al pie de la cuesta, dispuso el general San Martín que la división de la derecha, precedida de las compañías de cazadores, hiciese la subida por el faldeo y cuesta de una colina, que después de un rodeo como de una legua o más, descendía sobre el ala izquierda del enemigo, y a los batallones 7 y 8 de artillería y caballería, se hizo marchar por el camino real y pasar como a dos cuadras del pie de dicha cuesta. De este punto dispuso

O'Higgins, por medio de sus ayudantes, se reconociese la posesión enemiga, para cerciorarse del número y sus movimientos. No pudiendo esto lograrse, por no haber inmediato un punto bastante elevado que descubriese la formación enemiga, ordenó al comandante Clamer del 8, que con su cuerpo amagase atacar el frente, marchando por el faldeo opuesto a la quebrada que separaba a la falda por donde subía el camino real; y a un piquete como de 20 hombres, de caballería, lo destinó a reconocer a éste, para saber si en las vueltas del camino se hallaban trincheras o tropas ocultas, encomendándose este reconocimiento. El enemigo aunque había dispersado como 100 tiradores sobre la colina por donde subía el 8, y como 20 por la salida del camino, emprendió su retirada y dispuso la de éstos sin tirar un tiro. Cuando llegué a la cima, estas fuerzas que serían como 800 hombres, se retiraban por el camino, y como 300 cazadores, lo verificaban por la cuesta de la serranía que del mismo cerro se desprende hacia el sur, y por cuyo pie descende el camino real, sin duda para proteger su flanco derecho. Descendía a dar éste aviso al general O'Higgins y el general San Martín, que llegó en ese momento, le dió la orden que subiese el 7 con un escuadrón de caballería, y que siguiese la artillería, y ambos generales lo hicieron delante. Cuando llegaron arriba, el enemigo aún no había acabado de bajar, y el resto de su ejército se divisaba avanzar por el llano de las casas. El general San Martín, mandó avanzar una guerrilla de caballería, para que observase la retirada. Llegaron luego los batallones 7 y 8, y entonces le dijo O'Higgins a aquel que sería mejor seguir él con su división, picándole la retaguardia para entretenerlo inter vencía el rodeo la división de la derecha, que se hallaba aún distante. San Martín le contestó: «Bien, general, pero de ningún modo comprometa usted la acción.» Al acabar la bajada, la guerrilla de caballería empeñaba un tiroteo sobre la retaguardia, y O'Higgins que avanzó para sacar sus tropas del desfiladero, y como no encontrase después un terreno aparente para desplegar, hubo de seguir la marcha hasta encontrarlo, que fué ya bajo los fuegos de la artillería enemiga, que había establecido su línea en el plan de la sierra inmediata a las casas. La posición de la división de O'Higgins llegó a ser en este momento azarosa, pues no podía evitar el ataque si el enemigo lo quería empeñar, como lo debía

haber hecho. Sin embargo, no lo hizo. O'Higgins para poner a cubierto su infantería de los fuegos de artillería, la hizo avanzar un poco más para respaldarla de una lomita que había al frente. Pasó a colocarse sobre ella con el comandante Clamer del 8, para observar los movimientos del enemigo, y avisó al general jefe era necesidad diese orden de apresurar la marcha de la artillería, caballería y división de la derecha, pues se hallaba en el caso de comprometer la acción de un momento a otro. A este tiempo, los 300 cazadores enemigos se hallaban sobre el flanco derecho de nuestra columna, sobre la sierra, de la que habiendo descendido unos pocos a sus faldas, comenzaron a molestar nuestras columnas. A ese mismo tiempo se destacaba una guerrilla de infantería por nuestra izquierda a tomar un terreno algo quebrado para incomodar al escuadrón de granaderos, que apoyaba este flanco. O'Higgins destacó entonces una cuarta sobre los cazadores de la falda que incomodaban nuestra columna y otras sobre los de la izquierda. Una y otra de las del enemigo, comenzaron a replegarse sobre los cuerpos de que habían sido destacados, luego que se empeñó el fuego. La de la derecha enemiga fué reforzada inmediatamente y en este momento le repetía el comandante Clamer: «carguémosle, general, a la bayoneta.» El le contestó: «y si no iza, ¿no me llevan los diablos?»¹⁹ Antes se le había llamado. Cuando se había desprendido este refuerzo como dos cuadras de su línea, y que nuestra guerrilla iba perdiendo terreno, me previno diese la orden se destacase del 7 una unidad en su apoyo con la orden de arrollar a la contraria. Principiaba ésto a suceder cuando me volvía a unir al general. El enemigo, vista la decisión de este ataque, sacó como 100 hombres de su cuadro, cuyos costados se apoyaban en dos columnas, y cuando se sacaban tropas de una de estas, para cubrir el claro abierto de aquel, le dijo al comandante Clamer: «Ahora es tiempo. Si perdemos no hallarán a quien juzgar. Cruz, a la caballería que cargue inmediatamente por nuestra derecha.» Por este costado, apoyando su izquierda, se hallaba la de la contraria. Clamer, sin pérdida de tiempo, pasó a ponerse a la cabeza de su batallón, y marchando de frente, secundado por el 7 hasta la lomita en que había dejado al general, hizo romper el paso de ataque. La caballería a este tiempo recibía la orden de cargar. El enemigo sorprendido con este brusco ataque que

no pudo sin duda notar en su principio, por la loma que ocultaba nuestra columna, mandó desplegar las suyas, cuyo movimiento concluía cuando la nuestra se hallaba como una cuadra, principiando a pasar un sanjoncito con agua. En este instante y a esa distancia, nos hicieron la primera descarga que nos fué sumamente mortífera, desorganizándonos completamente el 8 que se dispersó por derecha e izquierda del zanjón rompiendo sus fuegos sobre la línea enemiga. Como los fuegos de ésta habían sido por una descarga general, el 7 entró sin obstáculo a ocupar el puesto y cabeza que llevaba el 8, en que se hallaba O'Higgins y Clamer y puestos a la cabeza del batallón, siguieron su carga a la bayoneta; apoyados en los fuegos del disperso; en la carga del Escuadrón de caballería que distraía o hacía repartir el de la enemiga. En este mismo momento llegaba un Escuadrón de Granaderos de la reserva, mandado por San Martín, que pudo secundar la carga del primero, que también había sido deshecho por los fuegos. La línea enemiga, comenzando por sus flancos, que eran atacados con menos fuerza, se puso en derrota cuando nos hallábamos aún como a sesenta pasos de ella. O'Higgins y Clamer, aquél a caballo y éste a pie, fueron siempre los soldados cabeceras del ataque y San Bruno, que se ocupaba en contener sus soldados, no consiguiéndolo, volvió de carrera sobre lo que había sido su línea, echó pie a tierra y prendió fuego a un cañón, cuando nos encontrábamos como a treinta pasos, y montando con igual precipitación, siguió la fuga de sus compañeros que pretendió reunir en las casas, por lo que cayó en nuestras manos.* Es de advertir también que, al mismo tiempo que O'Higgins empeñaba el ataque sobre la línea, dos compañías de la columna de cazadores de la división, que mandaba el general Soler, se aproximaban, sin verlas nosotros, sobre los cazadores enemigos, situados en el cerro, a nuestra derecha, y los atacaban; pero también es cierto que esta fuerza no habría podido reparar ni proteger la derrota de sus compañeros, aun-

* Supimos que este oficial fué el que prendió fuego al cañón en ese momento, porque él mismo nos lo dijo, cuando O'Higgins le preguntó que cómo se había expuesto a caer prisionero — a lo que le contestó: por cumplir con mi deber, señor general. He podido escapar mejor que los demás, porque montaba mejor el caballo. No pudiendo contener mi tropa, he vuelto disparar el último tiro de cañón, y creyendo reunir dentro de las casas, algún número para retirarme como soldado, no lográndolo me han tomado sin defensa. (*Nota del general de la Cruz.*)

que no hubiese sido atacada en tal momento, por la eminencia en que se hallaban situadas. Sin disminuir en nada el mérito y gloria que cupo a O'Higgins en esta jornada, puede asegurarse que en su vencimiento tuvo mucha parte el comandante Clamer del 8, sin cuya cooperación de arrojo y denuedo, le habría sido difícil conseguirlo en tan poco tiempo.

Como al mes o más de haberse recibido de Director, se puso en marcha para el Sur con el batallón 7, para reforzar al general Las Heras que ocupaba a Concepción. En las escaramuzas que se promovían a menudo sobre la línea fortificada de Talcahuano, para reconocerla, siempre se presentaba bajo los fuegos, con ese denuedo sereno que le era característico. En el asalto que se efectuó por el Morro (contra su parecer, sujetándose al del mayor general Blayer, que se había mandado por San Martín para dirigir este ataque alucinado tal vez por la reputación que se le daba, de haber sido uno de los buenos generales de Napoleón) él se había precipitado a hacer cumplir por sí, a un cuerpo o jefe, la orden que había recibido, si no se lo hubiesen impedido los jefes que estaban a su lado; pero no alcanzaron el que con el fin de proteger nuestra retirada de las trincheras y proveernos de municiones, que le habían dicho nos faltaba, dejase de hacer quemar la compañía de su escolta recién creada, en que sacrificó a su sobrino que la mandaba y al alférez.

Se halló O'Higgins después, en clase de segundo jefe o socio del general San Martín, en la jornada de Cancha Rayada. Empeñada nuestra caballería al mando del general Balcarce con la retaguardia enemiga, fué mandada cargar cuando los enemigos habían establecido su línea a inmediaciones de Talca, y habiendo encontrado a su frente un cerco y un zanjón, se desorganizó bajo los fuegos de metralla, y recargada en este momento, fué dispersa. La única reserva que teníamos a ese tiempo, de esta arma, era mi escuadrón, segundo de la Escolta de O'Higgins, el más mal montado, sin duda, porque era el que inspiraba menos confianza, pues sólo tenía veinte y tantos días de formación. San Martín lo hizo avanzar en protección de nuestra caballería en derrota, y logró cortar su persecución interponiéndose. O'Higgins, a esa sazón separado de San Martín, notó que su primer escuadrón de escolta había sido envuelto en la derrota, y como este hombre pretendía hacer rivalizar

su recluta caballería con la veterana de granaderos, salió a escape de la línea de infantería para ponerse al frente de ese segundo escuadrón recluta, que se hallaba al mando del intrépido Bueras, y en momentos que acabamos de desenvolvernos de la dispersión de los nuestros y enemigos, que en medio de una gran polvareda, corrían revueltos, se presentó al frente y, hablándole dos palabras dirigidas a deber recuperar el honor del regimiento, dió orden al comandante lo hiciese cambiar de frente, para cargar un regimiento que el enemigo conservaba en orden a su izquierda. Hecho el cambio y en marcha, San Martín notó el movimiento, y a O'Higgins a su cabeza, y a gran carrera hizo salir a su cuñado Escalada, con la orden a O'Higgins de que fuese a verse con él inmediatamente y que hiciese retirar el escuadrón. No le pareció bien, pero cumplió, que era lo que debía de hacer, porque su intento tenía más de decidido por el calor que tino.²⁰

Cuando el escuadrón comenzó su retirada, el regimiento enemigo, apoyado su flanco derecho por cazadores de infantería y una pieza de artillería, nos picó la retaguardia con tanto tesón, que no nos daba ya lugar a verificarla por el flanco derecho de nuestra línea, y nos empujaba sobre el frente, casi al centro. En este apuro, hicimos un cambio de dirección al galope, por el que más de dos tercios del escuadrón tomó el flanco de los tiradores de caballería y columna que nos atacaba. El jefe de ésta, para doblarnos con su superioridad de fuerzas, mandó desplegar, pero lo hizo a tiempo que nosotros, acosados y sin otro recurso, sobre esa misma marcha le cargamos. Nos envolvimos con los pelotones en despliegue, y como tenían nuestras lanzas una tercia más larga, sintieron la diferencia y se declararon en derrota desordenada, atropellando sus cazadores de infantería que habían quedado a retaguardia, y dejando en nuestro poder la pieza. Sin duda, hubieran hecho igual atropellamiento a su línea, si no hubiera cambiado de dirección con precipitación, colocándose a los suburbios de Talcahuano, pues que ya no era el regimiento derrotado y disperso, sino que éste había envuelto a los recién victoriosos que se organizaban: fué tal su dispersión, que en la noche, para la sorpresa que nos hicieron, no tuvo su general un escuadrón de que disponer. El nuestro, pues, logró reponer el honor del regimiento, como lo quería O'Higgins. Como a las 8 entramos por la izquierda

de la infantería de regreso a nuestro campo y nos colocamos a este costado, y no había trascurrido media hora, cuando recibimos la orden de pasar a la derecha. En el momento de montar a caballo, dos centinelas escuchas de este costado, tiraron dos tiros, y como a los cuatro o cinco minutos, se siguieron cinco de la avanzada de la Gran Guardia del mismo costado. A este tiempo principiábamos a pasar por la retaguardia de la izquierda de la infantería, y nos detuvo la marcha del 8 que se retiraba. El coronel Freire le preguntó al comandante por qué lo hacía, quien le contestó que de puro mozo criollo. En estas circunstancias, una descarga cerrada, disparada contra las columnas enemigas, por la compañía de granaderos del Batallón Coquimbo, que se hallaba de gran guardia del costado derecho, corrieron sus balas por nuestro frente de la izquierda porque en el cambio de línea que se estaba haciendo, aquella había formado martillo. Un escuadrón de Milicias, sin duda el de Escolta de Provisiones, se hallaba acampado un poco a retaguardia de la infantería que con la retirada del 8, vino a quedar en primera línea, y como por su frente viniesen a pasar más inmediatas las balas, montó con precipitación a caballo y echó a escape, estrellándose contra mi regimiento, que lo envolvió y dispersó, lo que produjo el mayor desorden entre el carguerío del bagaje, parte cargado y otro atadas las mulas al que debían levantar. En tal momento, todo era confusión, sin recibir ningún tiro enemigo y; aún parados los de nuestra derecha, no oyéndose otra voz, repetida por muchos que: al cerro, al cerro, por donde subía el 8 o parte de él. Dispersada algún tanto la dispersión, se dirigió O'Higgins al lugar donde se hallaba situada el ala izquierda de la infantería, en donde sólo encontró al Batallón Carampangue, habiéndolo hablado en su paso al comandante Bueras, a quien le preguntó por su regimiento, y contestándole que los malditos huasos se lo habían pasado a llevar y dispersado, le siguió solo, sin advertir que mi compañía no había alcanzado a ser envuelta. Llegado O'Higgins al costado izquierdo del batallón, echó pie a tierra y mandó llamar al comandante López, que se hallaba al derecho, a quien le previno no hiciese romper el fuego al batallón, hasta hasta que él lo mandase. A ese tiempo, ya se veía una columna enemiga, que venía como en dirección del Carampangue. Le precedía otra por su derecha, que no veíamos, como tampoco

otra a la izquierda, por embarazarlo una lomita que se hallaba en el llano. Sea pues que la sombra del cerro ocultase al Carampangue, sea que la atención se la llamase la multitud de gente que veía en el cerro, la columna del centro vino a enfrenarse con la izquierda del Carampangue, al que hizo O'Higgins romper el fuego, cuando aquella se hallaba tal vez a menos de media cuadra. Sorprendida de este modo, lo rompió en la formación que traía, sin desplegar, y se desordenó, y como a ese mismo tiempo, suspendía la lomita la columna de la derecha, recibió mucha parte de la descarga del Carampangue y viendo los fuegos dispersos de la columna de su izquierda, creyó que ésta era el enemigo que la atacaba, y descargó contra ella. Esta debió presumir que era otro cuerpo enemigo que le atacaba por el flanco, y se trabó el combate entre sí. El batallón Carampangue, hecha su descarga, se puso en retirada en dispersión, no obstante no haber recibido mucho daño en el contesto a su fuego. O'Higgins había sido herido en un brazo y no pudiendo detener a los soldados siguió su retirada. Todo era perdido a este tiempo por este costado a excepción de los granaderos y escolta de San Martín, que habiendo emprendido su marcha al principio con la retaguardia del Cerro, había parado en este lugar. Yo había quedado con mi compañía entre el cerro y loma en que se batían los enemigos unos con otros, la saqué y pasé a colocarla atrás de aquel previniendo al teniente me esperase, mientras iba a ver si podía salvar alguno de mis dos hermanos que servían en el Coquimbo. ¡Qué terrible es en circunstancias como estas tener personas tan inmediatas, expuestas a igual o más riesgo que uno! Discurrí por el campo en que había estado nuestra línea llamándoles. ¡Nadie me respondía! Y ya casi mi caballo cansado me retiré en busca de mi compañía que no encontré como tampoco a los granaderos. Los enemigos se batían aún unos con otros, tirando desde su retaguardia, y hacía su flanco izquierdo algo distante de los que se batían, tiros de cañón, ametralladoras, y algunos con camisas embreadas para alumbrar nuestro campo.

¿Quién podría presumir que los soldados vencedores de Chacabuco y que asaltaron con tanto denuedo las trincheras de Talcahuano, fuesen dispersos y derrotados casi sin recibir una bala enemiga? Ello es que así sucedió, y lo que es aún más de admirar, que esos granaderos tan valientes, con todos sus ofi-

ciales a la cabeza, sin que nadie les persiguiese, no hubiesen tenido ni aún serenidad para salvar nueve o doce cargas de plata que les entregué al costado de su marcha. Parte de esas cargas encontré en el suelo cuando seguí la dirección de fuga de la caballería: esto es demasiado explicativo del pavor que se apoderó de nuestras tropas.²¹

En la acción de Maipú puede decirse que O'Higgins no tomó parte, pues aunque salió de la capital con una columna de soldados heridos y enfermos (que a la noticia de la aproximación del enemigo habían abandonado el hospital, y presentándose a pedir fusil) de milicianos y paisanos que habían dado igual paso, y de los cadetes que también solicitaron concurrir; esa columna no alcanzó a tomar parte en la acción, aunque sí debió servir para imponer al enemigo junto con uno o dos escuadrones de caballería de Aconcagua, que a su vanguardia se dirigía a gran galope hacia el campo de batalla.

CARÁCTER DE O'HIGGINS

3.^a ¿Anécdotas que pinten su carácter y una descripción de lo que era éste?

Para poder describir con exactitud el carácter de O'Higgins, era necesario poseer la imaginación descriptiva y pluma apincelada de Timón, no porque aquel provocase la volubilidad en sus acciones y fisonomía que hacía dudosa a este poder [ilegible] a ser orador, sino porque en el puesto de hombre público, no se vía al que se conocía en el privado; sin que por eso pudiese advertirse la menor afectación en sus modales ni semblante; ni esa arrogancia o ceño que a primera vista se nota en muchos, con que pretenden dar a entender la superioridad de su posesión, como si fuese ignorada.

Antes de conocer O'Higgins el objeto con que se le veía, conservaba esa circunspección que les es tan característica a los hombres acostumbrados a la magistratura, pero en medio de ella parecía que indicaba o decía: «Me hallo dispuesto a hacerle justicia.» Cuando alguno de sus contrarios le veía, nunca advertí lo recibiese con ese ceño repelente o de disgusto que he notado por lo común en casos semejantes, entre los hombres colocados en elevación; por el contrario, a éstos más bien se les insinuaba para que se desembarazasen del temor y

disgusto que es tan natural experimentar, al verse en la necesidad de solicitar un favor, y aún justicia de su enemigo. Su aspecto en este caso era menos serio que el con que recibía a sus conocidos, si tenía algún motivo para dudar de su adhesión. En su trato privado era afable, llano y próbido. Le gustaba más escuchar que hablar: tenía un talento especial para resumir las ideas en muy pocas palabras; y estas circunstancias, o sea, ese aspecto de no manifestar jamás en su tertulia ese semblante o hilaridad familiar, le hacía dársele la clasificación de reservado. Y era tan evidente esa circunspección, en medio de su trato interno, que algunos de esos palaciegos o adulones que por desgracia nunca faltan en palacio, debieron muchas veces quedarse con el empacho de sus rencillas o intrigas, por no encontrar una oportunidad de introducir las; y tal vez no pocas, viendo alejarse esa proporción, las iban a desembuchar al círculo de la familia. Testigo presencial del trato íntimo por algún tiempo, he podido observar esto, y puedo asegurarlo desde que uno de sus ministros a quien se calificaba de muy su amigo, me ha dicho un día, en una conversación que teníamos sobre política: «Hace tiempo que observo y noto esto, pero no he tenido ocasión de hablarlo con el Director, o más bien diré, temiendo de que crea es susceptibilidad o perspicacia mía; y ya que usted se halla en la misma creencia, y que por las demostraciones se justifica, sería conveniente el que hablase con él, con la misma franqueza que usa conmigo.»

En su trato de familia o doméstico, era inalterable. Jamás le ví ni aún hablar con mal ceño a sus sirvientes, y a algunos los trataba como si hubieran sido relacionados con su familia. A la madre la idolatraba, consideraba y respetaba, como no he visto en otro hijo; todo lo que a ella pertenecía le servía de distracción y entretenimiento, en las horas que podía entregarse a la vida doméstica: cuando bajaba del despacho, se introducía en el patio interior a pasearse, y allí encontraba al periquito, y cotorrita de la mamita, que sacaba de sus jaulas y tomándolos uno en la mano y otro en el hombro, entablaba su conversación con ellos, las más veces de reprensión o consejos por las reyertas en que diariamente se hallaban, y que él gustaba de cuando en cuando promover allegando el de la mano al hombro. Ambos eran casi diariamente sus comensales y tertulios de mesa, que colocaba a su lado haciéndoles él mismo el

plato. Su otra entretención era una chinita de la madre como de siete u ocho años que le habían regalado en Valdivia: la colocaba entre su madre y él, y la trataba, como si hubiera sido su hija.²² Cuando estuve en Lima, la había casado con el hijo de su médico, la sentaba a la mesa a su lado, y las sillas laterales de madre y hermanos las ocupaban los huéspedes.* Otra indiecita pehuencha que también había criado su madre (no con el regalo de la anterior, pues algunas veces servía de cocinera y otras de mano) también la había casado en Lima y dádole algún dinero con que trabajaba en una confitería: ésta se hallaba situada frente a la puerta de la calle de su casa, y diariamente, al tiempo de comer, se paraba en el corredor, a su frente, y palmeaba las manos para llamar a un chico como de tres años, hijo de esta sirvienta. A la seña salía el cholito de carrera de la confitería y venía en su busca. Lo tomaba en brazos y en la mesa lo colocaba sobre su rodilla izquierda: hacía le preparasen su plato de modo que pudiese hacer uso de él con la cuchara, conservándolo las más veces en esa posición hasta después del postre. ¡Ver a un hijo de Chile, del rango y categoría de O'Higgins, sentado a la mesa con una indiecita valdiviana al lado, y con un cholito, hijo de una pehuencha, no podía por menos de presentarse como un contraste de nuestras costumbres; pero que a los ojos del filósofo, del hombre pensador, revelaba ese proceder el alma grande y benéfica del que así se conducía! Pues bien, este hombre, que no se desdénaba de presentarse en la mesa ante sus amigos al lado de esas personas, ese hombre, según observé en los días que permanecí enfermo en su casa, creía sin duda no deber permitirse el presentar en tal acto, un hijo natural como de 18 años que tenía en su casa a cargo del almacén en que se despachaban los frutos de su estancia; yo que sabía que este joven era su hijo,²³ que lo había retirado del poder de un amigo a quien le había encomendado el cuidado de su educación y traído a la casa por insinuaciones de la madre, y que ví en la mesa una silla desocupada, le dije: «General, parece que se han olvidado llamar al dependiente creyéndolo tal vez fuera; lo acabo de ver en la puerta interior del almacén.» Me contestó al momento sin no-

* Denomino por huéspedes a los convidados o alojados. (Nota del general de la Cruz.)

tarse en su semblante la menor emoción: «No, come siempre en su cuarto, a distintas horas que nosotros, por motivos de su ocupación. La silla que usted ve vacante, era para su ayudante, creyéndolo en estado de levantarse, pero acabo de verlo y encontrándolo peor que ayer, le he dicho no deje la cama, pues no es tan metódico como usted.»

El trato con que manejaba a sus esclavos era sumamente humano, muy distinto del que se da a la esclavatura en las haciendas del Perú, que es muy semejante al que se les da a los chanchos de crianza; pues unos y otros se encierran en un chiquero o corralón, rodeado su interior con ramadas de caña, en las que se encierran de noche sin distinción de sexos. O'Higgins a más de vestir sus esclavos mucho mejor que los demás hacendados, los mantenía separados por clase. Tenía un corralón de casados, dividida cada familia por tabiques, y por su corralito cada una, en que podía mantener un par de chanchos y gallinas para lo cual y que pudiesen proporcionarse algo más de la ración, les concedía un día o medio día franco en la semana, para que cultivasen el pedazo de terreno que a cada uno se le daba. Otro corralón se hallaba destinado a los solteros, y otro que en su manejo interno tenía apariencias de claustro, era el destinado para las solteras que se sacaban del lado de la madre a la edad de diez o once años, y se entregaban al cuidado de la abadesa, que ocupaba una pieza fuera del portón; aquí era prohibida la entrada a los hombres. Mantenía su capellán en la hacienda para que les dijera misa y explicase la doctrina cristiana todos los domingos, y no se les permitía casarse sin estar impuestos de ella y demás oraciones precisas para la confesión y comunión; este arreglo o manejo lo se por dos chilenos que corrían con la hacienda, y parte por boca de O'Higgins a consecuencia del incidente de haberle castigado el mayoral (marido de la abadesa) con doce azotes al negrito cochero, por haberse introducido al patio de las solteras. Entonces, refiriéndome el sentimiento y disgusto que había recibido su madre y hermana por tal castigo — añadió: «Debo casi exclusivamente a su padre,²⁴ el no haber perecido de hambre con mi familia en el Perú, pues mediante su influjo y diligencias me obsequió este Estado esta hacienda que es valiosa. Como de la desgracia y enemistades no hay posición en que el hombre se guardé y vea libre de ellas, me persiguieron



Salón del Consejo Universitario

hasta aquí y estuve a punto de perder ese bien, que era lo único con que contaba para mi sostenimiento. Luego que desaparecieron los españoles, se me promovió en ésta el pleito de incompetencia de la autoridad que me había hecho la cesión. El asunto se elevó al Congreso, y éste la confirmó, declarando que era obligado a pagar 40 o 60 mil pesos (no recuerdo bien) que gravaban sobre dicha hacienda a favor de una familia o establecimiento, porque la tal suma no era de propiedad fiscal. Los subidos intereses a que me ví precisado a tomar este capital, y del que necesitaba para ponerla en estado de que produjese algo, no me ha permitido hasta hoy vivir con desahogo, ni poder aliviar la suerte de algunos amigos desgraciados.²⁶ ¡Pobre viejo López: tan cargado de familia como consecuente! Sin embargo, de no contar con los brazos que la hacienda necesita, me ha producido para vivir con decencia y podido amortiguar algo la deuda de la que ya sólo debo 30.000 pesos a don N. En Chile se puso en planta la maniobra ruin de promoverme un pleito sobre la única propiedad que me quedaba allí, para despojarme como lo hicieron y quitarme por tal medio el único bien que pudiera llevarme a mi país. El motivo de demanda lo encontraron en un documento que, al tiempo de recibirme de Las Canteras, extendí a favor de mi primo don Tomás O'Higgins por el valor de 6.000 pesos que mi padre le había legado en dicha hacienda, en animales, de los que no mandó recibirse, no obstante habérselo exigido, y los que se llevaron los enemigos, como lo hicieron con toda mi hacienda, sin haber escapado uno solo. No obstante esta notoriedad probada y la de no haber ocurrido el dueño, no sólo se me obligó a pagar el capital de avalúo sino los partos y pos partos, haciendo subir la suma a 17 o 18.000 pesos para que así tuviese lugar la venta. No siento su pérdida, porque de antemano la había cedido a una sociedad inglesa para que la colonizase con familias pobres irlandesas, de cuya empresa desistió la compañía con motivo de mi separación del gobierno. Ahora que el general Bulnes me ha hablado interesándose porque le venda mis derechos sobre dicha hacienda, se los he cedido. No pienso residir en Chile, pero sí deseo, como se lo he dicho a este general, el no descender al sepulcro dejando la mancha en las páginas de la Historia de mi Patria, de haberseme mantenido en el ostracismo, privado de los honores con que esa Patria

distinguió los servicios que le prestara en su gloriosa emancipación, y los que le rendí para mantenerla en paz en su interior, y crédito en el extranjero como nunca otra sección americana lo tuvo. Deseo pues se me haga justicia,²⁶ más por el crédito de mi país que por mi mismo, porque, aunque se me mantenga despojado de mis títulos y desterrado, la Historia me llamará y considerará como el Capitán General, y el destierro sólo me privará del goce del deseo que tengo, antes de cerrar los ojos, de visitar los lugares donde tanta sangre patriota se derramó por el logro de la Independencia.²⁷ También deseo ver la Alameda. La vista de aquellos me recordará con placer que han sido también regados con mi sangre, y que ella se halla mezclada con la de los valientes que en ellos descansan, y la corpulencia de los árboles de ésta, me harán recordar con emoción, me harán digo, bendecir a la Divina Providencia, por haber alimentado con prodigalidad esa obra mía, destinada a la celebración del cumpleaños de nuestra regeneración.²⁸ A esto están circunscritas mis aspiraciones. Después de esto, que será obra de un verano, me despediré de esa Patria querida y de los compañeros de glorias e infortunios. Contento con la reparación de justicia, y de no dejar enemigos en ella, pues que aún cuando existen algunos de los que tanto me han perseguido, habiendo desaparecido todo temor de poder ser vuelto a la vida pública en ese país, ha cesado el motivo de persecución. Ultimamente, si apesar de esto me quedasen enemigos, yo los veré y me despediré de ellos tranquilo, pues he echado ya un borrón sobre todos los incidentes y enemistades, y ya no soy enemigo de nadie. He creído deber anticipar este paso, al día en que pueda ser llamado por la Divina Providencia a juicio. Cuando haya desaparecido la presente generación, época en que pueda presentarse, sin herir susceptibilidades, la verdad de los hechos de nuestra revolución, sin duda se publicará su relación, pues tengo hechos mis apuntes y juntos los documentos. En aquellos se verán mis yerros, equívocos o farsas, como quiera llamárseles, como asimismo mis intenciones e ideas como hombre público, expuesto todo, tanto respecto a mí como a otros, con la veracidad e imparcialidad que se debe a la Historia. Esto he creído era mi último deber como ciudadano chileno.»

Concordantes con estos sentimientos fueron siempre los que emitía en la correspondencia que sostuvo conmigo y otros amigos, desde su expatriación; nunca hablaba de política, y si tocaba algo tendiente al país, era sobre objetos de adelanto o mejora. La agricultura²⁹ y civilización de indígenas, eran sus objetos favoritos.

Poseía un alma compasiva y humanitaria. Jamas tocó sus puertas la indigencia y necesidad sin salir socorrida de ellas. Fué el paño de lágrimas de la emigración de las provincias del Sur. En esto se le puede reputar generoso, pues varias veces ví que para efectuar esos socorros, lo hacía empeñando su crédito con un amigo, que a mi juicio era el único de quien solicitaba recursos.

Se le ha tildado de que dilapidaba las rentas públicas, y que había sacado un gran capital de su administración. Ambas cosas las creo inexactas, por lo que pude notar en el tiempo que yo y mi hermano³⁰ le servimos como edecanes, muy especialmente yo, que viví en su misma casa, cosa que muchas veces me proporcionaba imponerme de sucesos y cosas muy reservadas. Si O'Higgins fué dilapidador de los fondos públicos, preciso sería creer que las administraciones que le siguieron no sólo dilapidaron, sino que saquearon el Estado,³¹ pues que a pesar de los dobles motivos de gastos, nunca faltó con qué hacer frente a los que ocasionaba el mayor ejército, escuadra, ni el pago de empleados, como sucedió después, y que fué causa de la preponderancia que tomó Pincheira, por la sublevación y pase a él del Escuadrón de Granaderos que mandaba don Manuel Bulnes: de una compañía de infantería que éste se tomó y llevó consigo, como asimismo lo había hecho antes, la guarnición de dragones de Tucapel, matando a su comandante. Todo porqué en más de un año tal vez, no se les había dado un sueldo, en todos los socorros que de tarde en tarde se les solía dar de cuatro reales.

O'Higgins era económico en el manejo de los caudales públicos, y tanto, que muchas veces se le podía dar el epíteto de miserable en este ramo, como se lo daban algunos de sus amigos; y se halló pobre y tanto, que sin el recurso extraordinario de la parte de presas que se adjudicó al Directorio, correspondiéndole a mi padre como comandante general de Marina,³²

él habría tenido que soportar una vida de miseria, en medio del poder elevado.

Como amigo era consecuente y reconocido a los servicios que se le hacían, y tanto, que esa consecuencia la llevaba más allá de lo regular, pues, a la vez, daba lugar esa cualidad a calificarla de debilidad. Era también del mismo modo condescendiente con ellos, en todos los asuntos que no tenían una tendencia trascendental con los intereses públicos, y los agravios e injusticias que pudo hacer en su administración, pueden atribuirse más bien a sugerencias o empeños, de que jamás se ven libres los hombres colocados en el poder, que a miras innobles de carácter, pues que éste era recto siempre que deliberaba con libertad. Demostraba que le era muy costoso, o le costaba un sacrificio, el hacer partir de él la declaración de rotura de una amistad, aún cuando estuviese poseído de datos que le testificasen existir de hecho esa suspensión, y mucho más tomar providencia que les hiciese descender; reserva y falta de energía que dió lugar, en mucha parte, a apresurar su caída. Bien que si le faltaba esa franqueza o energía, para expresar por sus labios la cesación de su confianza, su semblante y trato circunspecto lo declaraba bastante bien, pues, en ese caso, no se encontraba al hombre afable que antes se conocía.

Parece que después de esto, usted a sus solas me interrogará: ¿Cómo es que con esa consecuencia en la amistad, condescendencia, etc. etc., te quejas de haber sido postergado y agraviado muchas veces? La satisfacción de este cargo me es fácil. O'Higgins, por circunstancias que tal vez yo no conocía, pudo ser impulsado a manifestarme esa consideración de aprecio con que me honró desde que me conoció en la clase de cadete, y aún cuando hubiese servido a su lado como ayudante y edecán, en la clase de capitán y después en la de jefe del regimiento de su escolta, él no debía de creer deber prestar su confianza y amistad a un joven de 17 a 22 años tanto más, cuando sin haberme dado de baja de mi destino de edecán, yo me había separado de él poco a poco, hasta que lo hice definitivamente, so pretexto de concurrir al asalto de Talcahuano, al mando de la compañía del cuerpo en que él me había dicho me incorporaba, con retención de mi destino, con sólo el fin de abrirme carrera, porque en el de edecán no había escala de ascensos. A esto se une que desde esta separación, sólo le veía cuando al-

gún objeto del servicio lo exigía; cosa en que se fijó, diciéndole un día al general Prieto: «Todos los jefes ocurren de visita los domingos a casa, excepto el comandante Cruz de mi escolta; sabe usted cual será el motivo? Mi madre me ha preguntado varias veces por él»; así es que él no podía ser un amigo, aunque yo lo fuese de él, y no mediando aquella circunstancia, no habría mucho que extrañar en que accediese a los empeños y sugestiones que se hicieron en mi contra.

Cuando se trataba al hombre público, se encontraba en su aspecto y trato urbano y conciso, al magistrado de su alta reputación, sin descender por aquello a esa seriedad más bien aterrante que circunspecta, ni para esto a esa amabilidad fingida para inspirar confianza. Era moral, caballero y honrado como hombre privado; pero le faltaba la sagacidad, genio y semblante festivo para seducir; cinismo o falta de respeto a sí mismo para ofrecer o ceder lo que no pensaba o no podía dar; ni las otras calidades de este jaez que se consideran como adherentes y necesarias al hombre político.⁸⁸ No lo era en este sentido. Era recto e íntegro, no sólo por sus ideas morales sino que tales cualidades le eran innatas por naturaleza, o sea, por esa ambición a formarse un alto nombre y reputación, pasión a que habría sacrificado toda su fortuna, si hubiera visto que en ello pendía. La entereza y energía que le faltaban en el trato privado o en los asuntos de poca importancia, la tenía en los que consideraba de trascendencia, o de utilidad pública. Una vez decidido, no retrocedía. Recuerdo que cuando ordenó la desocupación del convento a las Monjitas de la Plaza, e indicó al Cabildo la destrucción del galpón de la Recova que se hallaba en ella, se llenaba el palacio y casa de toda clase de personas, con el empeño de que se suspendiese la orden, o por lo menos conceder más tiempo a la mudanza. Todo fué inútil, aunque el movimiento público se asemejaba a una conmoción. Llegó la hora. Los cochés se pusieron a la puerta y, llorando más que una Magdalena, monjas, señoras y cofrades dejaron desierto el claustro, que se dispuso luego vender, para quitar la esperanza de volver a la jaula.

Una decisión igual se notó en él, al resolver en una pretensión del Cabildo de Santiago que en realidad no dejaba de ser avanzada. No la califico de extravagante porque estos cuerpos, como los únicos que ejercían una representación pública o

de oficio de república, se les consideró y se consideraron como representante natos y como autorizados para arreglar la administración, y aún sancionar los medios del poder ejecutivo y hasta su nombramiento, muy especialmente la Municipalidad de la capital, como lo notaría usted en los sucesos del principio de la revolución. Pues, este cuerpo, con tales antecedentes: el del alejamiento del peligro, por la destrucción total del ejército enemigo en Maipú; la oportunidad que esto ofrecía a esa clase aristocrática, patriota y crítica dentro del dormitorio de su casa, de tomar parte en el poder, sin quedar expuestos a tener que contrarrestar con fuerzas superiores iguales; esa clase, digo, creyó oportuno, antes que las provincias pudiesen tomar parte en el arreglo, tomar el derecho de hacerlo y apoderarse de la administración. Anunció, pues, al Director, por medio de una comisión del cuerpo representada o presidida por el procurador don Agustín Vial, que habiendo desaparecido con la derrota del enemigo, el motivo que había hecho necesario confiar al poder ejecutivo la suma del poder, era llegado el tiempo de restringirlo, y aliviarle de tan gran peso; que conocía que ese poder debía volverse a la representación nacional, pero que no pudiendo por menos que retardarse por mucho tiempo la reunión de esa representación (a causa de la ocupación que conservaba el enemigo de algunas provincias) ellos, como representantes del pueblo más populoso y capital del Reino, se creían en el deber de demandar se le diese intervención en el arreglo de la Administración, o por lo menos, se le concediese la de nombrar los ministros de Estado, pudiendo retener el ejecutivo, el del nombramiento del de la guerra.

El representante Vial, que en medio de esa locuacidad o abundancia de palabras que le eran tan natural, no había podido evitar deslizarse en algunas poco respetuosas, después de algunas observaciones hechas por los ministros, y que Vial se disponía a un nuevo debate, el Director previno a la comisión se volviese al cuerpo y le dijese pasase a la sala, y se le daría la contestación — no recuerdo si lo verificó toda ella, pero sí vi vinieron unos cuantos, y entre ellos el procurador —. En resumen, O'Higgins les negó la facultad de intervención. Les calificó de avanzadas sus pretensiones, y de irrespetuosa la forma en que la habían intentado, como asimismo, en la que se había expresado el procurador. Oí que uno de los miem-

pros respondió, entre otras cosas, que el procurador se había excedido, en parte, de sus instrucciones, y el resultado fué despedido al cuerpo, con algo más de la negativa, dando, no sé si en ese momento o después, la orden de destierro a Vial, para la otra banda o Aconcagua, que verificó al día siguiente, no obstante los empeños y consideraciones que el Director guardaba a su sobrino, el general Prieto, que desempeñaba el alto cargo en ese tiempo de la comandancia de artillería.

En sucesos o cuestiones de esta naturaleza, no era el hombre tibio o de calma conocido en el trato privado ni en el despacho diario. Se convertía en este caso, en elocuente, lógico en sus concepciones, que fortalecía con una energía de expresión que sin duda se la producía o daba la convicción de exactitud en las ideas. Creo que si hubiese tenido ocasión de aparecer como representante en los bancos parlamentarios, en cuestiones de interés vital público, tal vez habría alcanzado la fama de orador, pues a lo dicho tenía la ventaja de conservar, en medio de esa expresión enérgica, toda la calma y serenidad necesarias para no divagar. Su expresión o estilo no era florido, pero se presentaba convincente, en fuerza de ese talento especial que tenía para resumir en un círculo o cuadro pequeño, el conjunto de las ideas. En esto se conocía que su escuela había sido la inglesa.

En las medidas de trascendencia, no se sometía a solo el parecer de sus ministros, sino que consultaba o sondeaba la opinión de los hombres de capacidad, cuya circunstancia respetaba o le era de gran consideración, aunque la encontrase en personas que no le eran afectas; y de aquí que usted verá que en su época casi no quedó un solo hombre de capacidad o juicio recto que no hubiese sido llamado a la Administración o Magistratura. Buscaba esa clase de hombres hasta en el extranjero, y a ello se debe la adquisición de Bello, Gay,²⁴ Zegers y otros. Estaba tan persuadido que sin la ilustración del pueblo no podía existir el gobierno republicano, que en su principio de mando no trepidó en echarse sobre sí todo el peso de desafectó del Clero, para plantear el establecimiento de educación popular, trasladando los fondos del Colegio Azul al Instituto y, en seguida, sentando con renta fija a la mitra y coro, que la disfrutaban en una desproporción inmensa de los demás empleados; medidas ambas que por sí solas le justificarían de

esa debilidad de que algunos le acusan, tanto más si se atiende a la época en que se tomaron.

Se le ha calificado de vengativo, rencoroso, y que perseguía a sus enemigos hasta privarles de sus relaciones. Esta clasificación no es exacta a mi ver. Daré las razones; el hombre que tiene esas cualidades, no coloca a sus contrarios de partidos en puestos de donde puedan perjudicarle, ni desperdicia las ocasiones de venganza que las circunstancias le presentan: en prueba de lo primero, diré que cuando se recibió del mando del ejército, por la suspensión del general Carrera, no separó a ningún jefe ni oficial de los amigos de éste, y si algunos se separaron fué porque lo solicitaron con el fin de regresar a Santiago o de acompañar al general. Las vacantes que éstos dejaron, las cubrió por el orden de escala, sin atender a sus afecciones. No podían ser más marcables, hacia don José Miguel, las de don José María Benavente, capitán de la Gran Guardia, a quien, como más antiguo, le dió el mando del regimiento. El general Pinto, amigo íntimo de los Carrera, fué incorporado al Ejército de Chile, en clase de coronel; no habiendo tenido antes ningún carácter militar en el país, y lo recordó no para vengarse sino para distinguir su capacidad y patriotismo, poco antes de descender del puesto. Su despacho de guerra de Brigada fué el último que firmó antes de descender del mando, y en esos días no se acordó de ascender a ninguno de sus amigos. Colocó en su escolta, de capitán, a don Miguel, hermano de este general, que servía en el 11 de los Andes; a Allende, que tenía dos hermanos demasíadamente marcados por sus enemigos (que después fueron desterrados como implicados en una revolución), lo colocó primero en el número 3 de teniente, y lo pasó de capitán a su escolta. A don Manuel Jordán (joven a quien se consideraba como de la familia de Carrera), habiéndosele presentado a ofrecer sus servicios, después de la dispersión de Cancha Rayada, lo destinó a su escolta en clase de alférez, que era el empleo que tenía antes de emigrar; y le ascendió al poco tiempo a teniente, en cuyas circunstancias, solicitándole lo destinase fuera de la capital, lo colocó en la Marina con un grado más, y le regaló 18 onzas para que costeara su nuevo uniforme. Estos dos oficiales fueron mezclados en una revolución descubierta antes de estallar, y a ambos los mandó a Guayaquil con cartas de reco-

mendación a Bolívar, quien los empleó en su misma clase o con un grado más. Todos saben que unos de los más constantes enemigos de O'Higgins, después de la emigración, lo eran los Benavente. Si hubiera sido vengativo, hubiera aprovechado la (oportunidad) implicancia que le resultó a su padre, en la causa que se le siguió a Jiménez Navia por la entrega a los chilotes de la plaza de Concepción; en la que éste, según dijo, presentó como descargo la orden de aquel para ello. La sentencia del consejo de guerra fué a ambos de muerte, y O'Higgins por salvar a Benavente, tuvo que hacerlo también con Jimenez Navia, salvamento que sin duda no habría hecho sin aquella ocurrencia. Del mismo modo se ha conocido por su enemigo más encarnizado a don Ramón Novoa: éste había sido colocado en el ejército y puesto después de la acción de Maipú, de ayudante del general Freire — de cuyo lado y destino no sé por qué se separó —. Después fué implicado y desterrado por la misma conspiración en que se hallaban los dos antedichos oficiales, no sé si al mismo punto o al Perú. Este sujeto tomó una parte activa en esta República, en la revolución de Riva Agüero contra Bolívar, y tomado prisionero cuando la derrota de aquel, o después, fué condenado a muerte. O'Higgins cuando lo supo, pasó luego a lo de Bolívar a solicitar su indulto, que logró después de habérsele denegado, en fuerza de consideraciones en que apoyó su empeño. Concedido el indulto, marchó inmediatamente a presentarlo a la comandancia general de armas, y sacada la orden del caso, pasó a hacérsela saber al interesado, lo que efectuó O'Higgins en persona. Como Novoa, al caer prisionero, escapó con solo lo puesto, O'Higgins unió al servicio hecho, un baúl de ropa, y me parece según recuerdo, 24 onzas de oro. Esta ocurrencia la he sabido por boca de sujetos que han oído su relación al mismo agraciado, que aún está vivo. Otros casos podía citar, tal como el empleo de teniente coronel de ejército a don Manuel Rodríguez, para que tuviese alguna renta fija con que sostenerse, y la de mil y más pesos que le había ofrecido antes (esto fué estando yo presente) para que se fuese a Norte América u otro punto;³⁵ pero lo expuesto me parece suficiente para comprobar la inexactitud de aquellas clasificaciones. La de perseguir hasta privarles de las relaciones, no han tenido más fundamento para suponerla aquellos que no le conocían a fondo. Bien manifiesta era,

porque no lo ocultaba, que le disgustaba o no le parecía bien que sus amigos y conocidos se manifestasen con más interés, amistad y confianza que a él; pero esto no se circunscribía a sólo los que le eran contrarios, ni con el objeto de privarles de apoyo. Por el contrario, rara vez negó a sus amigos los empeños que interponían en favor de aquellos. Mi hermano José Antonio se empeñó por mejorar el estado de prisión y situación de don José María Benavente, y ambas cosas le fueron concedidas, haciéndosele proporcionar una regular comida diaria del café. Interesándome yo una vez por un oficial, a quien se había mandado poner en el castillo con una barra de grillos por habersele denunciado socio de una reunión en que se trataba de secundar en la capital el movimiento del general Freire, se me dió inmediatamente la orden para que el comandante de armas suspendiese la que había dado de prisión, y que se pudiese al oficial a mis órdenes; así que esa cualidad, por lo que conmigo mismo ha pasado, puedo calificarla más bien como un celo de amistad, que como de desconfianza, recelo o intención de dañar. Daré las razones. Un día, en circunstancias que se preparaba ya la Expedición Libertadora del Perú, me presenté personalmente a él, pidiendo mi pase a dicho ejército, y me contestó con un ceño formal: «Están completas las clases de él, ¿quiere usted dejar su cuerpo por ir de agregado?», me interrogó. Le contesté, «sólo por tener parte en esta campaña, y cuento con seguridad tener colocación de ayudante del señor general San Martín.» Mudando algo de color me dijo: «Usted se ha separado del destino de edecán, diciéndome que le gustaba más el servicio efectivo de los cuerpos y pide separarse del de mi escolta para servir al lado?» Le contesté: «No, señor, lo único que prefiero es la situación en que cada uno de los dos jefes deben obrar.» Grajales, que me cerraba de una enfermedad crónica que sufría del estómago, entró en ese momento, y con esa petulancia y franqueza que le eran tan características, sin saludar, dijo desde aún en medio de la sala: «Señor Director, no conceda usted la solicitud de este oficial. Si va al Perú, lo menos que puede sucederle es quedar ciego; está más enfermo que lo que él cree.» O'Higgins le contestó: «¿y de adónde sabe usted que viene a solicitar ir al Perú?» «Lo sé, reprodujo, porque he estado presente cuando el general San Martín se ha interesado con su padre. A ambos

les hice presente el mal estado de su salud y, habiéndolo ido a ver al Cuartel, se me dijo había venido a Palacio, y por eso he venido, para que no se le dé la licencia.» O'Higgins me contestó entonces. «Si San Martín necesita de oficiales que le inspiren confianza, el Gobierno los necesita con mayor razón, pues queda sin ejército y con enemigos en el país. Vea usted modo de restablecer su salud.» Con mayor disgusto aún recibió una segunda solicitud de Freire, para que pasase al Sur a hacerme cargo del escuadrón de mi regimiento, que se hallaba en este ejército. Convino en ello, pero de muy mala gana, porque habiéndome preguntado si quería marchar con Freire, le contesté que lo deseaba. Pues bien, ¿puede creerse que el general O'Higgins tuviese en ese tiempo recelos, enemistad o desconfianza de San Martín y Freire, ni que pretendiese impedir la extensión de sus relaciones? No sería lógico juzgar de tal modo. Lo que hay de real en esto es que, teniendo fuertes simpatías por sus amigos y conocidos, lo hacían ser celoso, como sucede de ordinario con los objetos que se aman: este carácter, como he dicho, es el que le atrajo esa sindicación de receloso y desconfiado.

Para juzgar a O'Higgins con imparcialidad, no sólo deben examinarse con ella sus hechos, sino que es preciso trasladarse a la época de ellos, y pesar las circunstancias de la guerra, políticas y personales, en que se encontraba colocado. Desde luego, si a él le asistía ese carácter de desconfianza más allá de lo regular, no puede ser de grande extrañeza, si se atiende a aquellos antecedentes. O'Higgins elevado a esa alta posición, sin apoyo de familia, ni el que da los de partido, ligado por intereses de fuertes compromisos, que precisa a sostenerse con carácter entusiasta, y sólo exaltado en fuerza de ese carácter pródigo y del prestigio que le dieran sus glorias como soldado, una vez entibiadas éstas y fuera del teatro en que pudiera renovarlas, no es extraño que él conociese esas faltas de apoyo, siendo tan capaz de conocer la situación social de su país y sus preocupaciones. Si no hubiera tantos escritos en contra y pro de él; si a esto no se uniera el que se me ha reputado como su partidario, no me hubiera extendido en relaciones minuciosas para apoyar mis conceptos; pues me habría limitado, al expresar el juicio que he formado de él, a las cuatro palabras con que lo clasificó un inglés: «El carácter privado de O'Higgins es ver-

daderamente amable. Suave y condescendiente, quizás más en su casa y tertulias, que cuando está colocado bajo el dosel, generalmente hablando se puede decir de él que sus defectos se inclinan más al lado de la virtud. En fin, la pintura que un chileno me hizo de él, da una idea exacta de su carácter: hay en él, me decía, demasiada cera y demasiado poco fierro, y sin embargo, se puede decir que hay pocos hombres-mejores y muchos peores que don Bernardo O'Higgins». Y yo añado que no me atrevería a designar cuál era ese mejor entre todos los que he conocido hasta la presente época.⁸⁶

OPINIONES POLÍTICAS DE O'HIGGINS

4.ª ¿Sus opiniones políticas?

Sus principios políticos eran republicanos y democráticos; pero no de aquella democracia que pretende someter al común del pueblo, el ejercicio de la administración pública. En medio de esos principios democráticos, creía que ese ejercicio era sólo inherente de la parte de pueblo sensata e independiente. Como indispensable a la estabilidad, reconocía como necesario balancear de algún modo el poder popular, para evitar su anarquía y de aquí creía indispensable la organización de un segundo cuerpo, que fuese elegido por un menor número de personas que diesen más seguridad en la elección. Aunque no he vuelto a ver la constitución del 22, después del año de su promulgación, creo que ella demuestra en mucho la exactitud del anterior juicio. Siendo también verdad que en este código no pueden estar fijamente revelados sus principios políticos; pues que, habiéndose formado en una época en que era amagada su administración con una revolución, es probable que hubiese adoptado en su organización, ese medio o principio que una vez había expuesto a su Ministro: «de que también es necesario a la vez, obrar con arreglo a las circunstancias.»

Como su creencia era que la autoridad pública debe manar o ejercerse como delegada del pueblo, tenía sumo respeto a la opinión pública, y de aquí esa deferencia e interés que manifestaba en consultar al mayor número posible de personas, capaces de juzgar aquellas deliberaciones de alguna trascendencia. Ese respeto al voto público se ve en sus actos del primer Congreso, y aún, en el de su descendimiento o deposición

del mando; pues, aunque negó a aquel y éste la facultad de crear un nuevo poder en contradicción de lo estatuido, convenía en que en casos excepcionales legalizaba los actos que se producían por su voto.

Consecuente con sus principios republicanos, y bien demostrativo que no pensaba en el establecimiento de Gobiernos aristocráticos, fué un brindis que le oí en la comida que le dió al ministro Mosquera, de Colombia. Después de felicitar a Chile por la acertada elección del Libertador al nombrar al señor Mosquera como representante, y de exaltar la memoria de Bolívar y San Martín, y por pedir que sus glorias y constancia les acompañasen hasta lograr afianzar la libertad, por medio de instituciones liberales, a los estados que habían arrancado el león cruel de las Españas, dijo: «Brindemos, pues, porque si antes o después de haber afianzado nuestra independencia, se apareciere algún insensato con la pretensión de introducir en América el sistema carcomido de las testas coronadas, su sangre lave tal oprobio, o que la nuestra se derrame por los campos, como el vino de esta copa por el suelo (la tiró y llenó otra) antes que los que hemos peleado por la libertad, nuestros hijos y nietos consientan en ello.»³⁷ Tales fueron los sentimientos emitidos, pero expresados con más propia colocación de frases.*

El Padre Camilo,³⁸ lo que se levantó de la mesa, le dijo: «Director: las palabras que usted ha producido son muy grandes, no he podido retenerlas todas y es necesario me dé su brindis para insertarlo en la gaceta.» El le contestó: «Mis palabras no deben salir del círculo en que las he producido, porque no estando reconocida nuestra Independencia, nos podían producir mucho mal, coligiendo por ellas los reyes la prevención hostil con que miramos sus coronas. Ya pues que no nos son favorables, dejémoslos neutrales—mi brindis es sólo de la época.»

* Si las opiniones vertidas en una mesa no son bastantes para aducirlas como una prueba o testimonio de los principios políticos de la persona que las ha emitido, hay no obstante circunstancias en que bien pueden presentarse como tales. Y una de ellas es la en que O'Higgins emitió la expuesta, que era la época en que se susurraba y acusaba a Bolívar y San Martín de querer repartir la América y en que algunos de los patriotas desesperando de lograr por sí solos la emancipación, trabajaban para traer una testa coronada de Europa, con tal que les ayudase con su poder. Los cargos a Bolívar y San Martín los he creído siempre sin fundamento. (Nota del general de la Cruz.)

Sobre el particular véase nuestra *Vida de O'Higgins*, Libro II, capítulo consagrado a la política republicana del Libertador y a las tentativas monárquicas de su tiempo.

5.º ¿Los motivos que dieron lugar a su caída?

El nombramiento de O'Higgins, cosa de que tanto se ha hablado de ilegal e impropia, fundamento a que ocurrían los contrarios para predisponerle la opinión en contra, fué, no obstante, un resultado y deliberación muy consiguiente y conforme a las circunstancias en que se efectuó; pues, denegado San Martín, a quien por el mismo caso se hacía regular preferir con el puesto, como jefe superior del ejército reconquistador,³⁹ aunque éste no hubiese indicado a O'Higgins, el pueblo, por sí solo, se habría fijado en él tanto por lo reciente de su gloria, adquirida en la batalla que había destruído el poder de los enemigos, cuanto por el prestigio y opinión que le habían granjeado sus anteriores hechos. No podía, pues, en ese entonces, tener competidor, aún cuando no había representado en Chile como cabeza de partido. El de los Carrera, únicos caudillos que se le podían haber presentado en oposición, no era bastante fuerte en esa clase aristocrática, sino que por el contrario, la tenía casi totalmente en contra, y la popularidad con que contaba antes en la plebe y juventud, la había perdido en mucha parte con la retirada de Rancagua y abandono del país. La aristocracia no tenía hombre que oponer, y como O'Higgins, en clase de general había sido llamado por ella a sostener su administración, derrocada antes por Carrera, se puede decir sin equivocarse que ella influyó en su nombramiento, el que, como proclamado sólo por el cabildo de Santiago, y un centenar de vecinos, se tomó como fundamento para calificarlo como ilegal y minar el poder.

Cuando los Carrera comenzaron a preparar elementos para revolucionar el país en su favor, se comenzó a organizar de nuevo su partido, pero en poco número; hasta que por la acción de Maipú desapareció el riesgo, época en que los pelucones (que he llamado aristocráticos) creyeron que era llegada su época. Entonces, con esa táctica de orden e interés público, que tan bien han sabido representar, comenzaron a minar la opinión de O'Higgins y a crearle dificultades, tales como la que he indicado del cabildo. Aunque ellos temían más al partido de Carrera que a la dominación de O'Higgins, ellos encontraban o veían en ese partido un elemento adecuado a sus fines, y sin

aparecer nunca de frente, su crítica aumentaba el descontento y fortalecía a ese partido que trabajaba de frente, y que de arrojado se perdía; porque cuando llegaba el caso de obrar, no encontraba el apoyo en el otro, que se presentaba descontento, y el que talvez obró a la vez para anular sus trabajos, por el temor que les inspiraba. Los godos encubiertos eran otros de los más interesados en promover las revueltas, de las que esperaban sacar ellos las ventajas como había sucedido antes: éstos hubieran sacado la cabeza, si no hubiese sido la mano de hierro que pesaba sobre ellos, pues sabían que O'Higgins, cayendo un godo por su orilla; no le daba cuartel, ni había empeño que hiciese mitigar el rigor de la ley.

El primer intento de revolución fué el de Talca, en que sacrificaron a los jóvenes Prieto, talvez los únicos patriotas con que contaba ese pueblo en ese tiempo.* No encontraron el apoyo ni cooperación con que se les había exaltado, y fueron vencidos y tomados, sentenciados y ejecutados. Única sangre de partido que sepa hizo derramar O'Higgins. Estas ejecuciones en seguida del destierro de Vial, hicieron acallar esos primeros síntomas de efervescencia, producidos por esos intereses de opinión tan opuestos uno de otro; pero en que cada cual esperaba superar, llegado el caso de la derribación de O'Higgins.

El partido de Carrera fué el que quedó trabajando solo, animado, sin duda, por el estado de revueltas o anarquía en que habían caído las Provincias Argentinas, y cuya inconstancia les hacía fracasar sus trabajos. Salida la expedición para Lima, volvieron no diremos a abrir la campaña sino a prepararla, de modo que no pudiesen ser comprometidos, pues que entrando y saliendo de los puestos de la administración, sabía que no les faltaban hombres interesados a conservarla, porque las más veces tenía el Gobierno noticia hasta de las iniciativas. Dejaron, pues, de pensar en sí, y se dedicaron a explotar al hombre que pudiese presentarse con prestigio y fuerza que oponer, contando siempre, como era regular, con ese partido de acción para

* Prueba que los godos tomaban por bajo una parte activa en promover las contiendas de partido, es que, en esa revolución de los Prietos apareció como cabeza de guerrilla, el mulato de Pargas, que desde la guerra del año 13 había sido acérrimo enemigo de los patriotas, y servido de espía a los godos. (*Nota del general de la Cruz.*)

la empresa. El dar con el hombre necesario no les era difícil: tenían sí el antecedente que ese hombre se hallaba ligado a O'Higgins con vínculos que en ese tiempo se creían más estrechos que los de afecto de protección. No obstante, trataron de sondear el campo. Freire pasó a Santiago el año 20, poco después de salida la expedición. Lo visitaron, pero nada sacaron, porque éste era más reservado que lo que creían, y esa reserva con los antecedentes les debía hacer prudentes; a ello se agregaba que si Freire, como era de juzgar, tenía esperanzas de suceder a O'Higgins, esa sucesión la esperaba por él mismo.

Como de ese partido pelucón se componía parte de la administración, y la contaba como de apoyo, tenía la proporción de imponerse del estado de la política del Gabinete, y dos incidentes vinieron a abrirle la ocasión de obrar a su modo. O'Higgins se encontró en el caso de mandar sumariar al general Blanco, en circunstancias que dos de sus ministros no marchaban acordes, produciendo aquello la enemistad de este jefe, no obstante que en seguida se le hizo comandante general de armas. En ese mismo tiempo ocurrió la derrota de la caballería, en el ejército del Sur, y la pérdida del batallón Coquimbo, que obligó a Freire a encerrarse en Talcahuano. La organización y marcha del ejército al Perú, y formación de su escuadra, no sólo había dejado sin guarnición suficiente a Santiago, sino agotado los recursos del erario. Freire instaba por auxilio de tropa y víveres, y ambas cosas le eran casi imposible al Gobierno mandar con la prontitud y en la cantidad que era necesario, principalmente lo primero, pues que para hacer quitar el sitio era indispensable un ejército más fuerte que el sitiado, y éste no lo había, aun cuando no se hubiese dejado un solo soldado en la capital. O'Higgins hizo salir al general Prieto para el Sur, con un escuadrón de su escolta, creo que una compañía que se organizó del antiguo batallón de Infantes de la Patria, y otra que se mandó formar de las milicias de Talca; y mandó un buque a Talcahuano, con unos pocos víveres. He aquí el resumen de lo que preparó la revolución del año 22.

El disgusto del general Blanco le señaló a ese partido pelucón la persona que según sus ideas era llamada a sostener su poder, y esa falta de recursos, el medio de apartar del Gobierno al hombre que lo sostenía. Ellos bien conocían que Freire no se dejaría posponer por otro; pero también creían que quitado

el primer obstáculo, que era el más fuerte, el hilo de los sucesos allanaría lo segundo. Comenzaron las cartas, primero, por acriminar al ministro Rodríguez como autor del retiro de recursos. Otros se lamentaban a este respecto del poder que había tomado sobre O'Higgins. Otro, bajo el título de compañero de armas, ridiculizaba el auxilio de tropas que se le mandaba, sin pasar por alto algo de pifia respecto a su jefe que, para promover los recelos, no admitía indicar era el preparado por Rodríguez para reemplazarlo. Respecto a la capital se preparaba el campo de otro modo. Se le hacía entender a O'Higgins que Freire echaba periquitos en sus tertulias, contra sus ministros y él mismo. Se proponía la disolución del regimiento de la Escolta, de que era Freire coronel. Se tenían designados los jefes para los dos escuadrones que de resultas de la disolución quedaban sin comandante; y otras maniobras de este jaez, que vinieron a paralizar por un poco de tiempo la derrota de Benavides y Zapata, el 27 de Noviembre: la del primero por las tropas de Freire, y la del segundo por las de Prieto. Cuando ocurrió esta derrota, habían logrado colocar en desconfianza a O'Higgins y Freire; pero habiendo descubierto aquél, pocos días después de ella, el origen, escribió a éste y su secretario, y se restableció la correspondencia y amistad; pero dejando, sin duda, recelos. De aquí, talvez, la separación de Blanco de la comandancia general de armas, en esa época, que no recuerdo si se cohonestó con volverlo a la escuadra; y también la del general Zenteno, del ministerio de Guerra, cuando sobrevinieron los crecelos con Freire.⁴⁰

Como no se persiguió al enemigo hasta sus guaridas, en esa derrota, apareció al poco tiempo sobre Chillán, contra Prieto, con más de dos mil indios. Afortunadamente, mataron en uno de los choques de guerrilla, a ese jefe Zapata, que era el caudillo más arrojado y de prestigio entre ellos, y su muerte produjo la huída de los indios. A la salida del verano del año 21, Freire hizo un paseo militar a Nacimiento y Arauco, y el ejército volvió a cuarteles de invierno el 3 de Mayo, quedando en Concepción el escuadrón de la Escolta, que había traído Prieto de Santiago, y él dispuso su marcha a la capital, a solicitar recursos.

Como todos o los más debían presumir que no debían haberse enfriado las cenizas de los pasados recelos, llegando Freire

a Santiago, se promovió con más facilidad la chismografía, y tanto, hasta descender al adulo de indicarle ser tiempo de pensar establecerse de un modo más firme en la capital, y nombrarle dos o tres señoritas de mérito.⁴¹ En estas tertulias y chismes, de aquí a Palacio, y de Palacio a aquí, se pasó el invierno, y en Octubre, según me parece, se presentó Benavides con fuerzas bien considerables, amagando a Concepción por el camino de Rere, y dirigiéndose desde allí a Chillán, donde sólo tenía el general Prieto una fuerza insignificante, compuesta de dos escuadrones de caballería no completos, y dos compañías de infantería. La provincia estuvo esta segunda vez en riesgo de perderse, pues el intendente Rivera había acordado, en junta con algunos jefes, abandonar a Concepción sin anuencia del general Prieto. Este, que había sabido ganarse la opinión de los campos, supo luego que el enemigo se dirigía hacia él, y dió orden a Rivera para que inmediatamente hiciese pasar a Chillán los dos escuadrones de cazadores, y el batallón de Carampangue; mas, esta incorporación no pudo efectuarse sino al día siguiente de haberse presentado Benavides al frente de Chillán, que sólo amagó atacarlo, y siguió su marcha para el norte del Ñuble., Reunidas las tropas de Concepción, salió Prieto inmediatamente en su alcance y, sorprendiéndolo en la retirada por la montaña, lo derrotó completamente y lo persiguió sin darle lugar a reorganizarse, hasta los pueblos de la frontera, que eran los de las bases de sus operaciones, con lo que se le cortaron los medios y recursos, por lo que se vió precisado a embarcarse en una lancha para escapar su bulto. La campaña quedó enteramente concluída en menos de un mes; y esto mismo habría sucedido en el año anterior, si después de la derrota de Concepción y de Zapata en Ñuble, se hubiese operado con igual actividad.

Este resultado obtenido por Prieto en su mando accidental del ejército, hirió o mortificó como era consiguiente el amor propio de Freire, tanto más cuanto su dilatada residencia en la capital la cubría con la precisión de deber obtener antes de su regreso los recursos que demandaba para sostener la Provincia y poder obrar.

En el tiempo intermedio de su permanencia allí y aquella acción, O'Higgins le había dicho que era necesario dispusiese su regreso a la brevedad posible: porque los recursos de armas y otros

elementos de guerra de que se había hecho Benavides, por dos buques que había apresado, hacían necesaria su presencia en el ejército y Provincia. No obstante, retardaba su salida con la facilitación de auxilios. Entre estos reclamos e insinuaciones de O'Higgins para abreviar su marcha, se había empeñado con éste para obtener un decreto de secuestro o desembargo de los bienes de una familia, lo que se le denegó: esta negativa (que sin duda era la primera que se le hacía) lo hirió sumamente, a lo que le siguió al poco tiempo la contestación bien seca, y de indiferencia, que era muy bastante para darle a conocer que había cesado su influjo y confianza anteriores; pues que habiéndole contestado un día al Director que no volvía a hacerse cargo del mando de la Provincia si no se le facilitaban todos los recursos que pedía, éste le contestó: «Pues bien, general, si usted no quiere volver a ella, no faltará a quién encargar su mando.» En este estado de cosas, llegó la noticia de la destrucción de Benavides. A consecuencia de esto, le vió Freire y le dijo que, habiendo desaparecido el motivo que hacía necesarios todos los recursos que había solicitado, pensaba volverse con los que le habían preparado. O'Higgins le contestó conviniendo en ello, y entonces le habló sobre que, desaparecido el obstáculo que hasta entonces había impedido la reunión de una Representación Nacional, creía llegada la época de preparar y disponer su organización, en cuyo punto parece que quedaron acordes; pero Freire se hallaba ya demasiado resentido, y la división demasiado trabajada, para que se restableciese en ambos la confianza; así es que la conservación de relaciones era ya de miras políticas y no de amistad. Freire, pues, por lo que observé, volvió decidido a preparar el campo para tomar el primer lugar, si no se le daba a consecuencia de la reunión de la Representación Nacional.

Si O'Higgins en este tiempo hubiese tenido la resolución de decir a Freire «no son ya necesarios sus servicios en el Sur», no se habría movido su ejército ni Provincia el siguiente año; pues que el general Prieto se había granjeado sus simpatías y aún las de aquel, de que aún no había nada que temer, y se habría quitado todo recelo, removiéndolo sólo a un comandante (que en lugar de tener prestigio, era odiado por los oficiales y tropa) y al capitán de artillería; pues, del carácter de Rivera, que era el otro jefe de cuerpo, no podía esperarse promoviese

una sedición, por más amigo que fuese de Freire. Los sucesos posteriores comprueban ese juicio con que finalizó el anterior párrafo.⁴²

Freire no necesitaba de nada para predisponer la voluntad de los dos jefes de batallones, ni del de la artillería, porque eran sus amigos y disponía de ellos. La de la Provincia, conocía también que no le podía ocasionar embarazos; y no obstante, se comenzó a preparar su opinión, corriendo anécdotas del ministerio tendientes a demostrar la prevención y mal afecto con que se le miraba. Se corría que el ministro de Guerra (general Zenteno) había dicho, cuando se le demandaban recursos, que la guerra del Sur no se acabaría mientras no se concluyese con todos sus habitantes. Que el ministro de Hacienda no trataba con más benignidad a los empleados del ramo, gobernadores y jefes. Se encarecía el lujo de la Guardia de Honor y de los escuadrones de cazadores de la Escolta, que se hallaban en la capital; como la exactitud con que se cubrían sus haberes, y los obstáculos que se ponían para remediar las necesidades del ejército del Sur. Estos dichos eran los tiradores. Por parte de Palacio, la medida más elocuente fué la de acordar la salida para Lima, de un buque cargado de trigo, tomándolo de la Provincia y de los pocos de particulares que existían en bodegas de Talcahuano. Como estaba prohibida la extracción de granos de la Provincia, por la escasez que había de ellos, se propuso esta medida en una especie de junta, formada de los jefes y algunos particulares, a que Freire convidaba a comer todos los domingos. Me opuse a la medida, no sólo por esa escasez que ya comenzaba a sentirse, sino también por falta de facultad para contrariar la disposición de prohibición. Casi todos los demás fueron de distinta opinión, y la cosa quedó como de conversación, pero se comenzó a preparar el envío. Creo que aún no se había verificado el embarque, cuando Freire recibió por extraordinario un oficio del Director, en que le prevenía disponer el nombramiento de diputado a la Convención, recomendando en ésta se interesase en que recayese la elección en tal o cual persona. Freire hizo prevenir al cabildo concurriese al Palacio, y citó a los jefes y a los ciudadanos de más consideración. Reunidos, se leyó por el secretario el oficio o convocatoria, y en seguida la carta privada de O'Higgins. Habiendo quedado callados todos un largo tiempo, tomé la pa-

labra y dije: «Señor general, podía haberse excusado la lectura de esa convocatoria y oficio, desde que se tenía en mira o se creía necesario leer esa carta. La lectura de ella no importa otra cosa que ordenar la elección en las personas que ella designa; cosa que contraría el derecho que la misma convocatoria reconoce en la parte del pueblo que llama a su nombramiento. Yo, como soldado, no tengo voto y me permitirá retirarme.» El general me contestó: «No es una orden, comandante; no es más que manifestar los deseos del señor Director; puede retirarse.» Lo hice y el nombramiento recayó en la persona designada que, casualmente, era pariente político mío y secretario propietario de la intendencia, que se hallaba en comisión en Santiago. Esta especie de reproche del acto, fué puesta en noticia de O'Higgins, lo que hizo creer de hecho mi desafección, y a los que se preparaban para la revolución el concebir el que me uniría a ella. ¡Tal ha sido y es, por desgracia, el modo común de ver de los hombres, cuando alguno, por casualidad, tiene firmeza o audacia para reprochar los manejos impropios del poder!

A consecuencia, sin duda, de lo último, fué recomendado a un amigo mío sondease mi opinión un poco después. Comenzó por esas farsas ridículas respecto a los ministros, descendiendo a otras no menos tocante al manejo y ejército; y como hubiese parado como para esperar mi respuesta, le contesté: «Ciertamente que usted se ha encargado de una comisión bien impropia de su carácter y amistad.» Se me puso verde. «No hay que asustarse mi amigo, seguí; pues que debía venir preparado desde que tiene motivo de conocerme. A mí no se me sondean mis opiniones con farsas ridículas, ni tengo mucho embarazo para manifestarlas cuando es necesario. ¿No ha visto el modo cómo me he producido el día del nombramiento de diputado? Pues bien, cuando llegue el caso para que se me sondea, la oirán ustedes expresada con la misma franqueza.» Ocurrieron otras explicaciones y las de su parte tendientes a satisfacerme.⁴⁸

Pasados algunos días, ví al general Freire para hacerle presente la necesidad que tenía de pasar a Santiago, a liquidar las cuentas de los dos escuadrones que estaban a mi cargo. Al principio me manifestó alguna repugnancia, pero convino luego que le hice saber debérsele a los escuadrones como 48.000

pesos, y que sabía que el regimiento estaba pagado de todos sus haberes. En este tiempo, la revolución era decidida entre los jefes, que sin revelármela me instaban para que postergase mi viaje, hasta mediados de la primavera.⁴ Estábamos en Agosto. Me puse en marcha llevando conmigo un oficial del ejército, para que condujese el mensual de 10.000 pesos que el Director había ofrecido se entregarían mensualmente al habilitado general del Sur, que se había mandado a la capital. Llegado a Santiago, y presentándome al día siguiente al Director, me dijo éste: «No le esperábamos en ésta, coronel, porque no se le ha llamado, ni recuerdo que haya pedido licencia.» «No la he solicitado del Gobierno, señor, le contesté, porque el general en jefe ha usado de la facultad de concedérlas, y de despachar a los jefes u oficiales, con algún motivo del servicio. No me trae ningún asunto particular, sino el de liquidar unas cuentas con la caja del regimiento, y que se cubran los alcances de los dos escuadrones del Sur, que están a mi cargo. Viene también conmigo un oficial, para conducir el mensual que V. E. ha ofrecido al general, quien me ha recomendado recabe de S. E. el pronto despacho.» «Bien, me contestó, que se vea con el habilitado que está en ésta.» Sin embargo de que el recibimiento que me había hecho S. E. no era muy urbano, pues que ni asiento me había ofrecido, como lo efectuaba regularmente con los jefes, volví a los diez o doce días a hacerle presente que el oficial encargado para conducir los caudales me había visto y dicho que el habilitado le había contestado que los ministros decían no haber dinero: que diese esta razón a S. E. porque él con sus ocupaciones en la Convención, no podía practicar las diligencias, y que no habiendo podido hablarle, ocurría a mí, como recomendado por el general para solicitar su pronto despacho. «Es cierto que no hay ahora dinero en caja, contestó; no se le debe tanto al ejército, para que sea tan urgente el despacho, ni para que esté en esa miseria que se dice: ya lo veremos, no se pasará mucho tiempo que se nombre un inspector, y no será extraño que los cuerpos resulten alcanzados.»

«Tal vez me avanzo o soy demasiado exigente, señor, le dije, al pretender el cubierto de una necesidad, que ni es mía ni tengo parte en ella. Puede ser que esos cuerpos resulten alcanzados, pero lo que puedo asegurar a S. E. es que en dos

años y medio que he estado en el Sur, los cuerpos de infantería, y aún el de artillería, que recibe sus haberes por la Caja de su regimiento, nunca he visto que se les haya dado un socorro mensual, que pase de un peso al soldado y en proporción a las otras clases; cuando salí de allí, hacía más de un mes que no recibía medio. En vista de ésto, ¿podrá faltarle al Gobierno la suma de 10.000 pesos para reparar una necesidad urgente, y que a más la tiene V. E. ofrecida?» Se puso algo encendido y me contestó: «¿Usted quiere que mande recursos al Sur, para que se mueva más pronto su ejército contra mí?» «No, señor Director, nada de movimientos, le reproduje. Lo que comprendo es que si se piensa en él, encontrarán a los cuerpos dispuestos; pues que sus escaseces no las consideran procedentes de su general, ni de sus jefes, sino del Gobierno, y esta comprensión es la que me ha hecho tomar un empeño que no debía, en medio de este estado de cosas. V. E. cree que si el ejército está dispuesto a revolucionarse y a venir en su contra, deje de hacerlo por la falta de 10.000 pesos? ¿No es más natural esperar que esta disposición se aumente con la negativa de los recursos? Al Gobierno, señor, le habría convenido y le conviene mandarlos directamente a la tesorería, y no dar en ésta buenas cuentas a los habilitados particulares, pues que de ese modo, el soldado habría visto y verá que el Gobierno suministra o remesa dinero para su pago y si no se paga, conocerá que la falta está en sus jefes. Esto es lo que he querido en mi instancia, pues que en mi regimiento, que es en el que creo se manejan los fondos con más pureza y arreglo, el teniente coronel no ha tenido en su caja para cubrirme un ajuste particular, siendo que el de los escudrones a mi cargo, alcanzan a 48.000 pesos, suma que por lo menos debía existir en caja, estando pagado de remate por el Tesoro Nacional, y la disculpa que se me ha dado, es que este haber y fondos se han emprestado a la Caja de Granaderos de la Guardia, para un vestuario y pago de sueldos del presente mes; así pues, no es extraño que los habilitados y jefes del Sur, den un empleo distinto a los haberes del soldado, máxime cuando éstos no pueden saber si se les paga o no.» «Bien, señor coronel, me contestó, ese ejército tiene en ésta un habilitado general con el fin de remitir a las Cajas las buenas cuentas que perciba; él se entenderá conmigo.» De lo expuesto se deduce que se hallaba ya en Agosto impuesto

de la revolución que se le formaba en el Sur. Me despedí, quedando él, sin duda, en la creencia que mi viaje era con el objeto de promover o efectuar la desafección del segundo y tercer escuadrón de mi regimiento, que existían allí. Y como en esta creencia tenía mucha parte el sentir del teniente coronel, que mandaba en comisión la Guardia, sin duda habrían convenido que, no obstante mi incorporación, se conservase en el mando de aquellos al comandante del cuarto escuadrón, sin embargo de ser menos antiguo, cosa que se extendió hasta dejar a cargo del cuartel a un ayudante, por la salida del comandante del cuarto de Escolta de S. E.

Una especie de motín en la Escuadra, por falta de cubierto de sueldos atrasados, y la enemistad del Almirante⁴⁶ con San Martín, vinieron a complicar la situación ya azarosa del Gobierno. O'Higgins se puso en marcha para Valparaíso, llevando 40 o 60 mil pesos, pedidos empréstados a la Casa de Price para pagar la Escuadra, y de Escolta, su Compañía de Guías y un escuadrón de Cazadores, al mando del comandante Boyle. La salida intempestiva del Perú de San Martín, ocurrida también en esa misma época, privaba en cierto modo de un apoyo al Gobierno, y como el desprendimiento del mando de este general, había sido originado por desafecciones que había notado entre los jefes de su ejército, éste era sin duda un ejemplo peligroso. En este mismo tiempo, la Convención que había sido sólo reunida con el fin de acordar o dar las bases para la reunión del congreso constituyente, y preparar sus trabajos, había asumido aquella atribución y promulgado la Constitución del 22, que no sólo hacía desaparecer del todo las esperanzas que Freire había concebido de reemplazar a O'Higgins, sino que cerraba la puerta a todas las aspiraciones que se forman en la esperanza de los cambios de Gobierno. Esa Constitución, pues, en las circunstancias y forma en que fué dada, no podía por menos que producir el desborde de las aspiraciones y partidos; y el estallido de esa revolución que todos veían preparada y apoyada en su ejército, con su jefe de prestigio a la cabeza. El triunfo de ella no podía hacerse dudoso a nadie.⁴⁶

Se hallaba O'Higgins aún en Valparaíso, cuando la revolución estalló en el Sur; mandando su jefe una compañía de cazadores a situarse sobre el Maule, con orden de pasar a Talca a tomar unos vestuarios que el comandante de Húsares

llevaba para su escuadrón, y que se habían detenido en dicho punto. El Director, antes de esto, había recibido cartas de dos gobernadores (de lo que hoy es provincia del Maule), anunciándole las que había recibido de Freire, previniéndoles nombrasen diputados para la Asamblea de Concepción. Con aquella noticia, hizo O'Higgins salir de Valparaíso el Escuadrón de Cazadores, al mando de Boyle, con la orden de situarse en Quechereguas, y se puso en marcha para la capital.

A los pocos días de su llegada, poco después del toque de diana, recibí en el cuartel donde me hallaba alojado, la orden de él para que le fuese a ver inmediatamente a su quinta del Conventillo. En el tránsito encontré a un capitán amigo mío, que me dijo: «Iba en su busca, coronel, pues acabo de recibir orden de ser conducido al castillo y de remacharme una barra de grillos.» «¿Y por qué?» le contesté. «Lo ignoro, me dijo; debe ser algún cuento.» «Si usted cree que no hay motivo, capitán, véngase conmigo, le contesté, pues el Director me ha llamado»; y me siguió.⁴⁷ Llegado a la Quinta y después del saludo, me llevó el Director al corredor del patio interior, y me dijo: «Lo mando a llamar coronel para que se prepare a marchar a tomar el mando del escuadrón que está en Quechereguas, al mando de Boyle.» «¡A mí, señor, le contesté, encomienda el mando de la tropa de vanguardia, destinada a contener el avance de las tropas insurreccionadas del Sur!» «Y por qué lo extraña usted?», me dijo. «Lo extraño, señor, le reproduce, porque en circunstancias como las presentes, esos mandos se encomiendan a las personas en que se tiene confianza o son amigos.» «¿Y que usted no lo es mío!» me dijo. «V. E. — le contesté — me ha manifestado demasiado claramente que había cesado la poca que antes podía haberle inspirado.» «No recuerdo esas manifestaciones», me contestó. «No iré muy atrás — le dije. V. E. debe recordar que cuando conduje el parte de la acción del 27 de Noviembre en Concepción, no merecí, ni aún por la consideración que debía de venir cansado, el que se me mandase tomar asiento; consideración que habría merecido de V. E. aún en clase de subalterno. Una igual manifestación de ser incómoda mi presencia recibí en mi presentación a mi llegada del Sur, y la última que hice para hacer presente la necesidad de despachar al oficial que había venido conmigo para llevar el mensual. Se me ha

desairado después, de un modo como no se había hecho con un subalterno, manteniendo el mando del cuerpo y comandancia del cuartel, no obstante de vivir yo en él, a cargo del cuarto jefe, menos antiguo y de un grado inferior; y últimamente, cuando éste se marchó con S. E. se ha dejado ese cuartel, con la tropa que quedaba en él, a cargo de un ayudante.» «No he tenido noticia de esto» — me reprodujo. «Bien puede ser, señor, le contesté, pero yo debía suponer era con su acuerdo, desde que a V. E. se le dió cuenta del incidente ocurrido con ese cuarto jefe, de haberle hecho retirar la tropa que había mandado formar en el patio del cuartel, sin tomarme venia, como lo había hecho desde mi llegada, y cuyo paso se tomó como un movimiento o hecho de sublevación por mi parte, de cuyo error se desengañaron, hasta que vieron había dado puerta franca a la tropa. V. E. me dispensará estas explicaciones, tal vez indebidas, que he creído necesarias para hacer cesar los recelos que pudieran aún existir, a consecuencia de esos chismes con que se ha tratado de presentarme como su enemigo; y para demostrarle que a mí no me apartan de mi deber los desaires ni postergaciones, como tampoco los favores o gracias; estoy pronto para marchar al punto en que V. E. cree puedo ser útil al Gobierno. No he querido asistir a la jurá de la Constitución, como se lo habrán dicho a V. E., no por contrario a ella, ni por tener parte en ese movimiento del Sur, y sí, sólo porque conocía que su formación había sido por un cuerpo que no tenía el carácter de constituyente, y que su promulgación iba a ser la señal de establecimiento de esa revolución trabajada desde dos años atrás, y que sólo esperaba la presentación de circunstancias que le diese un velo de legalidad. Si al sancionar esa Constitución, se hubiese nombrado, en lugar de V. E., a Freire de Director, ese ejército que se ha movido contra V. E. y esa Constitución, habría sido él su primer sostenedor, a pesar del desacuerdo de V. E. con su general; pues que llenadas una vez las aspiraciones que le habían hecho crear, y que también él, de más atrás, debía prometerse de las consideraciones con que V. E. le distinguía, él se habría burlado y desentendido a las esperanzas de los que habían preparado el movimiento.» «Es muy cierto, coronel, me contestó, pero debe usted creerme que, al convenir en que se me reeligiese, no ha sido por ambicionar el mando. He alcanza-

do en el tiempo que lo he obtenido, tanta gloria cuanto podía esperar el hombre más favorecido: cierto es que mi ambición no estaba satisfecha, porque aspiraba a dejar constituido el país, no sólo por su bienestar, sino también por mi propia seguridad; pues que habiendo mandado seis años con la suma del poder en mis manos, contrarrestando a la tenaz guerra de ese partido que me es contrario, y haciendo frente a los inmensos gastos del sostenimiento de un ejército extranjero auxiliar, a los de la creación de un ejército del país, a los de la Escuadra y aprestos de la expedición libertadora del Perú; esto en medio del recibo de un erario enteramente exhausto de recursos; sin rentas fijas, y en el arreglo de la creación de ellas; con un comercio limitado, que lo retraía la propia confianza que inspiraba en el extranjero nuestra política. Y no pudiéndose reparar tal situación, sino con exacciones violentas, que aunque ejercidas contra los enemigos de la causa, eran trascendentales, por sus relaciones a los mismos amigos del Gobierno y mucha parte del país; todo esto me debía hacer contar con enemigos encarnizados, cuya persecución no podía reparar, si no era dejando al Gobierno constituido, y mi persona al abrigo de las garantías de la ley; pues que, aún cuando el puesto hubiera recaído en un amigo, esa misma falta de consistencia, habría sido un motivo que precisase al sucesor a desconfiar de mí, y temer de mi influjo y precisarlo a expatriarme. Amo mucho mi país, y no he perdonado sacrificio por lograr su independencia y ventura, para someterme a recibir por premio una expatriación que no podría soportar por mucho tiempo con mi familia, que tendría que llevármela para poder vender la posesión del Conventillo, único bien con que cuento en el día, capaz de proporcionarme mi recurso. He aquí, coronel, el resumen de lo que me ha precisado a anticipar la promulgación de esa ley, que como usted y todo hombre de juicio, conozco haber sido dada por una representación sin poderes suficientes; pero que también deben conocer, es más legal y amplia en garantías que la que existía. Puedo también asegurarle (y este pensamiento no pasa de saberlo dos) que no trataba de permanecer en el Gobierno más tiempo que el que mediase a reunión del primer Congreso, tiempo suficiente para la organización del país en conformidad de la ley, y también regular, para que tomase alguna respetabilidad. No podía tampoco persuadirme, no obstante saber la

enemistad decidida de Freire, que se decidiese a dar el paso que ha dado contra mi persona. La cosa no tiene en el día remedio, y mi deber en la actualidad es sostener el puesto con dignidad; haré sí todo lo posible por evitar la guerra civil en el país, y que no se rompa el fuego por mi parte, como lo verá en las instrucciones que le entregará Boyle.* ¿Podrá ponerse en marcha hoy?» concluyó. «A la media hora que me despache lo podré hacer, le contesté, porque tengo mis caballos en el cuartel; mas, antes de despedirme de V. E. quisiera me concediese la gracia de llevar conmigo al capitán N.» «Eso no es posible, me contestó, porque se ha dado orden esta mañana muy temprano, de que se le ponga preso en el Castillo y se le sumaríe, para esclarecer la complicidad y parte que tiene en una conspiración que se trama, desde que se supo el movimiento del Sur. Se reúnen tales y cuales, a los que no he mandado echarles mano, porque no dan temor, no así el capitán que como perteneciente al regimiento, podría promover la insurrección en el cuartel. Ya ve usted que no es posible convenir en la marcha de este oficial, y que además podría serle a usted muy perjudicial su compañía.» «Sé, señor, le dije, la orden de su prisión que se ha dado, porque al venir aquí lo encontré, iba en mi busca al cuartel para anunciármela. Y lo he hecho venir conmigo, y se halla en el patio esperándome. Me ha asegurado que no tiene ningún compromiso que pueda dar lugar a la prisión que se le impone, y rogándome lo garantice o lleve a mi lado, si se me destinase fuera de Santiago, lo que me hace ver que no tiene motivo de interés de permanecer aquí. Tal vez su concurrencia a la casa en que se efectúa esa reunión, tiene otro motivo, y no es convenida con los otros, pero aún cuando fuera, él es mi amigo, y sabiendo que por mi garantía se le deja libre y se pone a mi lado, creo que aunque su opinión sea contraria a la mía, esa amistad y garantía será más que suficiente para retraerlo a obrar en mi contra. El ha venido del Sur antes de estallar la revolución, y nada sabía de ella, así es que no tiene ningún compromiso con Freire, y por

* Hay ciertos momentos en que el hombre descubre el estado de su alma y sentimientos en su semblante y expresiones; aun cuando lo quisiese ocultar; en tal situación se puso O'Higgins en la prudente [presente?] conferencia, y su exposición la creo tan ingenua y verídica como fué de claro el disgusto con que me recibía cuando me consideraba ligado a sus contrarios, disgustó que se sentía más en el semblante que en sus palabras. (Nota del general de la Cruz.)

lo tanto me comprometo a responder por él, si es que mi garantía sirviese.» «Bien, me dijo, coronel; está el capitán a su disposición sólo por su empeño, y deseo que éste no le sea muy caro. Véase con el Ministro que ya debe tenerlo despachado, y con Pereira, por lo que respecta al cuerpo. Le recomiendo de nuevo vigile mucho el manejo y relaciones del capitán.» Tenía yo demasiado respeto a los deberes de la amistad, para que recelase de la que por tanto tiempo nos unía con este oficial; a más, él poco se separaba de mí y alojaba en mi mismo cuarto. Nunca sospeché de él, o sea que la amistad ciega al hombre honrado; lo cierto que él fué el autor de la sublevación del cuerpo de que había pasado a tomar el mando, como más adelante se verá. Al recibirme de él, había indicado a Boyle se volviese a la capital con un álferez Gallo y otro oficial recién ascendido, que no me inspiraban confianza, principalmente aquel que era hermano natural del teniente Borcosqui, que mandaba la compañía de Cazadores destinada por Freire sobre el Maule. Boyle me expresó que, cabalmente, eran los dos oficiales que la inspiraban más confianza y que a más, no podía llevárselos consigo, porque el Director no lo facultaba para sacar o llevar oficiales; que si quería los mandase yo con pasaporte después que se retirase. No lo efectué temiendo que esto hiciese entrar en nuevos celos al Director, diciéndole me desprendía de los oficiales de más confianza.⁴⁸

En este tiempo había llegado mi padre del Perú (general en jefe del ejército chileno en aquel punto),⁴⁹ comisionado por los generales del ejército combinado, para solicitar de este Gobierno, recursos que reparasen el estado decadente del ejército, y se asegurase el éxito de la nueva campaña. Sea, pues, las razones en que mi padre apoyaba la necesidad del auxilio, sea que O'Higgins se hallase ya penetrado de ser imposible detener el curso de la revolución, o sea que considerase preferente la atención de evitar la ruina de ese ejército combinado, y no perder la gloria de la conquista y libertad del Perú, ya tan avanzada y emprendida a tanta costa y sacrificios del país, él se decidió a tocar los medios que pudiesen evitar el trastorno total que esa revolución debía producir, cortándola por medio de un arreglo, entre el jefe de las fuerzas que la sostenían y el Gobierno; para así dejar ambas fuerzas expeditas, a poder ser empleadas en objetos más importantes que él de la decisión

por medio del fusil, de los intereses o principios políticos, de los partidos contendores; y al efecto invitó al general Freire al nombramiento de comisionados por ambas partes para arreglar la contienda por aquellos medios que se considerasen ser más convenientes al país, con atención a la situación en que se hallaba, salvándose al mismo tiempo los compromisos de los partidos contendores. Freire convino con esta indicación, y nombró a dos ciudadanos, don Pedro Zañartu, y don Pedro José del Río, haciéndoles salir para Talca o Quechereguas, puntos indicados por O'Higgins para la reunión, y en donde debían hallar a sus comisionados, que, según quiero recordar, era uno el doctor Argomedo. Las instrucciones de éstos para proponer como base del arreglo, me parece eran según lo que después oí referir, que O'Higgins delegaría el mando en manos de Freire, con la condición de deber inmediatamente después de recibido, de convocar la reunión del congreso constituyente, para que revisase o reformase la constitución de la convención; y que el ejército del Gobierno (aumentado, si se consideraba necesario, con parte del de Freire) se despachase de auxilio al Perú, al mando de O'Higgins; y si quería Freire preferir el mando de este ejército, lo haría con sus fuerzas, aumentadas también con las del Gobierno; en cuyo caso debía O'Higgins hacer la misma convocación del Congreso y depositar en él el mando; ampliadas esas instrucciones, a facilitar todo aquello que en vista de la demanda de los comisionados de Freire, pudiese contrariar la realización del socorro al Perú; con tal que no fuese incompatible con el decoro del Director. No puedo asegurar la exactitud de este resumen, porque no ví esas instrucciones; pero según se dijo eran éstas o muy semejantes, las bases del arreglo.

Al amanecer del día anterior en que debía verificarse la reunión de los comisionados, y el mismo en que debía dejar desocupado a Quechereguas, y repasar a Lontué con las tropas que mandaba para que la comisión deliberase con entera libertad, ese capitán a quien había salvado de la prisión, y de cuya conducta me había constituido responsable, me insurreccionó (por medio de los oficiales que había indicado a Boyle se llevase) el escuadrón que mandaba. Salvo cuatro tiros que me dispararon cuatro centinelas con que habían resguardado la puerta de mi habitación, y más veinte o treinta que ya

dentro de mi cuarto me tiró la guardia que el oficial Gallo llamó en su auxilio, cuando retrocedía por consecuencia de haberle yo acometido con una tranca, al intimarme la entrega, a órdenes de Freire de la división que mandaba, me trataron esos oficiales sublevados con toda consideración, sin tocarme a lo que era mi equipaje, y poniéndome como a los dos horas en libertad para que me retirase a Santiago o Concepción según quisiese. Lo efectué para aquel punto y ese mismo día encontré en el camino a los comisionados del Gobierno que después de impuestos de lo ocurrido siguieron su camino no obstante.

El escuadrón sublevado se puso también en marcha ese mismo día para Talca, y en ella se encontraron con los comisionados de Freire, que del mismo modo la siguieron al punto de la cita, y se reunieron al siguiente en el cual comenzaron sus conferencias. Faltábales sólo un punto que arreglar, en que se hallaban convenidos, y sólo discordaban en los medios cuando recibieron la noticia de la revolución de Santiago, que echaba por tierra lo tratado y se separaron.* Es de tener presente que cuando se me mandó a mí para relevar al comandante Boyle, se llamaba a éste para destacarlo sobre Illapel, por la sublevación de Coquimbo. Las fuerzas de éste se habían sublevado también dos días antes que las mías, antes de llegar a Illapel. Y el batallón de infantería al mando del coronel Beauchef, que había sido mandado venir de Valdivia a Valparaíso, en lugar de hacer su marcha a este punto, se dirigió a Talcahuano a reunirse con las tropas de Freire.

Después del encuentro que he dicho con los diputados, seguí mi marcha para Santiago, a donde llegué al tercer día en la noche del mismo en cuya mañana se había efectuado la revolución, revolución que vino a ser tan funesta, aunque promovida, según decían sus autores, con el sólo fin de evitar los males de una guerra, y facilitar un arreglo aún cuando sabían

* Freire inmediatamente que recibió esta noticia, dispuso el embarque de la infantería para trasladarse a Valparaíso, haciendo marchar por tierra a los dos escuadrones de cazadores. Paso que, a lo innecesario una vez depuesto O'Higgins que era el objeto de su revolución, contenía un desmentido a su protesta y manifiesto; y el desconocimiento a la provincia de Santiago, de los mismos derechos que había confesado tener la del Sur para su revolución, derechos con que fundaba o coonestaba su poder o misión; así es que ese paso sólo pudo compararse con el del pordiosero de Gil Blas; que apuntando al pecho pedía por el derecho de caridad saltasen la bolsa — ¡la Junta la largó a vista de tan patética demanda! (*Nota del General de la Cruz.*)

se había ya promovido por el Director, ellos creían ser imposible entre los dos jefes demasiado resentidos. Bien pues sea esto o que temiesen que ese arreglo pudiese redoblar los obstáculos al arribo de sus aspiraciones, ellos se decidieron a la reunión del pueblo o revolución, cuando contaron con la seguridad de que los jefes de granaderos de la Guardia y Escolta, no sostendrían al Director ni obrarían contra ellos. Cuando se le dió cuenta a O'Higgins por la mañana de que comenzaba a reunirse el pueblo en el Consulado, mandó orden al jefe de su Escolta hiciese ensillar y que estuviéase pronto, y al coronel de la Guardia, que no dejase salir la tropa del cuartel: aquel contestó que haría ensillar inmediatamente, pero habiendo vertido algunas palabras que significaban no hallarse en disposición de sostener al Gobierno o contrarrestar con la revolución, O'Higgins se fué inmediatamente al cuartel, y habiéndole contestado el comandante a su réconvención, casi en el propio sentido, lo agarró de un brazo y lo botó fuera del Cuartel. Algunos aseguraban que le había arrancado las charreteras, y se las había arrojado al medio de la calle. Dió el mando al coronel don Agustín López, lo hizo montar y salir a la plaza. En seguida, se dirigió al cuartel general de Granaderos de la Guardia. Al entrar en él, el centinela le mandó a hacer alto y sin detenerse le dijo: «Al Director no se le detiene.» Y entró.*

El coronel se hallaba a esta sazón almorzando, casi con todos los oficiales, y a un capitán que encontró en el corredor que era de su confianza, le dió orden para que hiciese tocar llamada, formase al batallón y mandase llamar inmediatamente al mayor; y se dirigió para la mayoría, donde se le dijo se hallaba el comandante. Al mismo tiempo del toque de llamada, recibía este el aviso de que el Director se hallaba dentro del cuartel, y salió inmediatamente, encontrándose con él a pocos pasos. Cambiadas unas cuantas palabras, en que el Director le reconvenía, le dijo: «Sígame usted, y cuidado de separarse de mi lado.» (Otros dicen que lo engarzó del brazo) y pasó al frente del Batallón que ya estaba formado, pues se hallaban

* A este tiempo sabía ya O'Higgins que la conducta del coronel Pereira era semejante a la del comandante de su Escolta, o aún más clara, pues había hablado a algunos oficiales, cuyas conversaciones sabidas por el mayor las había mandado poner en conocimiento de su tío el Director por conducto de su mujer. También las había tenido transmitidas por un capitán, el que por estar más alerta, no había querido concurrir a la mesa de almuerzo. (*Nota del general de la Cruz.*)

con los fusiles hecho pabellón, en el patio; le habló unas cuantas palabras, lo mandó formar en columna, y poniéndose a su cabeza con el comandante al lado, salió del cuartel con dirección a la Plaza donde dispuso se formase en batallón y descansar sobre las armas. En esta situación recibió uno o más mensajes del Cabildo y a nombre del pueblo, que no quiso ir ni dar otro contesto que, aquel no podía formar acuerdos fuera de su sala, y éste declarado en poblada, no tenía derecho para pretender arreglos con el que ejercía el poder, no en virtud sólo del pueblo de la capital, sino por el todo de la Nación: que pasase el Cabildo a su sala, y que la poblada se disolviese, y entonces oíría los reclamos que hiciese. Ocurrieron entonces a la madre haciéndole presente el riesgo que corría su hijo y que la capital se envolviese en sangre. La señora contestó: «Prefiero, señores, llorar sobre su cadáver, a intervenir en un acto que pudiera deshonrarlo; él tiene bastante capacidad para conocer su situación y deberes, sin necesitar de mis consejos.» Las cosas habían llegado a ese tiempo a un estado en que el Director se disponía a obrar, para disolver la reunión.

El Cabildo y aquellas personas de más suposición, que había citado, lo que supieron que el Director había tomado o puéstose a la cabeza de las tropas, y anulado el poder de los comandantes, con el que habían contado para decidirse a la poblada, mandaron a alcanzar a mi padre, que sabían había salido esa mañana para Valparaíso, haciéndole presente por un comisionado la situación de la capital y que volviese, por si era posible, por medio de su influencia, evitar los desastres que tal situación pudiera acarrear. Lo alcanzaron del otro lado de Pudahuel, y volvió en tiempo en que el Director daba orden a un edecán de prevenir al que presidiese la reunión que, si en el término de cinco o diez minutos no se disolvía, dispondría se hiciese por la fuerza.

Después de haber hablado mi padre con el Cabildo, se dirigió a la Plaza a hacerlo con el Director, y en su tránsito encontró al edecán que llevaba la orden antes indicada al que lo hizo volver con él, diciéndole al Director que había creído conveniente prevenir al edecán volviese, para esperar la resolución que debía tomarse después de la conferencia entre ambos. Entraron en ella, y habiéndole impuesto de las personas que componían la reunión le contestó: «Hay sin duda lo prin-

capital de la Capital. No es como se me había dicho.» Duraría la conferencia como un cuarto de hora o más, y el Director tomó la resolución de pasar en persona, al punto en que se hallaba la reunión del pueblo. Previno a Pereira le siguiese, dejando el mando del batallón a cargo del mayor Riquelme, que era su tío carnal, y dió orden al coronel López, jefe de la Escolta, marchase y formase en la plazuela de la Compañía, siguiendo él a pie con mi padre, Pereira y sus edecanes.

Como la junta o reunión no había recibido la noticia de esta resolución, al anuncio de la marcha de la escolta y ruido que hacía su entrada en la plazuela, hubo una agitación dentro del salón y dispersión afuera, que vino a calmar un tanto la voz: «el Director entra.» Este atravesó la sala, y tomando el primer asiento dijo: «Veo se halla aquí lo principal de la capital. No era esta la noticia que se me había dado. ¿Cuál es el objeto de esta reunión?» «Salvar la capital» — contestaron unos. Otros, «la Patria», etc. Cuyas voces acalló el Director diciendo: «No puedo responder a tantos; nómbrése una comisión para entenderme.» «Sí, señor, sí, señor», se contestó. Entonces don Mariano Egaña dirigiéndose a los concurrentes les dijo: «Les parece a ustedes que sea fulano, zutano o mengano?» Incluyéndose él. Se le contestó: «Sí, sí.» Entonces O'Higgins, dirigiéndose a los nombrados, les dijo: «Ahora sí podré satisfacer; pueden ustedes hablar.» Largo sería entrar en relación de todo lo que se adujo y reprodujo; así sólo me contraeré al resultado.

Después de haber hecho ver la falta de facultad del Cabildo, y pueblo de Santiago, para demandar del Director la delegación del mando, que le había conferido la nación, dijo: «Atendiendo a la situación excepcional en que se encuentra el país, y a que por mi permanencia en el puesto pudiera encenderse la guerra civil, no tengo embarazo para delegar ese mando, que sólo he admitido con el designio de promover su bien; lo depositaré, pues, en manos de una Junta que será nombrada por el pueblo, con tales y tales condiciones o facultades.» «Bien, bien», se contestó, y se procedió al nombramiento en la forma de la anterior. Entonces, tomando de nuevo la palabra y comenzando a desatarse la banda, dijo: «Esta banda, insignia del mando supremo con que los pueblos me invistieran para que reivindicase sus derechos, y que conquistase su indepen-

dencia, ya que no me es posible devolverla ante la representación nacional de que últimamente la había recibido, me es satisfactorio, al menos, devolverla, si no afianzada por instituciones liberales compatibles a nuestro estado y sistema de gobierno, que hemos adoptado, por lo menos con la gloria del logro de esa independencia; con la que le da la de la conquista de sus hermanos los peruanos, y la de su crédito en el extranjero. Doy gracia a la Divina Providencia por tales bienes, y por haberme asistido con su fortaleza, para resistir el inmenso peso y deberes que sobre mí hacían gravitar las circunstancias azarosas en que lo he ejercido. Pido, pues, muy de veras a la misma Divinidad, proteja del mismo modo al que en virtud del voto público deba trasladarse, y que logre afianzar su libertad, por instituciones conformes a su mismo voto.» Depositó la banda sobre la mesa y la Junta (en vista de la indicación de aquél) pasó a tomar los asientos de la cabecera de la sala al lado de O'Higgins. Este, entonces, haciendo una cortesía a sus miembros, se dirigió al pueblo de nuevo: «Me veis ya, señores, dijo, despojado de esa insignia de poder, que por respeto a él podíais haber ocultado las quejas a que pudiera haber dado lugar el manejo o conducta de la persona que lo ha ejercido. Quiero ahora que salgan mis acusadores; quiero conocer los males que he podido hacer y las lágrimas u orfandades que por actos propios míos, y no en conformidad de la ley, haya podido haber hecho sufrir a algún individuo o familia. Salid y acusadme: hincad el puñal de la venganza en este pecho que no hará resistencia (tiró la mano con un impulso violento y azaroso sobre él, y saltando dos o tres botones de la casaca lo descubrió) hincad os digo, porque si esos males, efecto de la época que hemos atravesado, los hubiese hecho por venganza o saciar enconos personales, no hay medios de lavarlos sino con mi sangre. Derramadla (y se agitaba abriendo la casaca); prefiero la muerte a la deshonra e ignominia.» El pueblo en este momento, casi a una voz, gritó: «Nadie tiene que pedir contra el general O'Higgins. ¡Viva el Capitán General!» Entonces volvió a tomar la palabra sereno y dijo: «El contesto que he oído me es mucho más satisfactorio que las felicitaciones que he recibido en mi encumbrado puesto. Bien sabía que nadie con justicia podía demandarme males; no obstante, vuestro testimonio me alivia del peso de los que pudiera haber he-

cho sin conocerlo»; y mirando hacia los miembros de la Junta siguió: «Parece que ya soy innecesario aquí»; volvieron algunos aplausos y se retiró. A la salida de la sala se le presentó por delante un joven Cobos o Coó, y le dijo: «Permítame, general, tener la satisfacción de darle un abrazo. He sido un contrario suyo por ño haberle conocido; pero desde que le he oído producirse de un modo que no le es dado sino al que está penetrado de haber obrado con una conciencia recta, yo no puedo ser enemigo de ese hombre. Si por nada valer no me atrevo a ofrecer mi sincera amistad, cuénteme al menos V. E. entre sus adictos.» «Señor Cobos, le contestó, tampoco yo le conocía sino es por la noticia de contrariedad con que solía producirse contra mi persona. Me es muy satisfactorio que el cuadro que he presentado de mi administración, haya producido esa variación de concepto. ¡Ojalá pudiera contar con un igual resultado entre todos aquellos que me han sido desafectos! Esta sería una de mis mayores satisfacciones que podría recibir después de descender de ese puesto de que acabo de desprenderme, y que su sola posesión ha sido motivo para cargar con desafecciones a que no he dado lugar. Agradezco su manifestación que es sincera, pues me la hace en momentos en que no se puede esperar de mí otra cosa que el reconocimiento.» Fué en seguida acompañado hasta el Palacio por una comisión nombrada por la Junta, y la mayor parte del pueblo que se hallaba reunido; ni una sola voz de falta de respeto se oyó en el tumulto. Esta anécdota del joven me la contaron dos personas que acompañaban al ex-Director, de cerca, y aquella relación, varios de los que se hallaban dentro de la sala.* La que si no se haya expuesta con las mismas frases y orden, en que se produjo, por lo menos, según recuerdo, es en la forma en que se me transmitieron; pues, como he dicho, yo no me encontré en ese día en la capital, sino que llegué en la noche cuando ya se hallaba depuesto.⁵⁰

Al día siguiente, lo fuí a ver muy temprano, y lo que me vió por la ventana salió a la puerta a recibirme y me dijo: «¿Cómo

* Hablando con mi padre sobre los últimos incidentes de la caída del Directorio, me dijo: «O'Higgins se ha manifestado aún más grande al descender del puesto que cuando lo ejercía.» En el propio sentido se expresó don Agustín Vial en una reunión habida en casa, el día antes de la reunión del Congreso, para acordar si convenía o nó nombrar a Freire. (Nota del general de la Cruz.)

ha escapado, coronel?» «Mejor, señor, le contesté, que lo que debía de esperar, atendida la forma con que principió la insurrección del cuerpo que mandaba. Después de lograda ésta, los tres oficiales que la formaron cumplieron la palabra que me habían dado, de permitirme elegir el partido que quisiese, y me decidí a regresar, para venir a responder de la garantía que ofrecí por el capitán que llevé; porque el fué el promotor de la revolución, aunque no tomó parte en la ejecución. Si ésta responsabilidad de garantía, no habría vuelto, sino preferido la condición de prisionero; y lo que siento ahora es encontrar a V. E. fuera del puesto, ante que me había constituido responsable.» «Coronel, me dijo, esa responsabilidad le ha costado a usted demasiado caro, para que se le demandase otra, por un acto de amistad tan conforme con los sentimientos de un hombre honrado, que siempre cree difícil, juzgando por sí a los demás hombres, que sean capaces de faltar a los deberes; ese capitán no podía considerarse obligado ni ligado a usted de la manera que tantos otros lo estaban conmigo, para deber contar con su consecuencia, y usted ya ha visto que su correspondencia ha sido semejante a la que usted ha recibido. No hay; pues, nada de extraño. Demos gracia a la Providencia de habernos asistido, de modo que no llegase a mancharse nuestro honor. Desde hoy más que nunca, y en cualquiera situación a que la revolución nos conduzca, debe usted contar con mi amistad. No pudiéndose juzgarseme autor de los males que sobrevengan al país, estoy contento con la suerte que me ha cabido al descender del puesto. Siento sí el retroceso que va a sufrir el país, en su crédito en el extranjero, y en su progreso interior. Y mucho el haber promovido la adquisición de ese empréstito que se ha obtenido de Londres, del que ha llegado a Valparaíso una parte, pues que en lugar de reportar al país las ventajas que debía producirle, le va a ser una carga gravosa, porque la revolución lo va a dilapidar.⁵¹ Estaba destinado a ser distribuído, su mayor parte, entre los cabildos, para que los empleasen exclusivamente en puentes, caminos y otras obras productivas que, por poco que rindiesen, no podía por menos que ser más del interés del 6% con que se ha tomado. Para pagar los dividendos, sin gravar al país con nuevas contribuciones directas, inter comenzaban a serle redituables los capitales a los cabildos, estaba acordada la

plantación del estanco, y ya en almacenes (no recuerdo bien si 300 o 500 mil pesos en tabacos). Se había también establecido un Banco en Coquimbo, para la compra de pastas, con 100.000 pesos, que debía aumentarse a 300.000 en proporción con el adelanto que va teniendo esta industria, y que ese mismo banco debía impulsarla, por la facilidad que ofrecía a los cambios de los mineros, en cualesquiera cantidad. El comercio progresaba admirablemente, en vista del estado de arreglo y el poco temor que debía inspirar los cuatro foragidos que sostienen la guerra de vandalaje. Todo se ha perdido con la malhadada revolución, y escapará aun bien el país si no es precursora de ciento y de perder su ejército y glorias del Perú. Si esta situación debe sernos lamentable, quedanos por lo menos la tranquilidad de conciencia que hemos hecho lo posible por evitarla, y que hemos cumplido con nuestro deber. Repito a usted, coronel, que en cualquiera situación en que nos coloque el actual estado de cosas debe contarme entre sus mejores amigos. La situación del Perú puede hacer que la patria necesite de nuestros brazos en aquel punto, ya que aquí no son necesarios. Debemos prepararnos, coronel, para este caso; si no sucede, su situación no es igual a la mía, y por lo tanto le aconsejo no retire sus servicios al país, pues es aún joven. El hombre de bien puede ser olvidado por algún tiempo; puede también sufrir el que sea mal juzgada o interpretada su conducta, pero el tiempo le viene a hacer justicia. Observe usted el principio que ha reglado siempre la de su padre. La patria antes que todo. Ante esta deidad, no ha visto ni ve este hombre extraordinario enemigo ni objeto de resentimiento que le detenga su sacrificio en favor de ella: es el verdadero apóstol de la Causa Americana.»

Como desde que llegó mi Padre del Perú, O'Higgins cambió enteramente de plan respecto a la revolución, y se redujo a cortarla a toda costa, contrayéndose desde entonces a arreglar sus medidas, de modo que, sin desatender la seguridad del puesto que ocupaba, preparase la prontitud del socorro exigido por el Perú; con este objeto, había, el día antes de su caída, dado orden al general Prieto, para que el batallón 7, de cerca de mil plazas (que mandaba mi hermano), lo hiciese salir inmediatamente para Valparaíso por el camino de Melipilla, y en cumplimiento de esta orden, se había puesto en marcha y

alojado en el Mostazal, en cuyo puesto recibió la noticia de la deposición de O'Higgins, por un oficio del general en que le prevenía que a consecuencia de ello quedaba el ejército a disposición de la Junta. Y aunque por ésto ya no había motivos para insurrecciones de cuerpo, so pretexto de sustraerse de la dominación de un tirano, un primo hermano del capitán que me había insurreccionado el mío, y que le debía aún más servicios a mi hermano que aquel a mí, le sublevó también el batallón. Ya se ve, entonces, quedaba por lo menos el escrutinio de los fondos de la caja, que fué lo primero que se hizo en seguida de la prisión del comandante. También este mismo día había vuelto a despachar a mi padre para Valparaíso para que preparase buques y víveres.* A los pocos días de depuesto o al siguiente se vido con los de la Junta y les hizo ver su plan y preparaciones para él. La Junta no sólo convino, sino también, en que tratarían de allanar el que se le diese el mando de general en jefe, como lo había propuesto a Freire, por medio de comisionados, antes de la defección de los cuerpos y revolución de Santiago, y con este motivo se puso en marcha para Valparaíso. Recién llegado estaba, y alojado en casa del general Zenteno, que era el Gobernador, cuando se apareció el general Freire por mar con el ejército del Sur. No aún acabado de desembarcar éste, la primera medida que tomó fué intimar arresto a O'Higgins, y ponerle una compañía de custodia, con centinela a la puerta de su cuarto, e incomunicado. Mi padre que se hallaba a esa sazón en Valparaíso, ya comisionado por la Junta para la preparación de los auxilios, fué a ver a Freire, luego que lo creyó desembarazado de desembarco y medidas de seguridad, con el principal fin de hacerle presente lo innecesario e intempestivo de la que había tomado, de poner preso e incomunicado a O'Higgins: que este general no tenía fuerzas a sus órdenes, que pudiesen ofrecer recelos; que su situación y puesto elevado de que acababa de descender, lo hacían acreedor a que se guardase con su persona las consideraciones posibles y que venía esa medida muy mal en el que

* Ya antes, luego de su llegada del Perú y al siguiente día de haberse despachado la propuesta a Freire, para arreglar las diferencias por medio de comisionados, había sido mandado a Valparaíso con este fin, de donde había vuelto con el de acelerar el despacho de algunas providencias que eran necesarias. (Nota del general de la Cruz.)

se hallaba a la cabeza de un ejército decidido por su persona, que alejaba todo recelo. Freire le contestó: «Se ha mandado poner esa guardia, por seguridad de su persona, para evitar cualesquiera contraste que pudiera ocasionarle los resentimientos que contra él abrigan muchas personas; así es que esa guardia se ha mandado a ponerse, de un número compatible a la que le corresponde a su alta clase en el ejército y que debe reputarse más bien como una guardia de honor.» Mi padre le contestó: «¡Caramba, amigo, con los honores! Haga modo de evitarlos a mí. Antes de venir aquí, lo he estado a ver, creyendo que esa guardia era sólo una medida precautoria, mientras tomaban sus tropas posesión de los puestos de la plaza; pero me encontré con el centinela de honor de la puerta, que rechazó no sólo a mí, sino también a un criado de la casa. Ví al oficial de la guardia y me contestó que no podía verle porque tenía orden de mantenerlo incomunicado; por esto es que he venido a ver si es posible suspender esa incomunicación.» «Se ha equivocado, dijo Freire, sin duda, el jefe al mandar esa guardia, no se le ha prevenido ponerlo incomunicado.» «Pues bien, general, le contestó, deme la orden para que se suspenda.» Mientras se extendía, significó Freire su extrañeza de que la Junta de Santiago se avanzase por sí sola a tomar medidas, que sólo podían partir del gobierno general, y mediando a este respecto algunas explicaciones de mi padre, como que parte de las observaciones eran tendientes hacia la que se había acordado respecto a O'Higgins, y la preparación del auxilio al Perú, se trajo la orden que mi padre tomó y llevó al oficial de guardia. La orden de incomunicación se repitió después, y se suspendía y repetía por horas, de modo que los primeros tres días no se podía contar con seguridad con la en que podría encontrarse comunicado. En los archivos del Gobierno encontrará usted el oficio que pasó Freire a la Junta, dando cuenta del arresto de O'Higgins y de su extrañeza que la Junta se abrogase facultades que correspondían al gobierno general, siendo ella sólo del pueblo de Santiago. De este oficio partió la residencia que se le mandó abrir a O'Higgins, que estuvo abierta por cuatro o cinco meses. En tiempo de ésta, se presentó el oficial Navarro, que había sido el que fusiló a don Manuel Rodríguez, para que se le siguiese su causa que se había suspendido con motivo de la marcha de su cuerpo

a la otra banda de la cordillera. En esa causa se escudriñó, con todo aquel interés propio de la época, para esclarecer la parte que podía haber tenido O'Higgins en la muerte. La casualidad de haberse dado por enfermo uno de los vocales nombrados para el Consejo, hizo que se me llamase a mí en su reemplazo y puedo asegurar que no resultó contra O'Higgins el menor indicio o cargo: por lo tanto, aunque todos los vocales, con excepción de dos, le eran contrarios, no se hizo en la sentencia la menor mención de él. Se votó la absolución del oficial Navarro, y que se pidiese informes al general Alvarado respecto a una cita que se hacía de que dicho general había dicho a Rodríguez que lo fusilaría si trataba de pegársele a él.*

Mi padre, que como recién venido del ejército del Perú, se hallaba, más bien que nadie, penetrado de su decadencia y del riesgo que corría de ser deshecho, si no se le auxiliaba con oportunidad, trabajó por unir a Freire y O'Higgins de nuevo, para ver si por este medio se allanaban los obstáculos. Consiguió por fin el avenimiento de ambos, para una entrevista que se efectuó en casa de mi padre como a las 8 de la noche, llevando orden a la guardia para que se le permitiese la salida con él. El primer saludo fué serio, quedándose después callados; y mi padre rompió el silencio, dirigiéndose a ambos que esperaba de su entrevista, no sólo la renovación de sus antiguas relaciones y confianza, sino, muy especialmente, un arreglo que facilitase el del país lo más breve posible, y salvase los obstáculos que se presentaban para el auxilio al Perú, y evitar con ello la pérdida de su ejército y la que Chile reportaría de no realizar su conquista. Entraron ambos en explicaciones, que pronto se convirtieron en cargos y reconvenciones que mi padre cortó introduciéndolos en la materia, objeto de la entrevista. Se habló de ella, pero Freire que no podía dar una explicación satisfactoria u ostensible de su paso, sin que se confesase por lo menos de ligero, eludía todo arribo, con el pretexto de que no era más que un general autorizado por las provin-

*. Recuerdo que uno de los vocales de este Consejo fué el coronel Cáceres, que aún existe, cuyo testimonio no será dudoso a los enemigos de O'Higgins, pues, cabalmente, este coronel cuando ocurrió la revolución en Santiago se hallaba en Valparaíso con la orden de pasar desterrado al Perú; el que como bastante caballero y honrado, creo que tal antecedente no será en él parte a dejar de exponer la verdad. (*Nota del general de la Cruz.*)

cias de Concepción y Coquimbo, para intervenir en la reorganización del poder del Estado. Se despidieron en este estado, después de una conversación de dos horas, al parecer menos prevenidos que lo que había entrado en ella; pero a mí entender, y al suyo mismo, convencidos de que entre ambos era imposible todo arreglo, y que sería sin duda su última entrevista y conferencia.

Freire pasó a Santiago a los pocos días con su ejército, habiendo consumido la mayor parte de los víveres aprontados para la expedición, y llegado allí tomó el mando de la comandancia general de armas de la capital, sin dependencia de la Junta y comenzó a tomar providencias sobre el ejército de la capital. Una de ellas fué la separación mía y del comandante Boyle, del regimiento de Cazadores que, por su originalidad, la conservó en la memoria, y que aunque no es del asunto creo oportuno relacionarla, porque presta idea del estado de anarquía en que entraron los poderes. Decía así: «Comandante General de Armas, etc. Hallándose próxima la revista del presente mes, dará V. S. de baja a los comandantes del tercer escuadrón, coronel graduado don José María de la Cruz, y al del cuarto, don José María Boyle. De alta en el tercero al capitán don Luis del Río, en el del cuarto a don Salvador Puga, y por sargento mayor a don Manuel Bulnes. Al teniente coronel del regimiento de Cazadores a caballo.»* Boyle se presentó a la Junta por un memorial acompañando la transcripción que se le había hecho, y pidiendo se sirviese declarar si por aquella orden debía considerarse depuesto de su clase de teniente coronel, o rebajado a la de tropas. La Junta dirigió con este motivo un oficio al general Freire, diciéndole había visto con extrañeza la orden del general del Sur, dando de baja a jefes del ejército de la capital, y que no sabiendo los motivos que podía haber tenido, se sirviese exponerlos a la Junta para resolver el reclamo que se había hecho. Freire contestó en cuatro líneas diciendo que lo que debía extrañar la Junta de que aún conservase en sus empleos a tantos otros que habían servido a las órdenes del ex - Director. Al comandante Boyle le impuso arresto en su cuarto.

* Conservó la transcripción original pero no la tengo ahora a la vista. (Nota del general de la Cruz.)

La Junta quedó reducida a un simulacro de gobierno, de la capital, pues que para quitarle la representación de la provincia, se despacharon agentes para que los departamentos le negasen la obediencia, entre los que, según recuerdo, fueron Talca, Casablanca, y me parece que se extendió la independencia a lugarcillo de Fierro Viejo o Ligua. La Junta como formada de gente pelucona, tuvo paciencia, hasta que medio juntó su Asamblea, en el que depositó el mando. Su mensaje (o exposición hecha por Egaña) es un documento curioso.

Poco después, se reunió el Congreso constituyente del año 23, y las personas en que recayó la elección (hecha en un tiempo en que expresar el nombre de O'Higgins era un sacrilegio), justifica altamente el mayor cargo que se le había hecho, de indicar las personas que debían de nombrarse para diputados de la Convención, eligiendo de ese modo una representación a su paladar; porque en ese Congreso del 23, se ve la mitad más o menos de los diputados de la Convención, como se nota también en los que compusieron los congresos siguientes; lo que prueba que O'Higgins no buscó para ellos, especialmente sus amigos, sino la mayor capacidad, prestigio y juicio.

Un día que me encontraba (poco antes de la reunión del Congreso del año 23), con algunos de los que habían tomado parte activa en la revolución de Santiago y que se habían reunido como en Junta preparatoria, para acordar las primeras deliberaciones, habiéndose hablado de varios incidentes ocurridos entre la Junta y Freire, les dije: «Parece que este otro coloradito les ha echado por tierra todos sus planes, y que, aunque es más laconico, es mucho más expresivo que sus medidas.» «No nos toma inapercibidos, me contestó uno; ya contábamos con que el (le nombraron por un sobrenombre) nos podía dar la patada, y encaramárenos; pero, como era él necesario, lo era también el exponerse a sus coces, más fácil de reparar que el poder llegar al punto que nos dirigimos, compitiendo por sí solos con la marcha constante y uniforme del otro, que tenía bastante previsión para allanarse de antemano los obstáculos del camino, cuyos escombros caían sobre el nuestro. El será nuestro Presidente, no a empellones, como parece se ha propuesto, porque así se nos pegaría con la dictadura a que parece se ha acostumbrado con el mando omnímodo que ha ejercido en el Sur, sino con la concurrencia de nuestro voto

que será el mismo de sus amigos, y a más, rogado también para decidir su desprendimiento aparente con que trata de engañar a Cobos, pues de este modo se verá precisado a reconocer la autoridad de que parte su nombramiento y a sancionar la ley que ella dicte, que tendremos cuidado de dársela muy aparente a que encuentre atolladeros a cualesquiera lado que quiera [ininteligible] y como el caballero no está hecho a trabas, tendrá que quitarse la máscara y dará a conocer lo que es. Este es el medio más pronto de dar en tierra con su prestigio; pues fuera del mando o desprendimiento a que no sería difícil decidirlo en la actualidad, halagándole su amor propio, no sólo lo aumentaría, sino que en realidad él vendría a mandar, echando la responsabilidad sobre otro, y su poder sería una ascua ardiendo a toda administración, pues no podría contar con su subsistencia.» Efectivamente sucedió lo mismo que se propusieron, pues que no encontrando quien le hiciese oposición, como quería, para desprenderse de la Constitución, el mismo se la formó, como lo verá usted en la por qué se echó por tierra, como asimismo, con las que se preparaba, previniendo algunas provincias el retiro de sus diputados, cuando no podía contar con la mayoría. Pero ya he trascendido el punto en que debía haber hecho alto como que estos sucesos corresponden a otra época, así concluiré asegurando a usted que, si me he extendido en la explicación de los sucesos y hechos y he hablado de mi mismo a la vez, no ha sido con el intento de constituirme defensor ni darme realce, sino porque he creído que para valorizar o formar juicio exacto sobre aquellos, era preciso explicarlos, como también hablar de sí, desde que se me piden datos de sucesos a que he concurrido o presenciado. Desearé, pues, que la lectura de esta relación cansada, no le sea enteramente inútil, como que considere siempre muy dispuesto a ocuparse en su obsequio a su seguro servidor Q. S. M. B.

José María de la Cruz.

IV

RESPUESTAS A UN PROGRAMA DE PREGUNTAS

Accediendo a la solicitud de nuevos datos y a una serie de preguntas explícitas, elaboradas por don Diego Barros Arana con su metódico espíritu, el general de la Cruz envió al historiador chileno — acaso por ese mismo tiempo, pero, sin duda, con posterioridad a la copia diferenciada de la carta príncipe — el memorial que sigue, con el significativo título de

CONTESTO A LAS PREGUNTAS DEL PROGRAMA

1.ª El lugar de su nacimiento fué en Chillán, ciudad de donde era oriunda la madre. Ignoró la época de su nacimiento, pero según expone su tío, don Manuel Riquelme, fué el año de 1776, fecha que creo será exacta² por la edad que representaba en 1813, que a mi juicio, sin aquel antecedente le habrá calculado en mi carta el señor Amunátegui.

2.ª Creo que no, pues nunca he oído hacer referencias que hubiese estado allí en ese tiempo, y se prueba con lo refe-

rído por el Padre Recoleta Fray Gil Calvo que decía haber sido su primer maestro.

3.ª Lo ignoro.

4.ª Lo sé a este respecto se halla expuesto en la carta citada de Amunátegui.

5.ª Lo ignoro.

6.ª Tampoco lo sé con certeza, pero debió ser con dos objetos: 1.º con el de sacar algunas informaciones que le pudiesen servir de apoyo al recurso que tenía pendiente en la Corte demandando la herencia de los títulos de honor de su padre que no se le concedieron al declararle o reconocerle como hijo de don Ambrosio. También pudo ser con el de obtener copia del testamento y el tomar nociones de los albaceas y apoderados, para según he visto en juicio de partición que siguió con su primo don Tomás, le demoró la entrega de la Hacienda dos años.*

7.ª La mayor parte del tiempo la pasaba en su Estancia las Canteras, en cuyo manejo se manifestaba magnífico con sus inquilinos. Lo sé por relación del sargento mayor Quinteros que era hijo del Administrador o mayordomo. En Los Angeles y Chillán talvez era la persona más influyente por su capacidad, vida sumamente arreglada y por el goce de su fortuna que para aquel tiempo era más que regular. Sus relaciones en Concepción eran pocas pues iba muy de tarde en tarde.

8.ª Parte de la anterior pregunta está satisfecha en la anterior. Ignoro quiénes serían sus amigos. Una sola vez, ya en la Revolución, lo vide entrar en casa de don Juan Rozas donde se hallaban mi padre y Vergara.

* Había hecho diligencia de estos papeles porque se halla en ellos la cláusula testamentaria del legado de la Hacienda y otras noticias con referencia de fecha, pero no he podido aun obtenerlos. (Nota del General de la Cruz).

9.ª Créolo que sí, por los documentos que he visto, y porque tomó parte en ella desde un principio.

10.ª Elecciones de esta naturaleza son siempre obra del influjo o de partido, y lo que puedo decir sobre esto es que por parte del Gobierno no hubo empeño, de modo que la elección recaída en él puede atribuirse a dos fundamentos: 1.º a que tal vez era el único en el pueblo capaz de desempeñar el encargo y 2.º que debía ser una de las pocas personas que de antemano se hallaban iniciadas en la Revolución, por lo que sin duda se escribiría de Concepción se fijasen en él. *

11.ª Aunque sus servicios no fueron eficaces fué siempre decidido por esta Junta como lo prueba la conducta que observó cuando la disolución del Congreso y después hasta que se le depuso.

12.ª Lo ignoro.

13.ª Al anuncio de la aparición del Ejército de Pareja se dieron órdenes al Regimiento de Milicias de Puchacay, Rere y Los Angeles para que se reunieran inmediatamente y se aproximasen a Concepción. Parte del Regimiento de Concepción se hallaba allí cuando la entrega de la Plaza; el de Los Angeles, que se dijo se hallaba ya de este lado de la Laja, fué mandado retirarse como a los demás.

14.ª Lo ignoro.

15.ª No recuerdo cuáles hayan sido esas pequeñas derrotas a las que alude la pregunta, apenas se recibió del mando en 1814. La única que puede considerarse tal, es la que sufrió la División del coronel Urizar en Gomero o Quilacoya, yendo a sorprender al enemigo, y en que él se vió sorprendido, encontrándolo en el mismo camino con un igual objeto, en cuyo choque murió el segundo jefe, y creo que se perdió también

* En Concepción sí se tomó empeño por el intendente para que se nombrase de Diputado al conde de la Marquina, su cuñado, sin lo cual no habría sido elegido porque era contrario a la revolución. (*Nota del General de la Cruz*).

una parte de montaña; mas, me parece que esta derrota ocurrió antes de recibirse del mando de general en jefe. De este tiempo no recuerdo otras acciones que las de Quilo, Membriillar, Paso del Maule, Tres Montes y Quechereguas, cuyos resultados no pueden calificarse de derrotas, como se ve en la relación de ellas hecha en la carta dirigida al señor Amunátegui; sino que por el contrario, su resultado siempre nos fué favorable, aunque no se obtuvo un completo triunfo. Ahora recuerdo que en este tiempo ocurrió la pérdida de la ciudad de Concepción — pérdida que, aunque hubiese sido defendida como debía, lo que no sucedió, se habría siempre realizado, pues, una vez héchose necesaria la marcha del ejército al otro lado del Maule, y habiéndose convertido los habitantes del campo, enemigos por el mal manejo de algunas de las guerrillas volantes — Concepción, sin caballería, no podía sostenerse. Cuando O'Higgins se recibió del mando del ejército, no sólo se hallaba reducido a un tercio del con que principió la campaña, sino también privado casi de todos los elementos para obrar. No había una mula. El regimiento de caballería de la Gran Guardia, reducido ya a menos de la mitad de sus plazas, con que principió la campaña, se hallaba enteramente a pie. Un batallón de Aconcagua, que se le denominaba Guardia General, había acabado de desaparecer desde la acción del Roble, en que perdió sus caballos. El batallón de Infantes se hallaba reducido a una mediana compañía, y en igual mitad de número se hallaban los Granaderos de don Juan José y Artillería. A ésto se unió que el ejército se hallaba ya completamente desnudo y desmoralizado, por consecuencia de las enemistades de la Junta con el general en jefe, Carrera, y por las de éste con algunos de los jefes. Lo que ocasionó al último una desertión y separación escandalosa, comenzó primero por aquellos del partido de la Junta que tenían sin duda alguna medida violenta del general. El cuartel mestre general Mackenna fué el primero que de resultas de un disgusto con aquél, se marchó con dos o tres oficiales (creo que en una lancha) no sé con permiso o sin él. Después unos dos oficiales de infantes desertaron también de su puesto, por el mismo medio — y otros lo hacían por tierra con licencia o sin ella. — La separación de Carrera vino a ser el complemento. La desmoralización se hallaba más marcablemente en la oficialidad que

en la tropa, de resultas de la enemistad de la Junta con el general. Mi cuerpo, que después de la acción del Roble se dejó cubriendo el camino del Troncón a Concepción, llegó a quedar con sólo tres oficiales. El capitán Prieto a su mando, el teniente don Domingo Binimelis, habilitado de él, y yo que era Porta. Estos eran los oficiales que se hallaban a su cabeza, desde días antes que el general Carrera emprendiese su marcha. El comandante había obtenido su separación o licencia absoluta; el mayor se había marchado por enfermo, y otros decían estarlo en Concepción. A este tiempo ya de la marcha del general, la tropa comenzó a desertarse. La noche del mismo día en que el general don José Miguel y don Luis salieron de Concepción a alojarse a Penco, esa noche se desertaron con todo su armamento más de cien hombres de mi cuerpo, seducidos por unos sargentos, a quienes vino a hablar para ello un alférez del mismo cuerpo, indicándoles el camino que llevaba el general.

Este paso indebido de hacer desertar la tropa de un ejército de operaciones ya en esqueleto, faltó muy poco para que resultase oportuno, pues que esta tropa, en su marcha, se encontró con la retaguardia de la división que llevaba prisionero al general, pero como no llevaba municiones, más que 49 hombres que se hallaban de gran guardia (por habérseles quitado esa misma noche al cuerpo, por haberse dado a Prieto aviso de la desertación) se les acabaron luego, y tuvieron que echarse al norte, que, por fortuna de ellos, era espeso en el lugar del encuentro. Tal fué el estado en que O'Higgins se recibió del mando, y en tales momentos fué cuando desembarcó Gaínza por Arauco, con un refuerzo y nombrado general del ejército enemigo. La defensa del norte de la orilla del Maule, puede decirse era del dominio y cuidado exclusivo de la Junta, que descuidó, pues ella sabía más bien que nadie, el estado de decadencia e inmovilidad del ejército de operaciones. Esa desatención trajo la pérdida de Talca, la de su poca guarnición, la de uno de los mejores jefes del ejército, cual era el coronel Spano, la de algunos oficiales, y posteriormente, la de la fuerte división, aunque recluta, encomendada al comandante Blanco (hoy general), que, en oposición de las órdenes recibidas del general en jefe O'Higgins, sin duda por ambición de gloria, se metió a atacar la fuerza enemiga de Talca, en lugar de dirigirse a la orilla del

Maule a proteger el paso de nuestro ejército, como se le había ordenado, lo que lo colocó en situación de perderse, como habría sucedido sin el paso atrevido de O'Higgins de pasarlo en la noche, teniendo a su costado un ejército superior, y a su frente, del otro lado, una división fuerte y orgullosa con sus recientes triunfos.

La vida que llevó en este punto fué retirada por su falta de recursos, de que estaba sumamente escaso, pues no dejó plato, cuchara, ni alhaja de mediano valer de la familia, que no vendiese; por lo tanto, sus relaciones y tertulia se limitaban a los amigos de confianza. En los primeros días de su llegada, se decía habersele invitado por un amigo, para que se viese con los Carrera y reuniese sus esfuerzos a los de éstos para la Reconquista de Chile, a lo que se decía haberse negado. En este tiempo, me parece se hallaba el general Alvear de Director, con quien gozaba de influjo don José Miguel, y de aquí sin duda el relevo que se había ordenado de la Intendencia de Mendoza al general San Martín, que el pueblo resistió, mandando orden el Cabildo al coronel que venía a hacerse cargo del mando, se volviese.

Nombrados después Alvarez y Pueyrredón, Directores, entabló relaciones con ellos, los que aunque conocían la necesidad de la reconquista de Chile, les desbarataban a cada paso las medidas preparatorias, las revoluciones interiores, guerra con Artigas y Santa Fe y, otras veces, descalabros del ejército del Perú, hasta que, afirmado algún tanto el gobierno del último, se comenzó a tomar providencias con decisión. Pueyrredón era muy semejante en maneras y carácter a O'Higgins y de consiguiente, no extrañó simpatizase con él, aunque no hubiese gozado de las recomendaciones de su amigo, el coronel Terrada. Una vez decidida la expedición, se puso en marcha para Mendoza, con recomendación de ser empleado en el ejército restaurador.

17.^a En la organización del ejército de los Andes, creo que no tomó parte marcable, pues el activo San Martín se bastaba a sí solo. Creo que se le dió a reconocer como segundo jefe, pues una vez que vi que el general San Martín salió de Mendoza, le dejó encargado el mando.

18.ª La satisfacción de esta pregunta se hallará, en parte, en el curso de la carta citada dirigida al señor Amunátegui. En ella expuse que él no podía por menos que conocer su situación desfavorable, para contar con apoyos que le sirviesen de pedestal, al sostén de su elevado puesto. Hijo de las provincias, con la circunstancia desfavorable de no ser hijo legítimo; sin apoyo de familia y elevado por su propio mérito, cosa que en aquellos tiempos era poco, cuando no se unía aquel de alta nobleza; incorporado al ejército de línea en una clase elevada, que le privaba de aquellas afecciones que se crían en la comunión de trabajos o distracciones; desfavorecido por la naturaleza, que le había mezquindado la gallardía o marcialidad de presencia, que tanta parte suele tener en la suerte y atracciones simpáticas, serio por temperamento que, aunque amable en su estado privado, tal cualidad no le repara la carencia de genio alegre y festivo, que tanto halaga y atrae a los demás hombres. A O'Higgins pues, para apreciarlo y quererlo, era necesario tratarlo de cerca y conocerlo. Su mérito estaba sólo basado en circunstancias morales que, aunque más reales, no son siempre por desgracia aparentes, para un caudillo de revolución. No era así Carrera; con dificultad se presenta y puede juntarse en un hombre, un conjunto igual de circunstancias favorables para tal objeto, y lo extraño es que con ellos y un talento tan despejado, no lo hubiese tenido para contener la viveza que le sobraba, y que le acarrió su descrédito o temor en la primera clase.

Si a aquellos antecedentes se agrega el de las circunstancias en que le tocó mandar y los incidentes ocurridos, se verá que no sólo no es extraña esa revolución en su contra, sino que lo es el que haya podido sostenerse por seis años. Como en esa carta que he citado he explicado varios de los motivos que apresuraron su caída, resumiré los que obraron en ella.

O'Higgins, sin ser enemigo personal de los Carrera (sino que al contrario, con motivos de adhesión a su persona por las atenciones que le dispensó, no obstante saber que pertenecía al bando de principios políticos que sostenía la provincia de Concepción, que se le declaró por contraria, de resultas de la disolución del Congreso, y porque nunca dejó de hacerle justicia a su mérito como soldado), vino sí a hacerlo su rival la circunstancia de haber puesto en él los ojos la Junta para reemplazar

a aquél. No obstante los incidentes de resistencia que, al desprenderse del mando Carrera, ocurrieron, ésto no produjo encono entre ambos, como se ve de la facilidad con que se unieron, cuando el enemigo común se presentó de nuevo. La exaltación de pasiones y enconos, vino a tener su desarrollo en la otra banda, de resultas de quejas de un partido a otro, de achacarse la culpa de la pérdida del país, a lo que se agrega, respecto a O'Higgins, uno muy especial descubierto en Rancagua que debo silenciar. Tuvo, pues, O'Higgins al entrar al mando, este partido numeroso por contrario, que puede decirse era el único del país, porque ni Lastra ni los miembros de la Junta tenían partidarios. Podía en este caso, apoyarse O'Higgins en el partido que hoy se llama pelucón, Clero y Frailes que eran contrarios a Carrera; pero, para los primeros tenía esa falta de nacimiento que hería la susceptibilidad o preocupaciones, y para éstos, esa convicción de principios de sometimiento absoluto al gobierno temporal, cosa que ellos bien conocían; así es que para su nombramiento no hubo otra cosa en su favor que sus antecedentes como soldado y la circunstancia en que se efectuó y, para su sostén, la de que ambos temían más a la dominación de Carrera. Había aún otro obstáculo para atraerse o esperar apoyarse en aquel partido, y era que se hallaba dividido en tres secciones, una verdaderamente patriota y honrada, pero que no se hallaba dispuesta a renunciar o desprenderse del todo de sus antiguos privilegios y prerrogativas. Otra, del todo fanática, que consideraba mengua ceder nada que les hiciese descender de las consideraciones a que se creían acreedores por sus pergaminos, a los que no les faltaba otra cosa para godos, que el lugar del nacimiento, y los que si no se mostraban enteramente decididos contra la causa de la Independencia como éstos, era por no atraer sobre sí el peso de las contribuciones que sobre aquellos se cargaban, y porque también esperaban que esa Independencia haría refluir en ellos la posesión de los altos puestos que estaban reservados para los españoles europeos. La otra sección era la denominada de 800,⁶² que como de familia era altamente temida por las dos anteriores, y que tenía también en su contra su propio número, que lo había hecho dividirse y no marchar acordes. En tal estado, O'Higgins hizo lo que hubiera hecho todo hombre prudente, de no decidirse exclusivamente por ninguna, sino

escoger de entre ellas lo más capaz; pero, como llevaban en sí intereses o miras opuestos a sus colegas, era imposible amalgamarlos, y más imposible aún organizarse un partido con partes tan heterogéneas. Puede asegurarse, pues, que O'Higgins gobernó sin partido que lo sostuviese, y que no tenía otro apoyo que el riesgo de la guerra y el ejército con que la sostenía; así es que, una vez desaparecido ese riesgo y que la posesión de algunos prestigios formados en esa lucha hiciese aparecer las ambiciones entre los caudillos subalternos, la caída de O'Higgins era inevitable, como sucedió y habría aún sucedido, aunque no hubiesen ocurrido los incidentes que convirtieron en enemigos declarados a los que no lo eran de su persona. Vuelvo a repetir aquí que, para juzgar con exactitud e imparcialidad de la administración o dictadura de O'Higgins, es indispensable estudiar la época y circunstancias del período de su mando, y para hacerle justicia, compararlo con el de las administraciones que le siguieron, colocadas en tan ventajosa situación, pues aquella había cargado con todo el peso del allanamiento de los obstáculos.

Colocado O'Higgins en el mando, su primer paso fué mandar echar por tierra los escudos de armas que regentaban sobre las puertas de los nobles y señores de títulos, providencia que muchos de ellos habrían llevado más a bien, se hubiese convertido en que se hubiese dispuesto en taparles un ojo con un parche. He aquí enemiga la mayor parte de esta clase; pero que ella salva a su autor del cargo que se le ha hecho de querer establecer en Chile el gobierno aristocrático, sin otro antecedente que la organización de la Legión de Honor, medida que, a lo común que ha sido siempre condecorar o premiar los ejércitos con tales emblemas, después de los grandes acontecimientos de armas, llevaba en sí la misma política de distraer de algún modo las preocupaciones de la época, poniéndoles al frente un medio con que reparar los timbres borrados.

En seguida, las circunstancias y tenacidad con que el Obispo quería sostenerse en sus inmunidades eclesiásticas, le obligó a desterrarlo a la otra banda. Todo el país sabe el prestigio que gozaba el Obispo Rodríguez, por su capacidad, virtudes morales y relaciones de familia. He aquí una providencia que le trajo la oposición del Clero, conventos, beatas y beatos, y la de toda la familia. Siendo, pues, Rodríguez demasiado co-

nocido por contrario del sistema, habría sido una debilidad y falta dejarlo en el alto puesto que ejercía, del que con la facultad sólo de elegir los Párrocos y ese elemento del confesionario, podía trastornar al país, porque los incidentes más reservados estaba en su mano saberlos. La medida le era debida, pero con ella preparaba los elementos de su descrédito, y acumulaba los de su caída. Otro incidente con el deán Eyzaguirre, sujeto aún más relacionado que Rodríguez y que no gozaba de menor prestigio que éste, por su saber y virtudes morales, vino a remachar la enemistad del Clero. Este suceso y lo que lo ocasionó es demasiado sabido en la capital, para que me ocupe en comentarlo. En la carta al señor Amunátegui, aludo al de mudanza de las monjas de la Plaza y otros.

Para dar alguna idea de los hechos y providencias que pueden servir de descargo a los ataques que le han hecho sus enemigos, sería necesario tenerlos a la vista. Pero, el que se tome el trabajo de formar la historia de esa época, encontrará documentos con qué hacerlo (y que ponen en claro los sucesos) en la Defensa del doctor Asencio, hecha ante el jurado de Lima, a consecuencia de un artículo publicado por don Carlos Rodríguez, en que trataba a O'Higgins de asesino, etc., etc. En esa defensa no encuentro otra cosa útil para el asunto de que se trata, que los documentos, pues que los episodios o forma de su argumentación es muy semejante en el escrito, al usado en el anterior que era acusado. Ya que he tocado este punto, diré lo que otras veces. Que a mi juicio, el paso más en falso e indebido que dió O'Higgins en toda su vida, fué el haber consentido en la impresión de esa defensa, en que el defensor, sin necesidad, no se cansa en echar lodo e inmundicia sobre las cenizas de unos hombres que nó tenían otra parte e ingerencia en el asunto, que la de haber pertenecido a un partido: el liberal. Cuando estuve en Lima, me tomé la confianza de significarle mi extrañeza por ello, a lo que me contestó que muy justa habría sido si él hubiese hecho la defensa por sus labios, pero que encomendada ella a un tercero, no creyó deber permitirse introducir correcciones en su redacción: que en ella no había tomado otra parte que en facilitar documentos y en hacer algunas explicaciones de los puntos de la acusación: que él había deseado no se imprimiese, y que no se había opuesto decididamente a ello, por no herir el amor propio de un hom-

bre que acababa de servirle con tanta decisión. Por otra parte añadió: «Ya ve usted la guerra tenaz que me ha hecho este partido, aún en mi retiro, y cuando nada puedé temer de mí, pero toda la deshonra que este partido ha querido echar sobre mi nombre, no me ha sido tan sensible como el último paso que ha dado valido de ocupar asiento en el Gobierno, paso que no sólo contiene una burla soez y ridícula hacia mi posición, que merece algunas consideraciones, sino, también, muy especialmente deshonrosa al gobierno de Chile, desde que se echa mano de su sello para pasos tan indecorosos como inmorales, pues han sorprendido la buena fe y amistad hacia mi persona de un joven, para hacerlo portador de un pliego de inmundos papeles, cerrados con el sello del Gobierno.»

19.^a No me considero capaz para hacer indicaciones tales como a la que alude la pregunta. Así es que finalizaré el contexto de las contenidas en Programa con la referencia de una anécdota que presencié en una de las muchas escaramuzas efectuadas sobre la línea de Talcahuano en tiempo del sitio de Ordóñez, porque me parece que sirve para comprobar esa serenidad que siempre acompañaba a O'Higgins en medio del peligro, la que me parece no expuse (como me ha sucedido con muchas) al satisfacer las preguntas del señor Amunátegui.

En uno de esos días en que se hacían reconocimientos y se intentaba alguna sorpresa, después de efectuada la operación, el Director dió orden al mayordomo pusiese el almuerzo de fiambre, tendiendo el mantel en el suelo, en la Puntilla o Morro de Chacra de Manzano que mira a Talcahuano, a donde había pasado a colocarse con todos los jefes, dejando la tropa de caballería al pie, resguardada de los fuegos de artillería por otro cerro. Cuasi al finalizar el almuerzo, una lancha cañonera situada en San Vicente, se había aproximado todo lo que le era posible a la costa, y a tiempo que ya se había deshecho el círculo de los convidados, por haber sacado su presa y que estaba O'Higgins sentado a la orilla del mantel, con dos o tres de los jefes, la lancha disparó su cañón de a 24 sobre el grupo, cuya bala vino a caer como a una vara del mantel, levantando multitud de espedones de tierra hecho quasi barro, de los que saltaron dos a la cara de O'Higgins, el que al mismo tiempo que se los sacaba con la mano y escupiendo, por-

que parte de él le había caído en la boca, dijo: «Tu saludo, diablo de marucho, ha venido bien, porque ya se acababa el almuerzo, mas no así tu salsa de que no necesitábamos.» Se levantó, acabándose de limpiar, y mandó al mayordomo pusiese una botella de ron dentro del hoyo abierto por la bala, y a un oficial, que pusiese en el pañuelo 25 pesos fuertes del cuño de Chile, con un papel con la inscripción siguiente: «Para el que hizo la puntería del primer tiro tirado de la cañonera.»

(Rúbrica de don José María de la Cruz)

V

PRIMERA CARTA A BARROS ARANA

En el Archivo de Barros Arana, se encuentran, inéditas, varias cartas extensas del general de la Cruz, en respuesta a datos y pormenores pedidos por el erudito historiador. Las dos primeras están fechadas en Queime, el 22 de Mayo y el 15 de Junlo de 1855; la tercera, bastante posterior, fué escrita en Santiago el 20 de Septiembre de 1856.

Dice la una:

Señor don Diego Barros Arana.
Queime, Mayo 22 de 1855.

Muy señor mío:

En fines de Febrero recibí su distinguida de 25 de Enero, fecha en Valparaíso, en que me anuncia tener en su poder la copia de la carta que había escrito al señor Amunátegui, concerniente a algunos hechos del benémerito general O'Higgins, como también la contestación a las preguntas de algunos sucesos históricos, que por conducto de la señora Gana de Zenteno, había solicitado de mí.

Deseé al regresar mi hijo Salomé [?] haber dirigido con él, a usted, el acuse de recibo, con la satisfacción a las siete preguntas

que me hace, pero me lo impidieron varios incidentes y que sólo hoy me permiten cumplir con un deber retardado involuntariamente. Paso, pues, a la absolución de las indicadas preguntas.

1.ª Dice: «Según documentos que tengo a la vista, O'Higgins no quería respetar las órdenes del Director Lastra que le mandaba capitular con Gaínza. Manifestó esa desaprobación en el campamento?»

Me hallaba en esa época muy niño, y sólo en la clase subalterna de Porta - Estandarte, para fijarme ni que llegasen a mi conocimiento asuntos de la importancia como éste; por lo tanto, no supe de tal contrariedad del general para cumplir con las órdenes del Directorio, ni se supo en el ejército la idea de tal intento de capitulación, hasta la llegada del comodoro inglés. Lo que observé a este respecto, ya acuartelado nuestro ejército en Talca, fué que, habiéndose remitido de la capital a Talca una gran partida de escarapelas encarnadas, los oficiales del ejército, el primer Domingo inmediato al recibo, formaron una carrera en la Cancha Rayada y se presentaron en ella con la escarapela reyuna a la cola del caballo. Por este incidente que notó O'Higgins, llamó al comandante don Joaquín Prieto, que lo era de húsares de la Gran Guardia, y le dijo: «Comandante, esa escarapela que adorna la trasera de su caballo, viene muy al lugar que se ha colocado; pero siento que el adorno se haya hecho tan general, pues el Gobierno podrá creer que tal incidente ha sido preparado con mi anuencia. Con la demostración de hoy, comandante, será ya suficiente.» No sé si por esta contrariedad del ejército a las capitulaciones, no se comunicaría en la orden general la mudanza de cucarda y bandera; o sea que O'Higgins creyese que sin estar ratificados los tratados por el Virrey, no era prudente amortiguar el entusiasmo republicano con tales variaciones. Lo que sé sí de cierto, es que, desde que pasó nuestro ejército el Maule, a la par que el de Gaínza, O'Higgins instó porque se le aumentase la fuerza del ejército; se le proveyese de equipo y se le remitiese con brevedad pertrechos de guerra que habían sido disminuídos notablemente por el incendio en Yervas Buenas. En todo el tiempo que medió hasta las capitulaciones, no ví entrar al ejército el menor auxilio, a no ser unos 60 u 80 milicianos de

caballería de Curicó, que se ocuparon de custodia en los vados de Lontué; para precaver la deserción de la tropa, que mal vestida y asistida en el pret, una vez situados con tránsito libre a sus hogares, sin el riesgo que tenían antes de ser tomados por el enemigo, la deserción se aumentaba de día en día.

2.^a Causas que obligaron a O'Higgins a moverse de Talca, después de la caída del Director Lastra? Muy fácil es conocer el motivo de deber de la disposición de este movimiento, sin contar con que en esa época la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército eran contrarios a los Carrera, autores del derrocamiento del Director. Una vez derribado el Gobierno de éste, reconocido por legal, por una sublevación o motín de cuartel, deber era de los encargados de la fuerza pública de contrarrestar a ese motín, para reponer a la autoridad derrocada. Mas, O'Higgins en la proclama que dió en la orden general del ejército, anunciando la revolución efectuada en la capital, no sólo aludió el movimiento del ejército a ese deber, sino también al llamamiento que le hacían los pueblos por medio de sus cabildos, para que sin tardanza se moviese con el ejército a reponer el Gobierno derrocado. Sea la escasez de recursos, u otros motivos, lo cierto es que O'Higgins tardó algunos días en moverse con el ejército, que lo hizo por cuerpos en escalones, tomando él la vanguardia, compuesta del Batallón de voluntarios y un escuadrón de caballería de Dragones, con una o dos piezas de artillería. Le siguió con un día de intervalo el resto de esta arma, con el batallón de Granaderos y en tercera división marchaba el regimiento de Húsares de la Gran Guardia, y a retaguardia de éste el Parque de repuesto, escoltado con una guerrilla de treinta hombres a un mando y de igual número de milicianos. El día que dió la acción O'Higgins en Tango o Tres Acequias, se hallaban, según recuerdo los Granaderos y artillería en el Mostazal; los Húsares en Rancagua, y el Parque alojó esa noche en Río Claro, alias Rengo.

Como las nueve serían, cuando se me presentó el oficial Pasquel, que mandaba el general Osorio con pliegos al Gobierno, al que despaché al día siguiente escoltado por un sargento y cuatro soldados, para que lo entregasen al comandante de mi cuerpo, don Joaquín Prieto, que debía hallarse en Rancagua.

Por lo tanto, es falso el aserto del escritor que ha dicho que el comunicado oficial Pasquel marchaba midiendo las jornadas, para dar lugar a que se batiese O'Higgins con Carrera. Ese día que se me presentó, había salido de Puchereguas o Curicó.

No creo que nadie con un mediano juicio, pueda atribuir la pérdida del país al abandono de Talca por las fuerzas de O'Higgins, ni aún a la acción que medió entre éstas y las de Carrera; porque el ejército de O'Higgins, inferior entonces en fuerzas al que tenía al tiempo de los tratados, no era capaz de sostenerse en Talca, ni evitar el paso del Maule al ejército de Osorio, aumentado ya más que en el doble con tropas veteranas recibidas del Perú. Y esto mismo se comprueba con que, cuando aquél se hallaba reforzado con las fuerzas que había organizado Carrera, no pudo defender el paso de Cachapoal hecho a su frente, y fué vencido en Rancagua en sus trincheras. Por la acción entre O'Higgins y Carrera, tampoco, porque en ella no se perdieron treinta soldados. Ciertamente es que entre ambos ejércitos había preveniciones de divergencia de partido entre los jefes y oficiales; pero, también es cierto que en ese tiempo el patriotismo tenía más fuerza que los enconos o resentimientos que aquél producía.

Tampoco es de suponer que la desconfianza producida de tales contrariedades, fuesen parte a dificultar las deliberaciones del Gobierno ni del general, pues que don José Miguel, desde que se hizo cargo del ejército separó de él, con diferente pretexto, a los pocos jefes y oficiales que consideraba le eran desafectos del todo; así es que la permanencia de O'Higgins en el ejército no le era de obstáculo a sus medidas de defensa, con atención a lo que podía esperarse o temerse del partido contrario, después de un desenlace favorable, pues aquél no contaba en el ejército con más afectos que el diminuto escuadrón de Dragones.

3.ª ¿Qué vida llevaba O'Higgins en el Perú, durante su expatriación?

Llegado éste al Perú, en circunstancias que la mala dirección y cambios políticos, desatendiendo al objeto principal de la guerra contra el enemigo común, habían ocasionado al ejército patrio varios reveses, una vez tomada por Bolívar la dirección de la guerra y puestas en campaña sus fuerzas, ofreció sus ser-

vicios a este general y se unió a él, y en marcha para unirse al ejército que había trascendido la cordillera a las órdenes de Sucre, recibieron la noticia de la destrucción del ejército realista en Ayacucho. Después de ésto, se retiró absolutamente a la vida privada, observando una conducta enteramente imparcial en los partidos en que se envolvía el país, como asimismo en su política; así es que, aunque se reproducían los cambios, todas las administraciones le consideraron y trataron con manifestaciones de aprecio y respeto, lo que le facilitó a la vez, el que pudiese prestar asilo en su casa, en el calor de las persecuciones, a algunas personas, como sucedió con el general Lafuente, cuando hallándose de Presidente fué asaltado en su casa. Una parte del año la ocupaba en la atención de su hacienda y la otra en Lima, observando una vida retirada, sin hacer más visitas que aquellas de pura etiqueta a que le precisaba la altura en que se había encontrado colocado, y consideraciones que el país le dispensaba. Otras de sus relaciones que cultivaba era la de los ministros extranjeros, los que siempre trataron de cultivar su amistad. Según él me dijo, ocupó mucha parte de ese tiempo que permanecía en Lima, en coordinar sus apuntes históricos sobre las campañas y revolución de Chile, que me aseguró debían de darse a luz después de 19 o 20 años de su muerte. En las cartas que yo recibí hasta un mes antes de su fallecimiento, y en las que ví dirigidas a sus amigos de este país, jamás hablaba cosa que tendiese a la política, y si algo tocaba respecto a su patria, era sobre adelantos morales o materiales. La civilización de los indios; el cambio de semillas; la introducción de otras razas de animales, su cruce, etc., etc., era casi siempre la materia que unía a sus manifestaciones de amistad.

Desde que llegó al Perú, manifestó en todos sus actos que no miraba ya como enemigos a los que le habían sido contrarios en su gobierno. Les visitaba a su arribo, con el fin de ofrecerseles a título de paisano y he conocido a dos que habían sido desterrados por él, que allí disputaron de su amistad y confianza. El título de paisano lo miraba como muy especial de recomendación, circunstancia que era allí bien conocida, pues, en los diez días que estuve enfermo en su casa, observé que ella servía de socorro a varias chilenas que se hallaban en desgracia.

4.ª ¿Qué relaciones tuvo con Bolívar?

Si ha de juzgarse por antecedentes, ninguno de los dos, al principio de sus relaciones, entraron en ellas bajo circunstancias favorables; pues Bolívar no podía por menos que estar impuesto del brindis de O'Higgins, en el convite que le había hecho a su ministro Mosquera, como O'Higgins también sabía el modo poco favorable con que hacia él se había expresado aquél, en la entrevista con San Martín. No obstante, desde que las circunstancias del Perú les acercó uno a otro y estrecharon sus relaciones, éstas se hicieron de confianza y por parte de Bolívar que se hallaba en posición más elevada, de dispensación de consideraciones, que manifestaba el aprecio y respeto con que le distinguía. Sabido es que Bolívar pocas veces retrocedía de las medidas que una vez adoptaba, y a la mediación de O'Higgins se debió la suspensión de la pena de muerte a que se había condenado al chileno don Ramón Novoa, por la parte activa que había tomado en la revolución de Riva Agüero, y muy en especial, por haber continuado con las armas en la mano después de la derrota de éste. Por don Miguel Zañartu, que estuvo en Lima antes de la retirada de Bolívar, y que como amigo de distinción de éste era siempre convidado a los banquetes y a la tertulia privada, le he oído que, en esa época, las relaciones entre Bolívar y O'Higgins eran de amigos de confianza, y me ha dicho a esa intimidad era debido en mucha parte el buen concepto que respecto de los chilenos tenía formado aquél.

5.ª ¿Cómo se condujo con Santa Cruz, cuando hostilizaba a Chile?

Aunque desde antes que Santa Cruz fuese Presidente de Bolivia, mediaban entre ambos conocimiento personal y relaciones, que sin ser íntimas eran de consideración mutua, la conducta política adoptada por Orbegoso con Freire, al establecerse la Confederación (la que no podía por menos que atribuirse sino como sugerida por Santa Cruz) y al haber aquél, a tiempo del desembarco chileno, exigídole o hecho extraer por conducto de la prefectura los caballos que suponían tenía en su casa, tales antecedentes no podían por menos que hacer descender aquellas relaciones al estado de prevención mutua, que si se siguen ya no son de espontaneidad, sino por el deber de cortesía que

a las veces impone la posición que se ocupa, o porque se cree prudente no colocarse de hecho en choque directo. Tal era la situación de ambos, al tiempo de la guerra. No obstante, el recibimiento que hizo Santa Cruz a O'Higgins, cuando éste pasó a visitarlo a su entrada a Lima, fué atento y según quiero recordar, sus relaciones desde el establecimiento de la Confederación se limitaron a dos visitas de etiqueta en la época que Santa Cruz estuvo en Lima.

6.ª ¿Qué servicios prestó al Ejército Restaurador?

Destacado fuera de Lima desde el día de su toma (con excepción de diez días que estuvo enfermo en su casa), no puedo enumerar los servicios directos que hubiese prestado al ejército restaurador. Lo único que sé a este respecto, es que, en una de esas épocas azarosas en que se encontró colocadó el general Bulnes, me dijo refiriéndose a nuestra situación: «Debo a este viejecito el no haberme tal vez vuelto loco, en los momentos de conflicto en que casi diariamente me colocan las ocurrencias. Yo no conocía la importancia personal de éste buen chileno, sino ahora que las circunstancias me han acercado a él. Antes de tratarlo con intimidad tenía días de desesperación, mas hoy he adoptado como un recurso de desahogo visitarlo, porque tiene tal sagacidad y claridad para explicar y desenvolver las ocurrencias a que pueden conducir los sucesos, que cuando me retiro de su casa, no sólo me hallo desembarazado y en calma, sino también lleno de una confianza satisfactoria.» De advertir es que, cuando Bulnes llegó a Lima, sólo conocía a O'Higgins de vista, y aunque sabía que éste le distinguía cuando era subalterno, esa afección era de esperar en ambos se hubiese transformado en antipatía, a causa de haberse encontrado Bulnes sirviendo en el ejército de Freire al tiempo de la revolución del año 22, y de que al hacer sus visitas Bulnes, lo hacía por lo regular acompañado de Garrido, que después de esa revolución se había declarado enemigo de O'Higgins, y se le creía autor de algunos versos y artículos de esos de invectiva ridícula que se hacen tan comunes en épocas de trastorno; pero, según el modo amistoso y franco con que este general se condujo con ellos, desde su visita de bienvenida, parece que no tenía presente o no daba ningún valor a tales antecedentes. En una de esas conversaciones concernientes a los asuntos de las cir-

cunstances de las operaciones de la guerra, a que me hallé presente, le contestó O'Higgins: «General, si llega el caso de que la cuestión se someta a la decisión de las armas, usted triunfará, porque con la acción de Guá, le ha quitado usted al contrario el mejor batallón y regimiento de caballería que tenía su ejército. Como aquél, no he visto ni aún en Europa mejor, en cuanto al manejo de armas y maniobras. Los dos eran los dos cuerpos más veteranos del ejército del Perú, pues databan desde la campaña de Ayacucho. Haga usted, general, quemar poca píldora. Un batallón de tiradores y dos o tres columnas mandadas cargar a tiempo con decisión, le darán a usted la victoria, porque al soldado peruano le falta ese ardor y energía individual que caracteriza al chileno en la pelea para acometer y afrontarse con el enemigo; pero de ningún modo le mire con menosprecio, pues que si carece de esa energía individual de pelear por sí solo, no por eso es malo, como se trata de hacerlo aparecer. Es subordinado, y de consiguiente, muy capaz de sostener su puesto con serenidad, teniendo buenos oficiales; es muy ligero y certero en sus fuegos y en sostenimiento de posiciones es firme. El ejército de Bolivia, y aún la misma oficialidad peruana, le mira como inferior; pero se equivoca, pues el soldado boliviano, así como en la guerra que sostiene en su país casi es invencible, fuera de él le falta serenidad para sostener el terreno que no conoce, o una carga, maniobra para que él no es malo si se aprovecha el primer ardor.»

En uno de los dos días de convalecencia que pasé en su casa, hablando sobre el mismo asunto de la guerra me dijo: «Amigo, mi posición en la actualidad es mucho más azarosa que la de ustedes; no obstante los trabajos, riesgos y responsabilidad a que les somete el lleno de la empresa que se les ha confiado, situación que yo la preferiría si cambiarla pudiera, como ese lleno lleva en sí sacrificios satisfactorios, una muerte con gloria. Pero yo, entusiasta, como chileno de nacimiento, interesado en la prosperidad y aumento de glorias de esa patria por que he derramado mi sangre y peruano por gratitud, no sólo por el reconocimiento que le debo a la acogida benévola y respetuosa que me ha dispensado en una desgracia su Gobierno y el pueblo, sino también porque su generosidad la ha minorado, regalándome una propiedad más que suficiente para sostener una vida cómoda y decente, sin cuyo obsequio se me habría

unido al peso del ostracismo, el sobrellevar una vida de miseria con mi familia. Así es que no me es dado poderme regocijar con el triunfo del uno, que sea funesto o que traiga el menoscabo del otro. Deseo, por lo tanto, más bien un arreglo en que no sea el precio la victoria de armas, que, a lo dicho, siempre son caras aún a los victoriosos. Se perdió la oportunidad favorable que la revolución de Orbegoso había abierto a un arreglo pacífico, sin menoscabo del honor de ambos países. No obstante, aunque en el día esto es difícil, porque se llegue a ese arreglo, pido constantemente a la Divina Providencia.»

7.^a No recuerdo por ahora otros incidentes o anécdotas a más de las expresadas en la carta al señor Amunátegui y contestó a las preguntas anteriores de usted que puedan ser de alguna utilidad al objeto de sus trabajos. Puede ser que recuerde algunas, que me sean necesario relacionar, en la revisión que hago de la memoria del señor Amunátegui, con el fin de anotar algunas inexactitudes que he notado en ella y el equívoco que ha sufrido al sentar en varios de sus juicios el que le han sugerido los hechos. Mas estas anotaciones no podrán servir a usted para su actual trabajo, porque no pudiendo dedicar al mío, sino cortos momentos, debo concluirlo ya tarde.

No he recibido el primer tomo de la *Historia de la Independencia de Chile*, que me anuncia haberme dirigido por el órgano de la señora Gana de Zenteno. Luego que supe su publicación, la encargué a Concepción y no habiéndola encontrado, la pedí a Valparaíso, de donde se me anuncia mandárseme; por lo tanto, sin disminuir en nada el aprecio debido a su recuerdo y obsequio (obtenido ya por otra mano) es excusado se pensone en repetirlo.

Aprovechando la oportunidad que me presenta el actual contesto me es muy satisfactorio servirme de él, para ofrecérmelo como su afecto y servidor Q. B. S. M.

José María de la Cruz.

VI

SEGUNDA CARTA A BARROS ARANA

La segunda carta de don José María de la Cruz, dice así:

Sr. Don Diego Barros Arana.
Santiago.
Queime, Junio 15 de 1855.

Muy señor mío:

El 12 del actual he recibido la suya de 6 de Mayo en la que me hace presente la que me había dirigido antes de fecha 25 de Enero por conducto de mi sobrino Manuel Prieto con el objeto de obtener de mí alguna noticia respecto varios sucesos enlazados con la vida pública del general O'Higgins, cuya satisfacción de esas preguntas me dicen le urgen; solicitando al mismo tiempo le informe lo que sepa respecto a las cuatro que inserta a la que contesto, para poder rectificar en la Historia de Chile que trabaja los errores que la pasión o encono hayan podido hacer caer en las relaciones hechas sobre otros puntos.

El contesto a la anterior que solicita lo considero a la fecha en sus manos, pues lo he dirigido a Concepción el 27 o 28 del pasado, signado con fecha 22. Despachado sin duda con demora excesiva, pero que no ha procedido de falta de volun-

tad en corresponder con la eficacia debida a la confianza con que me honra; sino por una consecuencia consiguiente de mi retiro en el campo y de otros incidentes que me lo han impedido. Dada esta satisfacción por preliminar, contesto a las nuevas preguntas que me dirige.

1.ª ¿Cómo se condujo O'Higgins con don José Miguel y don Luis Carrera cuando estos pasaron por Talca fugitivos de Chillán?

No me hallaba yo en esa época alojado en el pueblo sino fuera en una quinta, por lo que no presencié el recibimiento, pero es de inferir que fuese amistoso por el hecho de haberlos alojado en su casa y ellos admitido el hospedaje. A esto se une que, en esa época, ni O'Higgins ni los Carrera tenían motivos ostensibles para estar enemistados, y, muy menos, para tener entre sí rencores. Estos sabían, demasiado claramente, que aquél no había tenido la menor parte en la promoción del plan de deponerlos del mando, y O'Higgins conocía que algunas de esas quejas de resentimiento que se corrieron como verdidas por ellos, a consecuencias de algunos incidentes ocurridos después de haber entregado el mando, era un fruto muy consiguiente de hombres que se miran heridos en su honor y de parciales que ven perdido el apoyo e influjo que les favorecía, y de esa especie de celos que por lo común se cría entre el que deja un puesto y el que lo ocupa. Celos que por los adulones que tratan de abrirse influjo con el nuevo mandatario y los que aspiran a restablecer el anterior poder que a ellos se los daba, los hacen trascender a críticas amargas, a enemistades y enconos. Que fué lo que vino a producirse al último entre O'Higgins y Carrera, más bien por causa de sus allegados que por disposición de ellos, pues, como he dicho, ninguno tenía motivo de queja fundado, hasta el relevo del puesto, ni aún, hasta la partida del general Carrera, época en que se ha supuesto que O'Higgins los trataba o no les dispensaba aquella consideración propia del puesto que acababan de dejar — acusación sin fundamento, pues que si no le era posible tapar la boca a los que les criticaban sus manejos, en lo que tocaba a él, trataba de evitarles cualquier disgusto ni darles motivo de queja. Aseguro esto porque conmigo ha sucedido un incidente que lo prueba. Me hallaba en esa época destacado con mi

cuerpo en Palomares, de donde fuí mandado por el capitán don Joaquín Prieto, que lo mandaba accidentalmente, con el objeto de cambiar el armamento malo y el de hacer presente la falta absoluta de oficiales con que se encontraba el cuerpo, pues no tenía otros que el jefe accidental, el teniente Binimelis, habilitado, y yo que era porta, reclamando se diese orden a los que se hallaban en Concepción, pasasen a incorporarse a su compañía. La casualidad hizo que al tiempo de entregar la nota al general, se hallase con él una persona de que se servía el general Carrera para entenderse con O'Higgins, sobre los aprestos de su marcha y demás ocurrencias, contra cuya persona tenía yo un motivo de queja. Muchacho de 14 años como era y sin poseer la cordura suficiente para fijarme en las circunstancias, antes que acabase de leer la nota le dije: «Cerebro, señor general, haber encontrado a este señor en su presencia. V. E. sabe que los intereses de casa han estado siempre prontos para servir al ejército y, conforme a esto, se facilitaron a la división del centro, 30 y tantas yuntas de bueyes de la engorda, para mudar el campamento. Esas yuntas no se han devuelto, por haberlas hecho traer este señor para carnearlas en la plaza, de donde van vendidos algunos; pido, pues, que se me devuelvan las que hay aún en pie, y que las restantes me las paguen.» O'Higgins se puso más pálido que el mismo demandado, y para cortar el asunto me contestó: «Bien, mi porta, trataremos después de eso. Dígale al secretario que le dé la orden para el Parque, para que se le entregue el armamento, y lo que esté despachado, vuelva por el contesto.» Cuando volví por éste me dijo: «Me ha dejado usted helado por su intempestivo reclamo y al demandarlo, en ascuas, de tal modo que hemos terminado la conferencia con la misma precipitación que corté su querrela. Déjela en ese estado, que el Gobierno le pagará los bueyes lo que esté algo en desahogo, en la actualidad no es posible ni prudente atender a su reclamo, porque cualquiera medida que se tomare contra el acusado, se tomaría como producida de espíritu de venganza. Se hallan estos hombres caídos, y es de necesidad considerarlos. Dígale a Prieto, que ya se tomará providencia para que marchen los oficiales a unirse a su cuerpo, o se dispondrá la venida de él a esta ciudad, pues se hallan todos con licencia del

general Carrera.»* Me he separado del punto de contesto y distraído en relaciones inconexas de él, porque he creído que como historiador necesita para formar juicio de los pasajes que se han presentado vagos incidentes novelescos, para valorizarlos por los antecedentes.

2.ª ¿Qué causas influyeron en los jefes del ejército de Talca para que todos acordasen marchar contra Santiago, a quitar el mando que habían usurpado los Carrera?

La satisfacción de esta pregunta la encontrará usted en la que bajo el mismo número le dí en mi carta de 22 de Mayo, pues que los mismos motivos que debieron influir en O'Higgins para adoptar esa medida, eran más que suficientes, sin contar con la contrariedad de partidos, para pedir y apoyar la decisión de la marcha del ejército, para restablecer el gobierno derrocado. Sólo creo que el que no concurrió con su voto fué el comandante de la Gran Guardia, don José María Benavente, porque estos días antes de esto, o en el momento de la Junta, pidió al general O'Higgins le concediese licencia para retirarse a la Hacienda de Cumpeu, por el inter pasaban los movimientos políticos, pues que estando tildado como partidario de los Carrera, creía prudente evitar los recelos que pudiera infundir el encontrarse en tales circunstancias a la cabeza de un cuerpo, que además había sido creado por don José Miguel; a cuya solicitud accedió don Bernardo, asegurándole que arreglado que fuese el motivo de que procedía su solicitud, sería llamado al mando del mismo cuerpo.

3.ª ¿En qué punto de su marcha supo O'Higgins el desembarco de Osorio?

* No recuerdo si entre las noticias anteriormente dadas a usted o al señor Amunátegui, exprese que el mismo día que este general se retiró de Concepción, y fué a alojarse a Penco, había ido a nuestro campamento en Palomares, un oficial del cuerpo que les servía de ayudante, con el objeto de promover la deserción, la que se habría ejecutado en el todo, si no hubiera sido por el denuncia de una mujer de soldado, por lo que se desmunicionó la tropa a las 8 de la noche, lo que no bastó evitar la deserción de más de cien hombres, porque estando en el plan el sargento de guardia de prevención y otro o dos de compañía, pudieron hacer salir poco a poco los soldados con sus fusiles, sin ser sentidos, y reuniéndose fuera, sorprendieron a la Gran Guardia avanzada por la espalda y se la llevaron, haciéndose por este medio de algunas municiones. Este paso de promover la deserción, tan digno de reprobación, por poco no se hizo oportuno y útil, pues que estos soldados se encontraron al otro día con los enemigos cuando llevaban a sus generales prisioneros; mas, sus pocas municiones sólo les permitió sostener un corto tiroteo. (Nota del general de la Cruz.)

Ya en el contesto a que aludo en el anterior párrafo indiqué el punto en que debían encontrarse los cuerpos del ejército de O'Higgins cuando se presentó el oficial embajador Pasquel en Río Claro, día en que según quiero recordar, había ocurrido la acción entre aquel y Carrera, y como Pasquel traía dos o dos días y medio de marcha desde Talca, es muy de presumir que pudo tener la noticia un día o dos antes de la presentación a él de dicho oficial, que no sé si la efectuó el mismo día que salió de Río Claro, pero no puedo asegurar del punto fijo en que tuvo la primera noticia del desembarco de Osorio. Si existe un señor Valdés, que era comandante de artillería y poseía la confianza de O'Higgins, éste podría dar razón con certeza.

4.ª ¿Todas las noticias sobre la acción del 26 de Agosto en Maipú, hasta la unión de O'Higgins con Carrera?

No puedo dar noticia de esta jornada, porque no me encontraba en ella, y porque la relación que se me hizo y se hacía por los concurrentes, la creo apasionada. En lo que estaban conformes es en que el ataque lo sostuvo y dispuso el comandante don Manuel Bulnes (padre del ex - Presidente) que hacía las funciones de mayor general del ejército de Carrera, el que a los muy pocos días de los tratados (no sé si a consecuencia de algún disgusto) fugó de Santiago y se incorporó al ejército de Osorio. Don Diego Benavente debe saber lo que hubo en ésto. Para aprobar los tratados entre Carrera y O'Higgins no ocurrieron sino unas medianas observaciones entre algunos jefes, fundadas en celos de no considerarse bien garantidos, observaciones que acallaron luego por O'Higgins, apoyado en el tratado y muy especialmente en las circunstancias. Pero también es cierto que los enconos de partido no se acallaron, muy principalmente entre aquellos que se habían manifestado enemigos de los Carrera, antes y al tiempo de separarse éstos del mando en Concepción. Entre la tropa de O'Higgins no se observó aparecer esas rencillas de amor propio herido que son tan comunes en esos casos — con excepción de una reyerta que se formó en una cancha, entre soldados de granaderos y de la Gran Guardia, cuerpo a quien se consideraba por todo el ejército, como decidido por los Carrera, y reyerta que, sin la intervención pronta de algunos oficiales de ambos cuerpos, habría tenido resultados funestos. No hubo más desgracia que

seis u ocho heridos de palo o piedra, entre los que se hallaba el teniente don Manuel Quintana, y un solo soldado con bayoneta; herido también leve. De resultas de ésto, o sea con el fin de equipar y organizar el regimiento de la Gran Guardia, se ordenó pasase a Santiago. Al subsiguiente día de nuestra llegada, hallándome al mando de la guardia de prevención, en el cuartel de San Pablo, se presentó en ella don Luis Carrera, como a la una de la noche, y me previno que muy luego serían conducidas a dicha guardia unas personas, y que las colocase en un cuarto con centinela de vista. Al poco tiempo se apareció un oficial, conduciendo preso al comandante don Enrique Campino y a un ayudante que creo se apellidaba Casanueva, a los que por no haber un cuarto medianamente aseado, los coloqué en el que tenía mi alojamiento en el cuartel. Se dijo que habían sido presos porque se sabía que trataban de conspirar contra el general Carrera. Algo habría en esto de efectivo, porque a los pocos momentos de haberseme entregado a dicho jefe y oficial presos, y de haberlos colocado en mi cuarto con la centinela prevenida, se me apareció en el de prevención el teniente don Manuel Jordán, diciéndome que el expresado don Luis le había ordenado viniese a ayudarme a hacer la guardia, sin duda porque no le inspiraba confianza como recién llegado del ejército de O'Higgins. A esta indicación le contesté: «Queda usted hecho cargo del puesto que como no se lleva al hombro no necesita de ayuda», y me retiré a mi cuarto donde pasé la noche con los presos, por lo que no supe si serían conducidos otros presos, pues ya no volví a la Guardia. Dicho general Campino y el general Aldunate, pueden informar a Ud. más menudamente de las ocurrencias desde la suspensión del general Carrera hasta la época de esa acción por que se me pregunta.

Deseo que pueda usted encontrar en esta algo de útil para su trabajo y de que cuente siempre con la buena disposición que tiene para ocuparse en su obsequio su atento y seguro servidor Q. B. S. M.

José María de la Cruz.

VII

TERCERA CARTA A BARROS ARANA

La tercera carta, de Santiago, tiene el siguiente texto:

Señor don Diego Barros Arana.
Santiago, 20 de Septiembre de 1856.

Señor de mi aprecio:

Siento que mi sobrino Angel Prieto hubiese retenido en su poder hasta la visita que me hizo en principio de Agosto, la carta de usted de 29 de Abril, con que me ha favorecido, uniéndome a ella de obsequio el segundo tomo de su obra *Historia General de la Independencia de Chile*; pidiéndome lo lea y le dé mi opinión acerca de él. Y que para el fin de arreglar sus siguientes trabajos hasta dejar perfectamente concluída la emancipación de Chile, le dé aquellos datos que pueda saber sobre la organización del Ejército en Mendoza, paso de la cordillera por los Patos y acción de Chacabuco; como asimismo que registre con atención lo que en años pasados escribió acerca de las campañas de Benavides.

Aquella demora en la entrega de su citada, y el haber pasado enfermo cuasi todo Agosto, no me permite al acusarle recibo contraerme a satisfacerle sobre estos últimos puntos y sólo me limitaré a observar dos de los capítulos de su segundo

tomo en que [he] notado más variación o equívoco en el relato de los sucesos, respecto lo ocurrido, según recuerdo.

Conozco como usted me expresa, lo difícil y pensionoso que debe serle el recoger los detalles y pormenores de boca de los testigos y actores, como el Tortor con que debe encontrarse a las veces para conciliar la contrariedad en la relación y juicio de unos propios hechos, en que cada uno que los trasmite los cuenta como testigo presencial, actor, o testimonio de personas verídicas. ¿A quién creer en tal contrariedad? El conflicto es duro y por lo tanto no me es extraño el encontrar en alguno de los relatos de los sucesos, variedad en la presentación de los hechos de que le he hecho mención en mis anteriores relaciones. A esto solo debo decirle que lo que le he sentido, o sentaré, como testigo presencial, es la realidad, porque no me asiste ningún interés en difigurar los *sucesos* ni en dar más mérito a uno de los actores que a otros, sino el que he visto han contraído. Puede ser que un hecho o circunstancia personal haya omitido u omita, porque no es posible verlo todo, o porque no es prudente hacer una referencia desfavorable cuando el incidente de ella no ha sido parte a dar distinta forma al resultado o hecho. Mas cuando esas referencias que pueden herir susceptibilidades tienen un enlace inmediato con ellos o que son indispensables para juzgarlos, entonces es indispensable, es de deber arrostrar el disgusto de no omitir referencias por más que graviten contra personas afectas. He descendido a esto porque veo en el capítulo primero de su segundo tomo, que no obstante el haber dirigido su relato por los datos suministrados por personas presenciales de los sucesos a que se contrae, por los documentos de la época, por memorias y antecedentes, ninguna le ha revelado que antes de la aparición y desembarco de la expedición de Pareja, esa expedición se sabía en Concepción y de consiguiente se esperaba el ataque, atendida la noticia que había dado la tripulación y tropa de transporte de una piragua que había arribado a Talcahuano (8 o 12 días antes del desembarco) por no haber podido tomar el puerto de Valdivia al dirigirse al de Chiloé. Por lo que sin duda ha dicho usted «La noticia de la flota invasora causó en Concepción una gran sorpresa». ¿Qué sorpresa cabe de la presencia o realización de un hecho que se sabe y se espera? El por qué, con atención a ésto, no se hizo venir a

Concepción las tropas veteranas que guarnecían las plazas de frontera ni los caballos de los Dragones, teniendo protejo a una legua poco más de Concepción; el por qué no se hizo salir esa noche toda la tropa de Concepción, a quien pilló la noticia del arribo de la expedición a San Vicente, formada, por hallarse en ejercicio de instrucción de armas, y porque se detuvo todo el día siguiente hasta las dos de la tarde, aunque yo como otros testigos presenciales lo comprendamos, podrá dar de ello una noción más exacta el señor Novoa (Manuel) que era secretario de la Intendencia y de quien, según usted expresa, ha recibido algunos datos.

Ha padecido usted un equívoco, al sentar en la foja 14 que el gobernador Sota se preparaba a resistir en las alturas de Chepe, y se repite este mismo a foja 19, pues esa altura se halla en los suburbios de Concepción, y la defensa se hizo en las alturas de Talcahuano.

También creo lo ha sufrido al decir en foja 17: «El espíritu revolucionario, como se ve, había perdido mucho en aquella provincia.» La irresolución para tomar medidas, para atacar al enemigo en la operación embarazosa del desembarco, de resistencia futura, ni el motín efectuado por la tropa, son hechos que manifiesten esa decadencia, cuando se ve que el corto tiempo de 24 horas había sido suficiente para reunir las milicias de caballería de Concepción, desde una distancia desde siete a cinco leguas y la de cuarenta y ocho horas para estar prontas en marcha las de 24 y 26; cuando ese pueblo de Concepción, no obstante de encontrarse sin las cabezas que promovieron esa revolución; de observar a la cabeza de consejo de gobierno a los enemigos y de tener ya al frente las fuerzas que se preparaban para extinguirla en el tiempo que incautamente se les facilitó imperar y dirigida por sí. Los vimos oponerse con entusiasmo a la entrega de la plaza, y demandar las medidas de defensa, pidiendo o haciendo salir del Consejo o junta, a las personas más características enemigas, introducidas en ella. Tan manifiesto, tan popular era ese entusiasmo que, cuando ya preparada la tropa, en la noche anterior, en el campamento de la Alameda, para el motín, se les dió orden como a las 9 del día para que pasasen a tomar sus cuarteles, ella al enfrentar la calle de entrada se paró y levantó el grito de que no entraba, porque el pueblo le tenía abocado los cañones, y mandadas entonces por Jiménez a formar en batalla, junto con efec-

tuar el movimiento, prorrumpió el batallón la voz de viva el Rey, siguiendo con votar la escarapela tricolor. Entonces fué (al principiar las primeras voces de alto) cuando el capitán don Juan José Benavente, que iba a la cabeza de la compañía de Granaderos, quiso contenerlos y realizando el movimiento de batalla le cargaron, lo que visto por Jiménez, se interpuso entre los soldados, que serían como cuatro o cinco, para contenerlos; así es que aquel, ni era capitán de Dragones, como se sienta a foja 18, ni tampoco se le tiró de balazos al comandante Sota, sino que se le amenazó de ellos, como se hizo con un escuadrón de milicias que se hallaba al frente, si intentaba moverse.

No recuerdo ni he conocido en el acto de ese motín al mando de los Dragones a ese oficial don Pedro Lagos. Quien salió al mando de ellos el día anterior, fué el ayudante don Francisco del Río, que no se hallaba en el cuerpo, como otros, cuando se dió la orden de pasar a los cuarteles y se efectuó el motín. Sin duda, porque conocieron la insurrección de la infantería, que desde que amaneció se hizo palpable por el efecto del licor que se les había suministrado para moverlos; o sea que hubiesen tenido permiso para preparar la retirada. Según quiero recordar, me parece que no se encontraron otros oficiales de este cuerpo en el movimiento, que el teniente Gatica, alférez Ruiz, y sargento graduado García; pero el único que, hablando a la tropa, trató de evitar el secundamiento a que los estimulaba (acompañado de cuatro soldados que tenía a su lado) el sargento Ojeda, fué el sargento Pradines, que salido de las filas, se había puesto al frente; al que viendo aquel que la tropa guardaba atención y no botaba las escarapelas, salió de las filas con los cuatro soldados, mandando lo pasasen con las bayonetas — entonces éste se interpoló entre alguna gente que se encontraba allí del pueblo y escapó. De lo dicho, se demuestra que no se encontró allí el capellán Elisegue y que no salió de las filas con los siete soldados y el tambor. La tropa que sacó dicho capellán, fué de la que tenía destinada para escolta del intendente, que estaba en la ciudad montada. Es de advertir, también, que no hubo otros Dragones que votasen la escarapela, que Ojeda, y los pocos que lo siguieron, y el resto sólo se la quitó guardándola por mandado de Jiménez, que pasó a la izquierda de resultas del alboroto de Ojeda con Pradines. Digo también que absolutamente no recuerdo que

hubiese habido artillería, al tiempo del motín — y sirva como prueba que no había, esa detención dicha de la tropa, porque se la tenían abocada a la calle de entrada a la plaza. Ese día, al entrar la noche, hora que me retiraba de la población, he visto abandonadas en el camino, cerca del Agua Negra, tres o cuatro piezas sin duda que se habían hecho retirar por consecuencia del motín.

Como usted dice en la nota 16, página 199, que le ha servido principalmente para descripción de la acción del Roble, una noticia escrita por el general Cruz, que creo deber molestar a usted con algunas observaciones, respecto a esa descripción; esa relación. Puedo sí asegurar desde luego que no he podido sentar en ella operaciones y hechos que me son desconocidos y otros en que encuentro contrariedad con la idea que conservo de los sucesos de esa época.

Nada supe ni sé del refuerzo de que se habla a foja 182, llevados a O'Higgins por los capitanes don José María y don Diego Benavente, que según se relaciona, debió efectuarse entre el 6 y el 16 de Septiembre, día del ataque de Gómero. Sin duda, después de ésto, debieron separarse estos capitanes de la división de O'Higgins; pues mientras éste seguía sus operaciones en Rere, vemos que el 9 de Octubre se hallaba don José María en Dihueno, y el 8 (pág. 187) salía don Diego de Concepción, en auxilio de don Juan José Carrera, pasando a reunirse con su hermano don José María — en el inter de cuyas operaciones, se dice, no dejaba O'Higgins de perseguir al enemigo en los campos de Rere y Yumbel. De aquí en adelante, sé dónde noto disconformidad. Dice en seguida: «el 15 de Octubre se le juntaron los dos hermanos Benavente y, el mismo día que se le unieron, avanzó O'Higgins hasta Yumbel», llegando ese día como a las oraciones a la orilla del Itata y el 16 a las 4 de la tarde, se da por reunido con la división de don José Miguel en el vado del Roble, diez millas (se dice) al oriente del Membrillar, punto en que acababa de situarse la división de don Juan José. Bien, pues, según este relato, tenemos que el 8 pudo don Diego llegar a Dihueno, distante siete leguas de Concepción; que el 9, reunidos ya con su hermano se pusieron en marcha en auxilio de don Juan José y vencieron parte de la jornada de 12 o 13 leguas que los separaba; que el 10, según el mismo relato, contramarchó Benavente a replegarse a la

división del general en jefe, que había salido el mismo 8 de Concepción. La posibilidad de estos movimientos es muy factible, porque las partidas de los dos hermanos eran de caballería. Según el parte de la acción del Roble, y concediendo a los movimientos toda la movilidad posible, el general en jefe pudo llegar el 9 a la Florida, volver el 10 a Concepción, y regresar el 13 a efectuar la marcha del 14, de este punto para el Roble. Atiéndase que según este parte, la división de O'Higgins no se hallaba el 10 en los campos de Rere ni Yumbel, sino en Cerro Negro (que dista cerca de dos leguas del Roble) adonde había según, ese parte, pasado a situarse después del perseguimiento de la división de Eleorreaga. Desde luego, no podía estar ocupado O'Higgins el 14 y 15, en perseguir a aquel en Rere y Yumbel que, aún contrariando ese dato de la posición que ocupaba la división de O'Higgins el día 10, se presenta también la dificultad que los caballos trabajados de las partidas de los hermanos Benavente, pudiesen vencer el 14 una jornada de 13 a 14 leguas de malos caminos como los de la Florida a Yumbel, para reunirse el 15 a O'Higgins en este punto, y aun hay una mayor dificultad para que la división de éste, compuesta de infantería y caballería, venciese la jornada desde la cabecera de las Islas (punto por donde verificó Eleorreaga su paso del Itata cuando era perseguido) al Roble, en menos de un día, pues se sienta que el 16 se había reunido en este punto con el general en jefe, a las 4 de la tarde. Atiéndase también que el día de esa reunión, las partidas de los dos hermanos no llegaron al campamento con la división de O'Higgins, sino formando parte de la de Carrera. Hay equívoco también al decir, foja 188, «diez millas del Membrillar, punto en que acababa de situarse la división del centro, a las órdenes de don Juan José Carrera», porque aquella y éste, según el parte del general en jefe, llegó a situarse a Bulluquin el mismo día 16 de la reunión de las divisiones de don José Miguel con O'Higgins y es cierto esta situación de Bulluquin, porque de este punto fué donde se había hecho salir ese refuerzo a la división que se batía de 200 Granaderos de que habla el mismo parte.

Se nota aún una discordia mayor en el rol u orden de las anteriores operaciones de esta campaña, en lo que se dice a foja 190: «quiso aprovecharse de la separación de estas divisiones, para atacarlas en detalle, y mandó salir de Chillán, en

la tarde del 19, al coronel Urrejola, al mando de 200 fusileros y 4 cañones...» Dando que el espacio de doce horas fuesen suficientes para que esta división venciese unas jornadas de 17 a 18 (atendido el punto por donde se le da el paso del Itata) resulta que la acción del Roble no fué el 17 de Octubre, sino el 20, y que las operaciones de las divisiones de Carrera y O'Higgins, como la del centro, están equivocadas en la fecha que se les da. Por otra parte, se dice que el 19 (después de la acción) se separó don José Miguel.

Respecto al orden de campamento y acción del Roble, yo no he podido relacionar... «En ellas colocó (se habla de la altura del Roble) un cañón de a 4, al cargo del capitán Morla, sostenido por 190 granaderos», porque no había en las divisiones acampadas, ningún soldado de este cuerpo, y porque el cañón que se colocó en la punta oriental del Cerro, que enfrenta el vado y balsas, para batir a unos 20 o 25 huasos que se veían en la ribera opuesta, distante como cuatro cuadras del cerro; ese cañón lo sacó Morla de los situados en el centro, después de estar empeñada la resistencia en la derecha, en el mismo punto en que se había colocado la Guardia de Prevención de la parte del Regimiento de la Gran Guardia, que servía como infantería y cuando hacía ya rato que García había sacado del mismo punto su cañón, para situarse en el punto de aquí, que distaba hacia el poniente más de una cuadra del centro; así es que la situación del cañón de Morla se situó a más de dos cuadras y media a retaguardia de la línea atacada. Tampoco he podido decir que la guardia de Valenzuela estuviese situada en el cerro, ni que el centinela Bravo perteneciese a ella; porque esa guardia avanzada de Valenzuela se hallaba situada a la parte Sur del Cerro, cubriendo el camino que baja del Cerro Negro al Roble, y no tiró ningún tiro. Ese centinela Miguel Bravo, era el avanzado de la guardia de Prevención de la Gran Guardia, que servía como infante, cuya al mando del alférez don Alfonso Benito, se situó a la derecha de la línea de infantería y fué la que sostuvo el primer ataque con el piquete del batallón de Milicias de Concepción, que se hallaba unido a otro del veterano, al mando del teniente don Juan Manuel Vidaurre. Este ni la guardia desampararon su puesto, y el enemigo no se colocó ni formó su línea en el sitio que ocupaba la avanzada de Valenzuela que, como he dicho, se hallaba a la

subida parte sur del cerro, sino donde mismo cayó el centinela Bravo, a quien recogí yo después de la acción casi al pie de los dos cañones que abandonó.

Aunque ví al general don José Miguel subir al cerro, cuando ya estaba bien claro; estar un momento parado sobre su cima, cerca de la carpa de municiones y piezas de artillería, hablar con Morla tres o cuatro palabras (sin duda para ordenarle fuese a situar la pieza a retaguardia, enfrentando al vado de que antes he hablado) no sé a qué línea bajaba a acercarse, pues la caballería que se había acampado al pie en la Vega, donde él tenía su carpa, esa tropa se dispersó, replegándose hacia el cerro donde se hacía la resistencia. Cuando el general subió al cerro, ésta se hallaba ya establecida en el punto que he dicho porque habían concurrido al sostén del punto el capitán don Joaquín Prieto con 21 ó 22 hombres que primero se mencionaron (pues el cuerpo de Gran Guardia no lo estaba) y el teniente García había avanzado una pieza que se había ido reforzando con piquetes de dicho cuerpo, conforme se municionaban; cuyo cuerpo puedo asegurar (que ocupaba la izquierda y centro como más numeroso) no se dispersó ni se formó en pelotones dispersos, como se dice, porque al primer tiro de alarma, se hallaba formado pasando lista (como debía estarlo la demás infantería), pues se había acabado el toque de diana que se principió aún de noche. No he podido sentar tampoco ese pasaje que se fueron «replegando algunas partidas de caballería desmontada, que conducían los capitanes don Joaquín Prieto, y don Diego Benavente», porque como he dicho antes, aquel sacó del cuerpo de la Gran Guardia, que servía como infante, los primeros soldados que se municionaron, y éste servía en la caballería que se hallaba acampada en la Vega. Tampoco he podido referir que el piquete del batallón Cívico de Concepción, lo mandaba el sargento don Nicolás Maruri, porque éste unido con otro de la infantería veterana, lo mandaba el teniente don Juan Manuel Vidaurré y en especial a cargo de aquel, el alférez don José María Rebolledo, que fué el único oficial que murió en la acción y de quien no se hizo ninguna mención en el parte, mientras se recomienda y se da por contuso a Morla, que sin duda lo debió de ser de algún tropezón en alguna piedra, porque las balas no podían alcanzar al punto en que colocó la pieza.

Si hubiese tenido a la vista el borrón de la relación que he hecho sobre esta acción, se la habría copiado de nuevo para manifestarle más bien la diferencia entre ella y el relato que usted hace. Por esto es que he tenido que seguir el orden de este para apuntarle las variaciones que noto respecto lo que recuerdo y que es lo que he debido sentar en aquella.

No obstante esos pocos equívocos y contrariedades que observo, usted debe de estar satisfecho, que no sólo es el que hasta ahora ha tratado con más exactitud los sucesos y hechos de la revolución, sino también con más imparcialidad, circunstancias de que carecen casi todas las memorias que ha consultado, y talvez no pocos de los datos suministrados por las personas concurrentes en los hechos y operaciones.⁶⁴

No he podido contraerme en esta a observar su memoria pasada sobre la campaña y hechos de Benavides (que es lo que podría necesitar más bien para su siguiente trabajo) porque no la he encontrado aquí; pero si la hallo en Peñuelas (a donde pasaré en principios de Noviembre) le apuntaré las muy pocas variaciones, que según recuerdo encontré cuando la leí.

Muy poco podré a usted decirle sobre la organización del ejército de Mendoza, porque lo pasé la mayor parte de la emigración en Buenos Aires y aun del paso del ejército por los Patos, porque me uní a él sólo dos días antes de trascender la cordillera. Sobre la acción de Chacabuco creo que ya le he hecho a usted mención, pero no recuerdo si detalladamente, por lo que lo efectuaré de este modo cuando vuelva a escribirle porque me parece quedarán muy pocos de los que concurrieron a ella, no solo por ser limitada esta fuerza a ocho compañías de los batallones 7 y 8 y un Escuadrón de Granaderos, sino muy especialmente porque esos cuerpos eran de la otra banda⁶⁵ y deben existir muy pocos, a lo que se agrega que el resto del ejército no alcanzó ni aun a ver las operaciones. Dispense usted lo cansado de esta por su extensión y redacción. Pero en reemplazo debe estar satisfecho que las observaciones que encuentre en ella son conforme a lo ocurrido. Repitiendo mis gracias por el recuerdo de atención que me manifiesta su obsequio y expresión de la que contesto, me es satisfactorio aprovechar esta ocasión para reiterarme como S. S. S. Q. B. S. M.

J. M. de la Cruz.

VIII

ANTE LA MUERTE DEL LIBERTADOR

CARTA DE DE LA CRUZ A MR. THOMAS

En Diciembre de 1842, acusándole recibo de una de 4 de Noviembre en que, tal vez, el laborioso y fiel secretario de O'Higgins le daba detalles de los últimos días del Libertador, el general de la Cruz le escribió la hermosa carta que vamos a reproducir. Es una manifestación de sentimientos profundos, que suben a la superficie en horas de hondo dolor chileno. Cuando el general la escribía, en el meridiano de su propia vida ejemplar, debían ir saltándole entre los puntos de la pluma millares de recuerdos del tiempo grande, desde aquella jornada inolvidable en que él, niño aún, le vendó una herida en plena batalla. Acaso la comunidad de ese minuto de heroísmo había unido para siempre al cadete juvenil con el prócer que era ya la primera figura de su pueblo antes de constituirse en una de las personalidades máximas de la historia de América.

Dice esa carta escrita con lágrimas. . .

Lima.

Señor don Juan Thomas.

Valparaíso, Diciembre 6 de 1842.

Muy señor mío:

Al acusar a usted recibo de su apreciable de 4 del anterior no necesitaba significarle el profundo sentimiento que me ha causa-

do la funesta noticia que me comunica en ella, pues, usted que también aprecia el distinguido mérito del general O'Higgins, y que conoce las íntimas relaciones que nos unían desde mis primeros años puede formarse de él una idea exacta. Como ciudadano amante de mi patria, lloro la pérdida del promotor y defensor valiente de su independencia: del chileno ilustre, que hasta sus últimos momentos y aun en medio de su destierro, respiraba sólo amor e interés nacional, y como ciudadano particular mi sentimiento es el de un hijo por la muerte de un Padre, el de un verdadero amigo: es en fin el de que talvez usted sólo puede concebir exactamente. En mi dolor tengo al menos el consuelo de observar que en todo el Perú y Chile ha sido general el sentimiento y que se ha hecho la debida justicia a las virtudes y cualidades relevantes de nuestro finado amigo. Y lo que es más, que haya habido una persona interesada como usted en la conservación de los interesantes documentos que existían en su poder.⁶⁶

Por mi parte, creí de mi deber, luego que tuve noticia de este acontecimiento, escribir al Presidente de la República recomendándole la medida de disponer alguna demostración de dolor, y pedirle se me honrase con la misión de ser el encargado de trasladar tan apreciables restos a su Patria. En su consecuencia he tenido la satisfacción de ver cumplido en parte mis deseos como podrá usted informarse por los papeles públicos que le remito en esta ocasión.⁶⁷

Me ha sido muy grata la lectura del interesante relato publicado por usted en el periódico que se sirvió remitirme, y cuyo duplicado remití inmediatamente conforme a su deseo a don Miguel Zañartu, y espero con ansia la llegada del vapor para tomar conocimiento del interesante memorándum que me anuncia.

Deseo que cuanto antes se verifique su viaje a Chile, tanto por el restablecimiento de su salud, como por tener el gusto de saludarlo personalmente,⁶⁸ siéndome en el inter satisfactorio ofrecerme a usted en el destino que ocupó como su afectísimo y obsecuente servidor q. b. s. m.

J. Ma. de la Cruz.

I X

OTRAS PIEZAS INTERESANTES

Hemos encontrado, entre los papeles relativos a O'Higgins del archivo Barros Arana, otras dos cartas curiosas, la segunda de las cuales está dirigida por de la Cruz a don Juan Thomas, o Mr. John Thomas como era su nombre inglés. La primera, original, de puño y letra de Thomas al parecer, aun cuando sólo lleva iniciales — tal vez por tratarse de borrador — no cabe duda de que emana de este; suyas son las iniciales J. T.

El lector, que examine con alguna atención dichas piezas, podrá apreciar la exactitud de esta afirmación, pues, aparte de las sugerencias anteriores, en la carta de de la Cruz se hallan alusiones claras a las opiniones sobre política peruana contenidas en la de Mr. Thomas, opiniones reiteradas en alguna de éste, posterior a la primera y fechada el 20 de Junio, según se desprende de la pieza del general.

Dice la carta del secretario de O'Higgins:

Particular y reservada:

Señor general don José María de la Cruz.
Lima 24 de Abril de 1843.

Mi muy apreciado general y amigo:

Después de nuestra despedida en Valparaíso, tuve el gusto de dirigir a usted dos comunicaciones desde el vapor que me

conducía, las que espero llegarían oportunamente a sus manos, y las que me tomé la libertad de adjuntarle a las de nuestro buen amigo el señor canónigo Albano.

Posterior a mi llegada a este país han tenido lugar los importantes acontecimientos políticos de cuyos pormenores se hallará usted impuesto por la relación exacta que de ellos se encuentra en los periódicos de esta capital y los de Arequipa. Me abstendré por consiguiente de entrar en ellos, y me ceñiré a asegurarle, que espectador o por mejor decir observador imparcial, no he podido menos de penetrarme íntimamente que la completa destrucción que se acaba de consumir por los últimos cuatro años del partido que obtenía el poder y que trataba de perpetuarse en él, ha sido exclusivamente la *obra de la opinión pública* enérgica, espontánea y universalmente declarada contra su mala administración, su insensatez y sus furores. En efecto, apenas el general Navarro hubo levantado el estandarte, no tanto contra las personas sino contra el abuso que se hacía del poder y contra el sistema destructor de la riqueza, prosperidad, industria y decoro de esta desgraciada nación, cuando un grito unánime resonó desde el Desaguadero hasta Tumbes, segundándolo y clamando por otro orden de cosas que estuviese en armonía con las necesidades del país, sus verdaderos intereses y su dignidad.

El general Vivanco, joven de esperanzas y a quien usted conoce, se halla pues al frente de los negocios públicos que tengo profunda confianza dirigirá con más acierto y tino que los hombres aciagos que acaban de desaparecer y creo para siempre de la escena pública. Me persuado que el general Vivanco, en su bien conocida ilustración, procurará cultivar con esmero las relaciones de amistad que existen entre este país y las demás naciones extranjeras, y que convencido de los beneficios mutuos que deben resultar a Chile y al Perú de la conservación de las que existen entre estos dos países, tratará de estrecharlas y de hacerlas cada día más íntimas y por consiguiente más provechosas.⁵⁹ Cuando usted tenga ocasión para escribir reservadamente a [ilegible] amigo el general Bulnes, hágame usted el favor de imponerle en lo contenido de esta carta que debe interesarle, porque se, como usted también sabe, que S. E.⁶⁰ tiene bastante respeto por mis opiniones.

Más adelante tendré el gusto de poner en su conocimiento lo que ocurra de más importancia y en el interin me honro en suscribirme su afmo. servidor y amigo.

J. T.

P. D.— Espero que nuestro amigo el señor Albano habrá logrado concluir la memoria de la vida de nuestro ilustre y lamentado general y que la habrá podido leer a la Junta de la Sociedad de Agricultura del 5 del corriente y que usted habrá mandado la carta interesante de 5 de Abril de 1840, cuya publicación debe hacerse de apéndice de dicha memoria.⁶¹

El texto de la carta de de la Cruz a Thomas en que se contienen evidentes alusiones a las opiniones del último, según queda referido, es el siguiente:

Señor Don Juan Thomas.
Valparaíso, Junio 26 de 1843.

Muy Sor. mío y apreciado amigo:

El retardo que ha sufrido el despacho de mi dimisión del destino de esta intendencia me permite hoy acusarle desde este punto el recibo de su muy estimada de tres del corriente, diciéndole que no ha llegado a mis manos el paquete que me dice dirige al señor canónigo Albano y que me encarga su remisión.

Por el vapor de guerra *Salamander* recibí su estimada de 20 del anterior a la que me acompañó la que me encarga dirija al señor Presidente. Impuesto de su contenido se la despaché cerrada, sin hablarle por mi parte sobre la materia, porque he conocido que nada se avanzaría en el asunto de que trata pues he sabido que no se piensa sacar a Elisondo de Concepción, y lo que es más, que en los asuntos en que se venzan (sic)⁶² intereses de gabinete nada influyen en el Presidente las relaciones personales. Por otra parte, sin haber tenido resolución mi indicación anterior sobre el mismo sujeto, me ha parecido impropio reproducirme referente a la misma persona.

Con la noticia de esperanza de arreglo de la administración de ese país que usted se promete en la manifestación que usted me hace en la suya, se ha recibido aquí la noticia de nue-

vos movimientos en el Sud encabezados por los generales Nieto y Torrico, etc. Quisiera, mi amigo, haberme equivocado en las ideas de poca esperanza que me prometí desde un principio sobre la imposibilidad de constituir el orden en esa república, pero desgraciadamente los nuevos movimientos han venido a comprobar mi concepto. Ojalá esta borrasca se disipe luego y no sea la precursora de nuevos pronunciamientos (es decir desórdenes) tan sistemados ya en el país.

Creo deber marcharme a Concepción el 8 del entrante en el vapor *Chile* que debe llegar aquí el seis, mas no lo aseguro, pues hasta la fecha no se ha nombrado al que debe reemplazarme, sin embargo de que S. E. me tenía prometido por carta particular el que sería resuelta mi dimisión en tiempo que pudiese tenérsela para disponer mi viaje en el que hace a Talcahuano el presente vapor que ahora regresa.

Decidido como estoy a retirarme, diríjame usted sus órdenes a Concepción. Seguro que siempre será muy satisfactorio cultivar sus relaciones a su afecto. amigo y servidor q. b. s. m.

J. Ma. de la Cruz.

Aun quedan otras piezas del general de la Cruz sobre el Libertador, entre las cuales se cuenta una carta fechada en Queime el 6 de Diciembre de 1854 y dirigida a don Marcial González.⁶⁸ Nada de nuevo aportan, que pueda añadir interés a los documentos principales reproducidos en páginas anteriores.

NOTAS

(1) Según lo «atestigua don Diego Barros Arana, en su monumental *Historia General de Chile*, el general de la Cruz poseía una memoria privilegiada, que le permitía reconstituir con gran fidelidad los hechos pasados, en que había tenido alguna participación, por remotos que ellos fueran.» (Amunátegui Reyes: *Don Bernardo O'Higgins juzgado por algunos de sus contemporáneos, según documentos inéditos.*)

(2) «Las copiosas lluvias — escribe el señor Amunátegui Reyes en su obra citada — que durante los inviernos caen en aquellos parajes, y la falta de comunicaciones expeditas que por entonces debía de haber entre las poblaciones, impidieron que la contestación del general llegara oportunamente a manos del historiador, quien no pudo aprovechar las importantes noticias que se le suministraban.»

(3) Dice, a propósito, don Diego Barros Arana, en su estudio biográfico de Amunátegui: «Más de una vez me habló de que pensaba consagrar al gobierno de ese gran patriota, un estudio especial en que pudiese dar a conocer sus servicios en un orden de hechos honrosos para su memoria, en que hasta entonces no habían fijado su atención los historiadores nacionales.»

(4) Tuvimos la primera noticia del texto Barros Arana gracias a una información suministrada por un colega y confirmada posteriormente por nuestro erudito amigo, el eminente profesor y hombre de letras don Guillermo Feliú Cruz, Conservador de las Salas Medina y Barros Arana de la Biblioteca Nacional. El estudio detenido de dichos originales y su cuidadosa confrontación con el texto Amunátegui, que Feliú Cruz facilitó con generoso espíritu, nos permitió descubrir las variantes.

(5) Obras del autor sobre don Bernardo O'Higgins:
El espíritu constitucional de la Administración O'Higgins. (Un vol.).
Iconografía de O'Higgins. (Un vol. Ed. de la Universidad de Chile).
O'Higgins. Trilogía Dramática.
Hombres de América.
El Libertador O'Higgins y el General de la Cruz. (Universidad de Chile).
Vida de O'Higgins. (Obra inédita.)

(6) El historiador don Miguel Luis Amunátegui Aldunate. En páginas anteriores queda explicado este lapsus del general de la Cruz.

(7) El Libertador O'Higgins.

(8) El mariscal don Luis de la Cruz.

(9) Primeramente lo fué a Lima, con ocasión de ascender don Ambrosio al cargo de gobernador y capitán general del Reino de Chile. Ahí estudió por espacio de varios años.

(10) Sobre esta severación y para verificar algunos errores de fecha, perfectamente explicables por las condiciones y tiempo en que de la Cruz abrió la compuerta de sus recuerdos, conviene leer nuestra obra: *O'Higgins: Vida y tiempos.*

(11) El alférez Benítez, según afirma don Miguel Luis Amunátegui Reyes en la obra citada, era norteamericano y tenía el apellido de Bennet, castellanizado en Benítez.

(12) En el texto de Amunátegui se lee esta frase, que no aparece en el texto del Archivo Barros Arana: «desmintiendo el apodo con que se le denominaba de la *gran maula* que a la verdad no lo merecía por sus soldados y algunos oficiales.»

Lo de *gran maula* era un apodo alusivo a don José Miguel Carrera, dado por sus enemigos en los comentarios de cuartel, sin duda.

(13) Alude a la biografía del Libertador, escrita por el canónigo don Casimiro Albano a raíz de su muerte.

(14) Defensa de O'Higgins en el jurado de imprenta que éste promovió en Lima a don Carlos Rodríguez Ordeiza.

(15) La batalla de Membrillar, ganada con extraordinaria habilidad estratégica y no poco heroísmo personal por el general don Juan Mackenna (Marzo de 1814), salvó la capital de Chile y retardó el fin de la Patria Vieja. Mackenna era el mejor amigo y consejero de O'Higgins.

(16) El texto Amunátegui es más completo en esta parte. Agrega: «Es de advertir que antes de la salida de Concepción, el enemigo había

tomado a Talca, destruyendo las fuerzas que la defendían y muerto el coronel Spano, jefe de ellas.»

(17) Variación importante. En el texto de Amunátegui se añade: «Después se efectuaron los tratados promovidos por un almirante inglés que vino del Callao con este objeto.» «Por consecuencia de este tratado, salió don José Miguel y don Luis Carrera del estado de prisioneros. Es falso que O'Higgins hubiese estipulado que se les retuviese; por el contrario, cuando se presentaron en Talca algunos oficiales de Santiago enemigos suyos, habían intentado atacarlos en su alojamiento, lo que sabido por O'Higgins, lo impidió y reprendió. De aquí pasaron a Santiago y al poco tiempo efectuaron la revolución contra el Director Lastra. O'Higgins se dirigió con el ejército para reponer el Gobierno. Se avanzó con una corta división y pasó el Maipo, y poco más allá de las *Tres Acequias*, encontró a Carrera que le esperaba con sus fuerzas; le atacó, pero habiéndose pasado al campo de él el comandante del batallón de infantería que llevaba, fué derrotado, retirándose con los Dragones. En este tiempo habían llegado tropas a Concepción de refuerzo, de Lima, desaprobando los tratados, cuya circunstancia avisaba al general que había venido a relevar a Gaínza. El parlamentario que traía este anuncio llegó a los de O'Higgins creo que al día siguiente de aquel suceso, y este incidente produjo la suspensión de hostilidades entre este general y Carrera, que quedó reconocido por Presidente.»

(18) Alude al cuartelazo que en 1814 llevó nuevamente al poder al general Carrera. De la Cruz no se encontró en esta batalla, pues se hallaba «en comisión en Illapel con el comandante don Joaquín Prieto». (Texto Amunátegui.)

(19) «Y si no se hace me llevan los diablos» le contestó.» (Texto Amunátegui.)

(20) «porque su *instinto* tenía más de temerario que de prudencia», dice el texto de Amunátegui. Sin duda se trata de errata de imprenta: *instinto* en lugar de *intento*.

(21) Variación del texto Amunátegui: «A este tiempo la mitad del ejército que componía la ala derecha se hallaba formada, presenciando el combate a su frente del enemigo unos con otros lo que en verdad no podía conocer sino el tropel de la dispersión que se retiraba por su izquierda a alguna distancia, y no habiendo podido encontrar a ninguno de los generales, el coronel Las Heras que mandaba dicha ala, reunió los jefes en junta de guerra y acordaron retirarse. Esto me contó mi hermano que se hallaba en dicho costado.»

(22) Llevó el apellido de la madre del Libertador y tuvo por apelativo íntimo el de Peta, con que la llamaba O'Higgins. Casó con don

José Toribio Pequeño, hermano y no hijo del doctor Pequeño, médico del prócer. Doña Petronila Riquelme tuvo numerosa descendencia.

(23) Don Demetrio O'Higgins y Puga (1817 - 1868). En nuestra Vida del Libertador se encuentra una biografía suscita de este notable personaje, que por su talento y condiciones personales mereció tener destino más en armonía con su ilustre origen. Vicuña Mackenna, que fué su amigo y recibió de manos suyas el archivo del prócer, que hoy se custodia en el Fondo Vicuña Mackenna del Archivo Nacional, le ha dedicado varias páginas. Hay, también, un estudio de don Gustavo Opazo Maturana, publicado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, donde se encuentran curiosos datos. Los que poseemos, de carácter complementario, han sido extraídos de los papeles desconocidos de don Bernardo, provenientes de la familia Santa María.

(24) El mariscal don Luis de la Cruz, o'higinista prominente que tuvo destacada participación en la independencia del Perú. A propósito del disgusto de doña Isabel Riquelme y doña Rosa por el castigo que se diera al pequeño negro, el Libertador habla al general de los servicios prestados a él por su primogénito. Efectivamente, el Perú obsequió a O'Higgins la hacienda de Cuiba y Montalván, en donde trabajó durante los años del ostracismo.

(25) En toda esta parte hay variaciones de lugar y de forma, mas no de fondo, entre ambos textos.

(26) Dice el texto Amunátegui: «Deseo sí, que mi Patria me haga justicia restituyéndome mi empleo y suspendiéndome el ostracismo antes de que cierre los ojos.»

(27) «Si aquello se efectúa como ahora lo espero, antes de dejar el puesto el general Prieto, iré a Chile a hacerle una visita este verano.» (Texto Amunátegui.)

(28) En el texto Amunátegui los deseos del Libertador están expresados con estas bellas palabras: «Tengo ganas positivas de ver la Alameda de la Independencia que la hice plantar con el especial fin de que se celebrase en ella la función de nuestro primer paso dado hacia este gran fin; asimismo deseo visitar los lugares donde tanta sangre patriota se derramó con el objeto de su logro, pues me será satisfactorio recordar las escenas ocurridas en las batallas, que mi sangre se halla mezclada también en algunas de ellas con la de los héroes que ya se hallarán en polvo. ¡Les daré el último adiós hasta que la Divina Providencia nos reúna!»

(29) «La agricultura, renovación de semillas y civilización de indígenas eran sus objetivos favoritos.» (Texto Amunátegui.)

(30) El coronel don Luis de la Cruz. Fué perseguido con su familia durante la Reconquista. Tomó parte en varias batallas de la independencia y murió en Concepción.

(31) «pues, que aquélla a pesar de los ingentes gastos que demanda el gran acopio de armamentos y pertrechos, la compra y formación de la escuadra, su mayor ejército y la expedición a Lima, nunca faltó o dejó de darse a ese ejército y demás empleados, dos tercios de sueldo, cuyo se siguió pagando íntegro, después de la salida de la expedición, mientras, que en los siguientes, hubo época en que en seis meses no se le dió al Estado Mayor un medio sueldo, y poco mejor estaba el ejército en campaña, lo que produjo la preponderancia que tomó Pincheira» . . . , etc. (Texto Amunátegui.)

(32) «Correspondiente a la Comandancia General de Marina, que le pertenecía a mi padre, habría tenido que soportar una vida de miserias, en medio de su alta dignidad, pues los seis mil pesos de su renta escasamente le alcanzaban para comer.» (Texto Amunátegui.)

(33) «Incapaz de aprovechar las circunstancias de necesidad o situación del hombre para exigirles actos indebidos o impropios, cuando algún motu proprio se presentaba a relevar confianzas que debiera a la amistad, trataba de no bajar a este hombre a la descendencia de su paso, sino que por el contrario, buscaba el medio de inspirarle sentimientos nobles. Supe de uno en quien confiaban con la mayor seguridad los del partido de Carrera, que fué a revelarle una revolución en que se hallaban comprometidos algunos oficiales, de la que no tenía aún noticias, y le contestó: «Tenía ya alguna noticia de este plan y de las personas alistadas en él, y cuando se me indicó a usted, no podía conformarme en haberme equivocado al aceptar sus servicios y destinarlo al puesto que ocupa. Yo sabía que usted debe consideraciones y aprecio a don José Miguel, pero también le creí hombre honrado y patriota. Ahora veo que no hacía otra cosa que hacerle justicia, pues que ese patriotismo, le hace no faltar a la confianza que el Gobierno ha hecho de usted y cuya acción es de mi deber reconocer y premiarla, mas como esto no podrá efectuarse sin producir recelos entre sus amigos, haciéndolo en el servicio que se halla, yo le destinaré dentro de pocos días de un modo más ventajoso. Tenga usted cuidado de que sus amigos no le seduzcan y pierdan en lo de adelante con esperanzas halagüeñas.»

(34) Bello, contratado en Londres por el Ministro don Mariano Egaña, llegó a Chile en 1829, bajo el Gobierno del Presidente don Francisco Ramón Vicuña. El general de la Cruz, sin duda, ha querido referirse al propósito, o bien al deseo expresado por O'Higgins de contratar los servicios de Bello y otros americanos eminentes. Sin embargo, como los servicios de Bello a Chile comenzaron cuando era representante del gobierno de O'Higgins en Londres don Antonio José de Irisarri, cabe pensar que éste lo empleó, cumpliendo instrucciones precisas del Libertador para buscar la cooperación de hombres notables.

(35) Se lee en el texto Amunátegui que habiendo don Manuel Rodríguez «mandado suplicar tuviese la bondad de permitirle hablar con

él, lo hizo venir de la prisión con un edecán e introducido en la sala y después de haberle expuesto algunas razones en disculpa de los hechos porque había sido preso, O'Higgins le dijo (estaba yo en la puerta de la sala): «Rodríguez, usted no es capaz de contener el espíritu inquieto de su genio, y con él va tal vez a colocar al Gobierno en la precisión de fusilarle, pues que teniendo al enemigo aún dentro del país, se halla en el deber de evitar y cortar los trastornos a todo trance. Es aún usted joven, y madurado su talento puede ser muy útil a la Patria, mientras que hoy le es muy perjudicial, por lo tanto será mucho mejor que usted se decida a pasar a Norteamérica o a otra nación de Europa donde pueda dedicarse a estudiar con sosiego las nociones de su profesión, sus instituciones, etc., para lo que se le darán a usted tres mil pesos a su embarque para pago de transporte y mil pesos todos los años para su sostén. En cualquiera de esos puntos puede hacer servicios a su Patria; y aún cuando no estamos reconocidos, podrá dársele después credencial privada de agente de este Gobierno.» Hubieron algunas repulsas al principio por parte de Rodríguez para decidirse a la salida, mas después aceptó, y habiendo descendido entonces a una conversación más familiar, le dijo Rodríguez: «Usted ha conocido, señor Director, perfectamente mi genio. Soy de los que creen que en esto de los gobiernos republicanos deben cambiarse cada seis meses o cada año lo más, para de ese modo probarnos todos, si es posible, y es tan arraigada esta idea en mí, que si fuera director y no encontrase quien me hiciera revolución, me la haría yo mismo. ¿No sabe usted que también se la traté de hacer a mis amigos los Carrera?» «Ya lo sé, le contestó O'Higgins, y por ello es que quiero que se vaya fuera.» «Bien, pues, le respondió, me pondrán en libertad para prepararme?» «Nó, le dijo aquél, marchará usted arrestado hasta ponerlo a bordo, pues estando comunicado puede hacerlo desde el arresto.» Del en que se le colocó, antes de ponerlo a bordo se escapó, y tomado o presentado después, lo hizo teniente coronel de ejército para que tuviese con qué sostenerse.»

(36) Se agrega en el texto Amunátegui: «Hombres de un conjunto de cualidades cual las que adornaban a O'Higgins como hombre privado y magistrado, son muy raros en el mundo, y era preciso el que las poseyese para haber alcanzado la altura a que fué elevado, siendo que la naturaleza le había negado varias de esas prendas que a las veces suelen tener una influencia muy directa en la elevación de los caudillos.» «Era hombre demasíadamente apegado al orden para ser cabeza de un Gobierno de revolución, en las que por lo común se retraen o evitan tomar parte los más de los hombres de juicio, mientras que es tan general enrolarse en ellas los que sin examinar la causa que las promueve y a la vez las santifica, sólo llevan la mira de medrar.» «Su aspecto, construcción corporal y carácter sin tener de repelente, le faltaba esa gracia y planta simpática que a la vez hace seductora en algunos hombres, a quienes uno se adhiere a primera vista.» «Siendo generoso y sumamente humano, perdía u oscurecía esta calidad, porque muy rara vez la ejercía sin demandársela, a lo que se une que pocas cosas se le hacen al hombre más difícil, que confe-

dar los favores que recibe, ni cosa que olvide más pronto, según el sentir de un español: «Al que le dáis, lo escribe en la arena y al que le quitáis, lo esculpe en el bronce.» «Y las circunstancias en que él se halló y obró eran más expuestas a esto que a aquello», etc.

(37) La anécdota del brindis del Libertador en el banquete a Mosquera, no se encuentra en el texto publicado por el señor Amunátegui Reyes. Dice este que el pliego séptimo de la carta se extravió. La laguna en referencia queda llenada en el texto Barros Arana. En realidad dicho pliego es uno de los más importantes del documento fundamental de la Cruz.

(38) Camilo Henríquez.

(39) Alude de la Cruz a la designación de San Martín como Director Supremo del Estado de Chile, hecha por un Cabildo Abierto, después de la victoria de Chacabuco, designación que el ilustre argentino no aceptó, de acuerdo con superiores acuerdos previos. Véase nuestra Vida de O'Higgins.

(40) Hasta aquí la laguna que se advierte en el texto Amunátegui.

(41) A fin de contraer matrimonio, o sea, *establecerse*, como se decía antaño. La versión Amunátegui es más clara, en este punto. Dice: «le indicaron la necesidad de que ya pensase en establecerse de un modo firme en la capital, llegando al extremo de señalarle dos o tres familias de las de mayor prestigio en las que podía poner sus miras y en las que muy aparentemente se contaban señoritas de mucho mérito.»

(42) A fin de completar el texto Barros Arana, que es, con mucho, el de mayor importancia de los escritos por el general de la Cruz, procuramos reproducir, a más de las variantes principales, aquello que no tenga el primero y se halle en el de Amunátegui.

Dice, en esta parte, dicho texto: «De advertir es que a Freire hasta este tiempo no habían podido sacarle una sola palabra que manifestase resentimientos contra O'Higgins, ni menos largado carta ni revelado a nadie sus miras. Recibía a todos con cariño y conservaba su amistad con los amigos de O'Higgins, y como era en él característica la reserva, y hablaba muy poco, aunque no estuviese adornado de luces, con aquellas calidades y su mediano talento natural, le era bastante para conocer el estado de las cosas y como no fijaba sus esperanzas en las relaciones que se le brindaban, sino en las muy positivas del ejército, él se debía decir a sí mismo: «Cuando llegue el caso de ser necesario mover a éste, ustedes o los descontentos se me unirán por precisión sin que me sea necesario buscarlos ni tomar de antemano compromisos.» Esa reserva suma le alejó de sus relaciones con el partido Pelucón, partido en que, es necesario convenir, existían muchos hombres íntegros y patriotas, que habrían dado después a su administración la solidez y marcha directa al sostén de

un principio que nunca tuvo ni se le conoció.» «Aquellas miras debieron preverse en la prontitud con que dispuso su regreso, luego que se verificó la destrucción de Benavides, tiempo cabalmente cuando no se necesitaba su presencia, pero sí era de urgencia a sus fines para cortar la influencia que podía extender Prieto en la provincia, como lo había logrado en el poco tiempo que había residido en Chillán. No había aún regresado éste de su expedición a Arauco y terreno de indios, en perseguiimiento de los restos de Benavides, cuando se presentó en Concepción a tomar el mando de la provincia y ejército.» «De vuelta Prieto por este pueblo, le dió una comida en que expresó un brindis satírico en favor de su convidado, refiriéndose a la campaña anterior de la tierra de indios que no había dado otro resultado que precisar a Benavides a abandonar el país, y sin hacer ninguna referencia de la acción donde se le había derrotado; pero sí, guardó la política de ocultar sus resentimientos con O'Higgins y brindar en su memoria. Se mantuvo en esta reserva hasta cerca de salir el verano, dando sólo más extensión a sus convidados de mesa los domingos, tertulia que entabló ya de tabla desde su llegada.»

(43) «y manifestarme su sentimiento por haberlo creído capaz de aceptar el vil empleo de espía. Por conclusión, nos despedimos como amigos.» (Texto Amunátegui.)

(44) «No era parcial de esta revolución y muy menos conociendo como conocía tanto al jefe que la encabezaba, que aunque tenía algunas cualidades buenas como privado, carecía del todo de las necesarias para organizar el país y dar dirección a su administración.» (Texto Amunátegui.)

(45) Lord Cochrane.

(46) Esta afirmación es muy discutible. (Véase el capítulo destinado a la abdicación del Director Supremo en nuestra *Vida de O'Higgins*). En cambio, lo que antes dice sobre la importancia que cabe asignar a las ambiciones heridas de los pretendientes al poder, muestra la notable perspicacia psicológica del General de la Cruz.

(47) El oficial aludido era don Salvador Puga, quien, poco después, traicionó la confianza puesta en él por de la Cruz. (Amunátegui Reyes, obra citada).

(48) Hasta aquí llega, propiamente, el texto de Amunátegui, cuyos pliegos finales han desaparecido. La última frase, interrumpida, dice así: «Luego de recibido de las tropas de vanguardia apareció una montonera entre San Fernando y Curicó, y cónsul.....»

(49) Don Luis de la Cruz.

(50) Estas razones de ausencia explican los vacíos y errores del relato del Cabildo Abierto revolucionario, los cuales, por otra parte, son secundarios y de detalle. Lo que de la Cruz cuenta en testimonio de presencia, tiene inconfundible acento de sinceridad.

En la *Vida de O'Higgins*, hemos reconstituido la escena histórica de la Abdicación basándonos principalmente en el relato de don Domingo Santa María, que Vicuña Mackenna acogió en *El Ostracismo de O'Higgins* y mas tarde en su *Vida del Libertador*.

(51) Palabras proféticas. En ningún documento ni memoria de la época se haya, como queda dicho, mayor número de elementos para juzgar la extraordinaria capacidad de hombre de Estado que caracterizó al Libertador. En nuestro concepto, puede, en este terreno — particularmente en lo que a principios se refiere — no sólo hombrarse con Bolívar, sino aun ser estimado como superior, sobre todo si se medita en la visión democrática del prócer chileno y en la inquebrantable fidelidad y energía con que supo servirla en todos y en cada uno de los momentos de su vida; no sólo en el poder, en el mando civil o en el militar, sino también en la vida privada, línea que mantuvo en el ostracismo hasta su posterior aliento.

Hay razones sobradas, pues, para estimar el juicio de de la Cruz como el más importante y trascendental que haya producido su época. Ningún contemporáneo lo conoció mejor y lo juzgó más honradamente, bien que debè reconocerse que su visión, por comprensibles razones, carece de ciertas perspectivas que solo podían encontrarse en la distancia. Vicuña Mackenna, que, desgraciadamente, no conoció el testimonio de de la Cruz, debió suplirlo con su intuición poderosa y genial.

(52) La fecha exacta fué el 20 de Agosto de 1780. Se explica el error porque en la época corrieron noticias contradictorias; varios años después de la memoria y cartas del general de la Cruz, había quienes lo hacían nacer en 1775.

(53) La familia de los Larraín, a la cual se hallaba íntimamente vinculada la de Vicuña por alianzas de sangre y espíritu revolucionario.

(54) Vicuña Mackenna no había escrito aun ninguna de sus obras macizas sobre los hombres y hechos de la independencia americana. Existían unas cuantas memorias de testigos o contemporáneos, como la de Benavente, incompletas y parciales. Sólo un libro importante acerca del Libertador podía contarse, *La Dictadura de O'Higgins* de don Miguel Luis Amunátegui, obra más bien de tesis, como su título lo indica, y privada por lo tanto de amplitud de visión, para la cual faltaba a su joven autor la indispensable perspectiva histórica.

(55) Es decir las Provincias del Plata (Argentina).

(56) Alude al Archivo del Libertador, ordenado probablemente por éste y su secretario Mr. Thomas. Lo heredó y conservó piadosamente don Demetrio O'Higgins, quien, en 1860, lo donó a Vicuña Mackenna.

(57) Fué el almirante Blanco Encalada quien tuvo ese honor, un cuarto de siglo más tarde, cuando aun vivía el general de la Cruz. Los

restos del prócer se repatriaron gracias a la campaña de reparación nacional emprendida por Vicuña Mackenna en el Congreso. A su iniciativa se debe, también, la erección de la estatua de la Alameda de las Delicias (hoy Bernardo O'Higgins), en Santiago de Chile.

(58) Thomas vino a Chile, probablemente en los primeros días de 1843. Por la carta de éste a de la Cruz, fechada en Lima el 26 de Junio de dicho año, que se reproduce más adelante, hay constancia de que se hallaba de regreso al Perú antes de esa fecha. Sería de gran interés investigar lo relacionado con dicho viaje: debió visitar a todos los amigos y deudos principales de O'Higgins y es posible que haya rastros en la correspondencia privada de muchos personajes notables de la época.

(59) No es extraño que Thomas, aunque no fuese peruano de nacimiento, tuviera interés apasionado en todo lo que se relacionaba con el Perú, que debió considerar como su verdadera patria; de ahí el ardor partidista de sus opiniones sobre política interna peruana. Pero, al mismo tiempo, la tierra de O'Higgins, su jefe y amigo amado, debió merecerle interés extraordinario, pues había constituido el motivo central de su vida en la intimidad del Libertador. De ello, como del respeto que por las opiniones de Mr. Thomas sentía el general Bulnes, a la sazón Presidente de Chile, hay constancia en el párrafo que sigue.

(60) En el original se lee, por lapsus, V. E.

(61) Al margen de la cuarta hoja, se lee: «24 Abril 1843. Imps. Al general Cruz.» Se trata, tal vez, no de la carta original, sino de un borrador, a juzgar por las enmendaduras y agregados que contiene. Probablemente llegó a poder del señor Barros Arana, junto con otros pocos documentos provenientes de Montalván. Otro tanto, aun cuando en volumen mucho más apreciable, ocurrió con los papeles de O'Higgins traídos por don Domingo Santa María, futuro Presidente de Chile. Fueron saldos del archivo del prócer, dejados en Montalván por Vicuña Mackenna, sin duda con la intención de hacerlos traer más tarde para incorporarlos a su propio archivo, ya que, por donación de don Demetrio O'Higgins, era el legítimo propietario de todos los papeles que pertenecieron al Libertador. Con el correr del tiempo, los traídos por el señor Santa María han ido a incorporarse al fondo común que, bajo el nombre del gran historiador, se custodia en el Archivo Nacional de Santiago.

(62) ¿ventilan?

(63) En el *Epistolario de O'Higgins*, de Ernesto de la Cruz, existen algunas cartas del Libertador al general de la Cruz. Es particularmente interesante la fechada en Montalván el 5 de Abril de 1840 (tomo II, págs. 286 a 291). Deben existir no pocas piezas de esta correspondencia en manos de particulares, siendo de temer, sin embargo, que la mayor parte se haya extraviado.